FACETAS

3
1983

PORTADA: China Aster y esposa, protagonistas de *The Confidence Man*, nueva ópera estadounidense de George Rochberg (ver pág. 10). Fotografía de Marie Cosindas.

DIRECTOR EN JEFE
Albert Roland
DIRECTORA ADMINISTRATIVA
Mary Boyken
JEFA DE REDACCION
Julia Schiff
DIRECTOR DE ARTE
Joseph Morgan
DIRECTORA DE FOTOGRAFIA
Ellen F. Toomey
DIRECTORES ADJUNTOS
Jacek Niecko,
Jennifer Newton (textos)
Sam Burlockoff (ilustraciones)
Beulah Newton (fotografías)
ASISTENTES DE REDACCION
Iris L. Nelson
Sarah E. Mewborn
REDACCION EN ESPAÑOL
Angel Carlos González Ruiz
Manlio Fabio Fonseca Sánchez

FACETAS

Número 61 • 3/1983

FACETAS ES UNA PUBLICACION TRIMESTRAL QUE REFLEJA EN PALABRAS E IMAGENES LA ACTUALIDAD INTELECTUAL Y CULTURAL DE LOS ESTADOS UNIDOS. LAS OPINIONES EXPRESADAS EN ELLA SON LAS DE LOS AUTORES Y NO REFLEJAN NECESARIAMENTE LAS OPINIONES O LA POLITICA DEL GOBIERNO ESTADOUNIDENSE.
OFICINA EDITORIAL: U.S. INFORMATION AGENCY.
400 C STREET, S.W., WASHINGTON, D.C. 20547, U.S.A.

El material tomado de otras fuentes no puede reproducirse sin autorización. Toda solicitud al respecto deberá enviarse directamente a las fuentes citadas o al Servicio Informativo y Cultural de los Estados Unidos de América, Embajada de los EUA.

CONTENIDO

2
SURGIMIENTO DE LA OPERA ESTADOUNIDENSE
Paul Hume

10
ESTRENO EN LA OPERA DE SANTA FE
Time
Michael Walsh
Fotografías de Marie Cosindas

16
ACTUALIDADES: CAMBIO Y CONTINUIDAD
PLURALISMO Y FUNDAMENTALISMO EN LOS EUA
This World
Nathan Glazer

20
EL NUEVO CONSERVADURISMO
Social Research
Michael W. Hughey

26
COMO EVITAR LA TRAMPA DE LA ENTROPIA
The Bulletin of the Atomic Scientists
Alvin M. Weinberg

29
FEMINISMO, FAMILIA Y COMUNIDAD
Dissent
Jean Bethke Elshtain

34
LEWIS MUMFORD, FILOSOFO DE LA CIUDAD
Architectural Record
Martin Filler

41
Fragmento de SKETCHES FROM LIFE
Lewis Mumford

44
GALERIA: EL PAISAJE EXTRAORDINARIO
Introducción por Ansel Adams
Fotografías de William Garnett

57
ENTREVISTA CON LAWRENCE KASDAN
American Film

62
SOCIEDAD, CIENCIA Y CAMBIOS DEL CLIMA
Foreign Affairs
William W. Kellogg y Robert Schware

70
CRITICA
Ronald Berman, LOS CINCUENTAS, *Commentary*
John Canaday, EL GRAN REALISTA NORTEAMERICANO, *The New Republic*
Grace Goodell, POLITICA Y DESARROLLO, *Chronicles of Culture*
Nereo E. Condini, DESPUES DEL DILUVIO, *National Review*
Andrew Hacker, TENDENCIAS DEL FUTURO, *Fortune*
Gerald Mazorati, MUSEO DE LA CONSTRUCCION, *ARTnews*

SURGIMIENTO DE LA OPERA ESTADOUNIDENSE

Metropolitan Opera Guild/Frank Dunand

Escena de Vanessa *de Samuel Barber*

Por Paul Hume

Con la presentación en los años 30 de Porgy and Bess, *de George Gershwin y de* Four Saints in Three Acts *(Cuatro santos en tres actos), de Virgil Thomson, aquella ópera estadounidense cobró vida propia y el talento de los compositores del país floreció con vigor creciente a la vez que menguaba su dependencia de la tradición europea. Dice el crítico y musicólogo Paul Hume que, gracias a los logros de Samuel Barber, Aaron Copland, Gian Carlo Menotti, Roger Sessions y, más recientemente, Leonard Bernstein, Philip Glass y otros, hoy día hay en los Estados Unidos "una abundancia de ópera en todas las modalidades musicales, creada por compositores estadounidenses para satisfacer a los públicos más exigentes". Además, la mayor atención a la trama, la escenografía y la danza moderna, está cambiando la forma operística, desdibujando la demarcación entre ésta y el teatro musical serio.*

Hume, ex profesor de música en la Universidad Georgetown y crítico musical de The Washington Post, *es autor de libros sobre Verdi, Puccini, McCormack y Paderewski.*

Un número impresionante de amantes de la ópera sostiene que la ópera más bella escrita hasta hoy por un compositor norteamericano es *Vanessa,* de Samuel Barber, con libreto de Gian Carlo Menotti, amigo y colega de toda la vida de Barber y a su vez uno de los más destacados compositores contemporáneos de ópera. La partitura, que Barber compuso cuando tenía 48 años, le valió un Premio Pulitzer. Bajo la dirección de Dimitri Mitropoulos, el estreno de *Vanessa* en la Opera Metropolitana, el 15 de enero de 1958 tuvo un reparto encabezado por Eleanor Steber, Rosalind Elias, Nicolai Gedda, Giorgio Tozzi y Regina Resnik en los papeles principales amén de suntuoso vestuario y escenografía de Cecil Beaton. Ese mismo año *Vanessa* llegó a ser la primera ópera estadounidense que se haya interpretado en el Festival de Salzburgo. Sin embargo, ninguna ópera sobrevive aun con comienzos tan prometedores, a menos que su música satisfaga los requerimientos, con frecuencia escurridizos pero esenciales del éxito perdurable en el teatro lírico.

Según *The New York Times, Vanessa* fue "la mejor ópera norteamericana jamás presentada en el majestuoso teatro". "Es notable el dominio de Barber sobre el lenguaje operístico y nadie hoy activo lo supera en el eje Salzburgo-Milán", opinó Paul Henry Lang en el *New York Herald-Tribune,* en tanto que la revista *The New Yorker* dijo que la nueva ópera era "la mejor y más auténticamente 'operística' que haya escrito un estadounidense. . ." Con opiniones como éstas, que fueron secundadas por críticos influyentes en todo el país, una nueva ópera podía mirar esperanzadamente a un futuro próspero y vigoroso. Incluso podía aspirar al raro honor de cruzar el Atlántico para ser representada en teatros donde por siglos se han producido las óperas que siguen reinando señeras en todo el mundo. Con *Vanessa* la ópera norteamericana alcanzó un nuevo nivel de éxito artístico y popular.

No siempre habían sido así las cosas. Pese a la riqueza de la tradición musical norteamericana, compuesta de muchas tradiciones y temperamentos provenientes de grupos nacionales y culturales muy diferentes, llegó tardíamente la independencia creativa en la ópera. No fue sino hasta 1845, en Filadelfia, cuando se interpretó la primera gran ópera romántica de un compositor nacido en los EUA. Compuso la música William Henry Fry, oriundo de Filadelfia, de 31 años de edad, que dedicó su vida a defender la causa de los compositores norteamericanos en todos los frentes. Para el libreto, Fry hizo que su hermano Joseph adaptara la novela de Edward Bulwer-Lytton titulada *The Lady of Lyons* (La dama de Lyons), la retituló *Leonora* y de su peculio pagó 12 representaciones.

Sin embargo, la gran ópera romántica apegada a la tradición de Bellini y Donizetti, los más grandes ídolos de Fry, no fue la única actividad operística en los Estados Unidos de aquella época. Casi 10 años antes de firmarse la Declaración de Independencia, Filadelfia fue el escenario de lo que debió haber sido el estreno de *The Disappointment* (La decepción), de Andrew Barton, la primera ópera balada escrita por un compositor estadounidense (si podemos llamar así a un compositor que, cuando escribió su ópera, era todavía súbdito del Rey Jorge III). Por diversas razones, debidas principalmente al hecho de que la ópera balada, siguiendo la tradición de *The Beggar's Opera* (La ópera del mendigo), satirizaba a varios ciudadanos eminentes de Filadelfia, así como al gobierno de Inglaterra, se cancelaron las representaciones de *The Disappointment.*

La historia de la ópera en los EUA se circunscribe casi exclusivamente al siglo XX. Los compositores norteamericanos de fines del siglo XIX, conocidos como la escuela de Boston, dedicaron poco tiempo a la ópera, cuya puesta en escena era

muy costosa, igual que hoy, y lo más probable era presentar en ella las tradicionales producciones italianas, francesas o alemanas.

Sin embargo, fue uno de los miembros de la escuela de Boston, Frederick Converse (1871-1940), quien tuvo el honor de ser el primer compositor estadounidense que escribió una ópera que se representó en la Opera Metropolitana. La primera de sus dos presentaciones en ese teatro tuvo lugar el 18 de marzo de 1910; luego, *The Pipe of Desire* (La pipa del deseo) fue retirada para siempre de su repertorio.

No fue sino hasta el segundo decenio de este siglo que los compositores norteamericanos de ópera empezaron a recibir una atención más o menos regular. Entonces aparecieron, en sucesión bastante rápida, en los repertorios de la Metropolitana y de la compañía de ópera de Chicago, óperas de Horatio Parker *(Mona)*, Charles Wakefield Cadman *(Shanewis)*, Victor Herbert *(Natoma* y *Madeleine)* y Reginald de Koven *(Rip Van Winkle)*. Ninguna de estas óperas duró más de una temporada o dos. No es difícil comprender las razones de estos fracasos: casi siempre a la música le faltaba vigor o atractivo lírico para emocionar al público, en tanto que los libretos estaban absurdamente fuera de época y llenos de un lenguaje pasado de punto.

La Metropolitana y la compañía de ópera de Chicago montaron valientemente las que en esos días parecían ser las mejores óperas que se habían escrito en los Estados Unidos. De 1908 a 1935, Giulio Gatti-Casazza, director general de la Metropolitana, ofreció a su público lo que a su juicio eran las óperas nacionales más prometedoras de su época. A dos obras de Deems Taylor, *The King's Henchman* (El secuaz del rey), de 1927 y *Peter Ibbetson*, de 1931, se les asignó un reparto lleno de estrellas, con la esperanza de que resultaran éxitos populares. Con frecuencia Gatti puso de relieve su firme convicción de que uno de los mejores modos de atraer público a óperas nuevas o no conocidas era presentarlas con el reparto más fuerte posible.

En 1934, Gatti hizo un nuevo intento con *Merry Mount* de Howard Hanson, el mundialmente famoso director de la Escuela de Música Eastman de la Universidad de Rochester. Nuevamente Lawrence Tibbett se valió de sus destacadas facultades vocales y dramáticas en favor de una ópera escrita en su patria. Pero la música desmereció por la deficiente escritura de las voces solistas y por un insuficiente nivel de inspiración.

Por su parte, la Opera de Chicago hacía su máximo esfuerzo por *Azora* de Henry Hadley, otro de los compositores más eminentes de esos días, por *The Witch of Salem* (La bruja de Salem), nuevo intento de Cadman y por *A Light from St. Agnes* (Una luz de Sta. Inés) de W. Franke Harling. De paso, es muy conveniente destacar que en los escenarios de los EUA no sólo se probaban sin gran éxito óperas norteamericanas. Temporada tras temporada, nuevas óperas traídas de Europa iban y venían con los mismos deslucidos resultados.

En el decenio de 1930, la escena de la ópera norteamericana tomó un derrotero totalmente nuevo con la llegada de dos óperas que rompieron por completo con los conceptos tradicionales de piezas grandes y románticas: *Porgy and Bess*, de George Gershwin (1935), y *Four Saints in Three Acts*, de Virgil Thomson (1934), que dieron una nueva dimensión de inmortalidad a la poesía "todo menos realista" de Gertrude Stein. *Four Saints* tuvo 60 representaciones en un solo año, lo cual significó una marca para cualquier ópera norteamericana hasta esa fecha.

Un año después del éxito de Thomson-Stein, y nuevamente con un reparto de negros encabezado por Todd Duncan, nació una de las más famosas composiciones totalmente norteamericanas que, con pocas interrupciones, ha llegado hasta nuestros días y todo indica que disfrutará de un futuro lleno de vigor. Hablamos de *Porgy and Bess* de Gershwin. Con estas dos nuevas óperas, afloró una extraña división que de tiempo en tiempo ha parecido escindir al público operístico. Se trata de la costumbre, iniciada en los treintas, de decir que obras como *Porgy and Bess* y *Four Saints* son más bien teatro musical y no ópera.

Ante "Tiempo de verano", "Bess, ahora eres mi mujer", "Ahora mi hombre se fue" y "Estoy repleto de nada", por no mencionar la magnificencia coral de episodios tan elocuentes como el Réquiem, es difícil imaginar por qué tortuosos procesos llegaron esos críticos a sus engañosas conclusiones. Parece probable que, al menos en lo que respecta a la crítica musical, la línea divisoria entre óperas y espectáculos musicales norteamericanos permanezca por siempre borrosa. Lo cierto es que el público, al que no importó gran cosa cómo llamaron a *Porgy* algunos críticos, hizo de esa nueva ópera una de sus favoritas de siempre. Y fue tal su popularidad, en particular después de su notable resurgimiento al comienzo de los cincuentas en las voces de Leontyne Price, William Warfield y Cab Calloway cuando fue a Moscú en gira triunfal, que *Porgy* es una de las razones principales de la opinión, todavía firme en algunos europeos, de que Gershwin es el único compositor de ópera que han producido los Estados Unidos.

Los treintas y los cuarentas también trajeron consigo a la escena norteamericana un compositor nuevo y vívidamente dramático: Gian Carlo Menotti. Nacido en Italia, Menotti no se ha naturalizado norteamericano, pero su instrucción musical, aparte de algunos estudios elementales realizados en el Conservatorio de Milán, la recibió totalmente en los Estados Unidos. Tenía 17 años cuando empezó a estudiar composición con Rosario Scalero en el Instituto Curtis de Filadelfia. A los 22 años se graduó en Curtis, y en 1937 su primera ópera, *Amelia Goes to the Ball* (Amelia va al baile) fue representada bajo una de las batutas más ilustres del

Escena de Montezuma *de Roger Sessions*

mundo, la de Fritz Reiner. Un año después, la Metropolitana agregó la nueva ópera a su repertorio y la mantuvo por un tiempo.

Durante los 20 años siguientes, las partituras más famosas de Menotti y sus más grandes éxitos fueron estrenados en los Estados Unidos. Favoritas tan conocidas y populares como *The Old Maid and the Thief* (La vieja doncella y el ladrón), *The Medium* (La médium) y *The Telephone* (El teléfono), presentadas a menudo como función doble, y *The Consul* (El cónsul) las compuso Menotti antes de cumplir 40 años. La Nochebuena de 1951, el mundio vio y oyó por vez primera *Amahl and the Night Visitors* (Amahl y los visitantes nocturnos), ópera que escribió por encargo de la National Broadcasting Company para ser difundida por televisión y que ha sido vista y oída por más público que ninguna otra ópera en la historia.

Menotti se arraiga en la fértil tierra de Verdi y Puccini. Hoy día, con más de 20 óperas, ya goza con todo derecho de un lugar de fama permanente. *The Consul* le valió un Premio Pulitzer y el Premio de la Crítica Dramática de Nueva York; al otorgársele este último, se destacó el hecho de que casi siempre Menotti ha sido su propio libretista, o sea que aúna sus notables dotes de escritor y compositor.

Los treintas fueron un período decisivo en la maduración de compositores norteamericanos en muchos géneros. Para entonces ya había transcurrido el tiempo suficiente para que la primera generación de compositores de posguerra hubiera forjado un tipo de música marcadamente norteamericana. Aaron Copland, Roy Harris, William Schuman, Samuel Barber, Virgil Thomson, Howard Hanson y otros habían hecho a un lado, de diferentes modos y en distinto grado, la influencia alemana de antes de la guerra.

Incluso durante la Gran Depresión se tocaba con más frecuencia la música norteamericana y al ciudadano término medio ya no le parecía extraordinario que algunos de sus contemporáneos estadounidenses escribieran música de tan alta calidad como la mejor del mundo. Gradualmente se fue popularizando también la música de los Estados Unidos en el teatro de ópera. Además, después de la Segunda Guerra Mundial, Europa recibió con los brazos abiertos en sus teatros de ópera a muchos cantantes norteamericanos jóvenes; durante años y tan sólo en Alemania, hubo más de 600 cantantes norteamericanos en los teatros de ópera. Al propagarse en muchas universidades norteamericanas los talleres y departamentos de ópera, se formaron muchas compañías líricas menores que la Metropolitana, la Lírica de Chicago o la Opera de San Francisco. Estas compañías brindaban oportunidades no sólo a cantantes norteamericanos, sino también a óperas del país.

Sin embargo, el aspecto económico continuó siendo un factor adverso a las óperas norteamericanas. Después de todo, la ópera es el arte musical cuya producción resulta más cara. No solamente requiere buenas voces en los papeles principales, sino también en los secundarios, una orquesta, escenarios, vestuario, equipo de iluminación, largos ensayos y espacio donde guardar sus elementos. Y así como muchos compositores norteamericanos, desalentados por la dificultad de lograr que las orquestas sinfónicas tocaran sus obras se dedicaron a la música de cámara y otras formas íntimas, muchos compositores de primer orden encauzaron su tiempo creativo a escribir música que, a su juicio, tuviera más probabilidades de llegar al público que la ópera.

© Beth Bergman

Escena de Candide *de Leonard Bernstein*

Pese a todo esto, en el último medio siglo se compuso una larga lista de óperas. A fines de los treintas, Aaron Copland escribió *The Second Hurricane* (El segundo huracán), ópera en un acto para niños de escuela "y sus padres"; 15 años después escribió *The Tender Land* (La tierna tierra). El episodio más conmovedor de esta tierna partitura es, por desgracia, la emotiva "Promesa de vivir" que cierra el primer acto; nada de lo que sigue se le iguala.

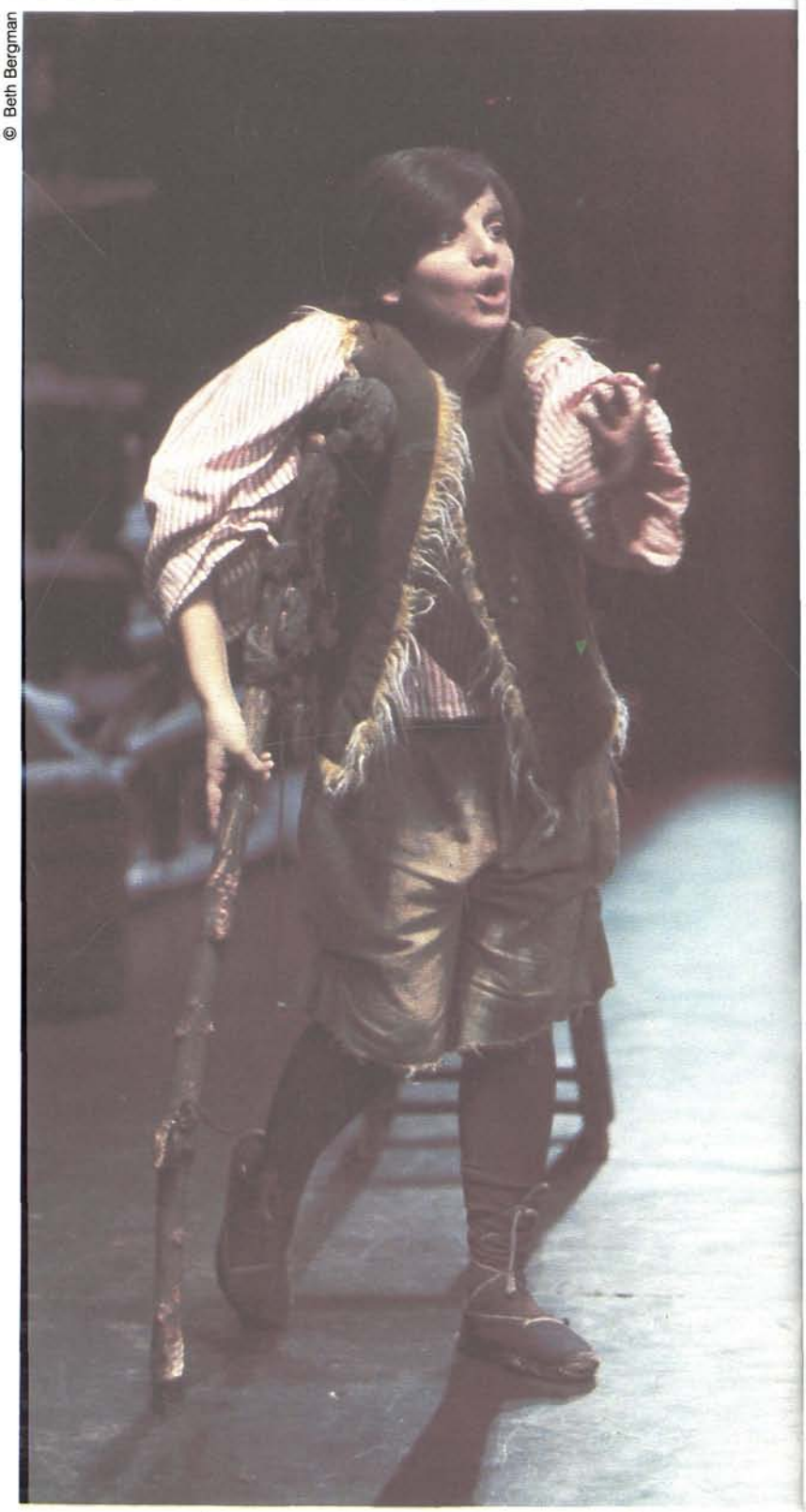
La primera ópera de Leonard Bernstein, *Trouble in Tahiti* (Conflicto en Tahití), presentada en Broadway en 1952, no fue un éxito. Treinta años después Bernstein se retiró temporalmente de sus actividades de grabación y conciertos para dedicar su tiempo y energía a la terminación de una nueva ópera que debía ser continuación de *Trouble in Tahiti.* Bernstein dijo hace poco que *A Quiet Place* (Un lugar tranquilo), estrenada en Houston en 1983, es "mucho más seria" y sondea profundamente las situaciones sicológicas en que se ven envueltos los personajes. Con la nueva ópera intentaba construir otro peldaño en la senda que Bernstein siempre ha querido que sigan los compositores norteamericanos para crear una ópera que se vea y se oiga estadounidense en todos sentidos. Tal fue el camino que siguió en *West Side Story* (Amor sin barreras), que encaja más justamente en el modelo de "revista musical de Broadway". Ese fue también el sendero que siguió al escribir su *Mass* (Misa).

En 1962, Robert Ward ganó un Premio Pulitzer por su ópera basada en la obra teatral de Arthur Miller, *The Crucible* (El crisol). Nada en las diversas óperas que siguieron ha igualado la tensión y la belleza lírica de esa obra.

Se abrigaron grandes esperanzas cuando Carlisle Floyd dio a conocer *Susannah* en 1955. Pero sus óperas posteriores no han cumplido aquella rica promesa, aunque logró un éxito modesto con un monodrama que creó para Phyllis Curtin como Leonor de Aquitania.

Es difícil asignar una posición definitiva a una de las óperas norteamericanas más respetadas, *Montezuma* (Moctezuma), de Roger Sessions. En los Estados Unidos no se interpretó sino hasta 12 años después de su estreno en Alemania en 1964. Fue Sarah Caldwell, fundadora y directora de la Compañía de Opera de Boston, quien finalmente dio a la ópera de Sessions la preparación y producción que merecía, presentándola al público norteamericano con un reparto que encabezaban Phyllis Bryn-Julson, Donald Gramm y Brent Ellis. No se trata de una ópera fácil de amar, y el amor es un elemento imprescindible para que una ópera sea del gusto de públicos numerosos, aunque ese amor sea diferente para los que quieren oír *Wozzeck* o *Pelléas et Mélisande.*

Hoy día, los escenarios operísticos de los Estados Unidos pueden llenarse varias veces con óperas norteamericanas en todos los estilos musicales.


© Beth Bergman

Escena de Amahl and the Night Visitors *de Gian Carlo Menotti*

Efectivamente, en una temporada reciente, hubo en el país 3.653 presentaciones de óperas norteamericanas, lo cual representa 38 por ciento del total de obras representadas. Está, por ejemplo, la experimental *Elephant Steps* (Pasos de elefante), de Stanley Silverman, a cuyo oscuro dramatismo no le ayuda gran cosa su partitura algo fragmentaria. Hubo también una encantadora puesta en escena de la diáfana obra teatral de Tennessee Williams, *Summer and Smoke* (Verano y humo), con música de Lee Hoiby. Se trata de una ópera reciente que sí funciona: su estreno en 1971 en la Opera de Minnesota tuvo más fuerza que su producción más reciente en la Opera de la Ciudad de Nueva York, pero Hoiby percibió de un modo notable los conflictos, sicológicos y materiales, que caracterizan a este drama poco conocido.

Un recién llegado a la escena operística de los Estados Unidos es Philip Glass, cuya obra *Einstein on the Beach* (Einstein en la playa) fue presentada en el Teatro de la Opera Metropolitana en 1976 aunque no bajo el patrocinio de éste. En la primavera de 1982 la siguió su *Satyagraha* (ver el artículo en *Facetas* 51 y la reseña en la 56). En ambas obras, Glass se aferra a la técnica que él ha popularizado, llamada "minimalismo", término que no debe interpretarse en sentido negativo, sino más bien como descripción específica del aprovechamiento que hace Glass de las posibilidades de una música que deliberadamente se circunscribe a simples permutaciones de recursos limitados.

Hay buen número, excelentes óperas en un acto de compositores estadounidenses. Una de las mejores ha sido desdeñada extraña y tercamente: *Lord Byron's Love Letter* (Carta de amor de Lord Byron), con música de Raffaello de Banfield. El vigor y la atmósfera fronteriza del Oeste de un poema famoso son captados de modo ideal en *The Face on the Barroom Floor* (La fachada del bar), en la cual el compositor Henry Mollicone se basa en la balada de Antoine d'Arcy.

Volviendo al repertorio de ópera de duración completa, he aquí algunas que son verdaderos valores en diversos estilos; cualquiera de ellas enriquecería notablemente el repertorio de cualquier compañía: *Six Characters in Search of an Author* (Seis personajes en busca de autor), de Hugo Weisgall; obra con magnífico ritmo y variedad de estados de ánimo basada en la famosa pieza de Pirandello; *Postcard from Morocco* (Postal de Marruecos) de Dominick Argento, obra electrizante si se representa como es debido; *The Ballad of Baby Doe* (La balada de Baby Doe) de Douglas Moore, con música de tierna belleza que hizo famosa Beverly Sills cuando estaba en la cima y que hoy canta con eficacia consumada Ruth Welting; *The Sweet Bye and Bye* (El dulce adiós) de Jack Beeson, quien aprovecha con gran efecto el reciente renacimiento evangélico.

George Rochberg, en un tiempo uno de los compositores más vanguardistas de los Estados Unidos, es hoy uno de los muchos compositores que han tomado la decisión consciente de escribir de modo que su nueva música agrade a los oyentes desde la primera audición. *The Confidence Man* (El hombre de confianza), de Rochberg, fue estrenada en el verano de 1982 en Santa Fe (ver el artículo siguiente).

Los crecientes costes de producción, aunados a la tendencia de algunos empresarios de ópera a quitar del programa cualquier ópera que no obtenga éxito inmediato desde la primera presentación, ha privado a obras potencialmente excelentes de tener algo parecido a una segunda oportunidad. Quizá el ejemplo más célebre de esto a últimas fechas sea *Antony and Cleopatra* de Samuel Barber, a quien se encargó escribir esa obra para celebrar la apertura del nuevo Teatro de la Opera Metropolitana de Nueva York en 1966. Cruelmente ridiculizada después de su estreno, la ópera fue retirada y Barber, algo amargado, no la tocó durante varios años. No obstante, él nunca dudó de la belleza verdaderamente rica de la música y finalmente se puso a trabajar en la revisión de su ópera, con el resultado de que hace poco, producida en la Escuela Juilliard, fue objeto de alabanzas cálidas.

Una mala suerte similar cupo a *Miss Julie* (La señorita Julia), adaptación de la obra teatral de Strindberg, con música de Ned Rorem, el cual, como Barber, es uno de los compositores estadounidenses que mejor escriben para la voz humana. Hubo aquí también una primera representación, en 1965, en que no se apreciaron cabalmente las posibilidades de la obra. ¿Cuántas veces no ha sido este el caso, como con *Butterfly* de Puccini y *Traviata* de Verdi? Afortunadamente, 14 años después del malhadado estreno, Rorem y sus colegas que creían en la ópera presentaron una *Miss Julie* revisada que indujo al agudo Peter Davies a escribir en *The New York Times:* "Como música en sí, la partitura está excepcionalmente bien lograda y con frecuencia es de una belleza poco común. Las líneas vocales poseen gran fuerza expresiva, la parte orquestal es a menudo de luminiscencia translúcida, los pasajes dialogados tienen buen ritmo. . ."

Ahí está la evidencia: hay abundancia de ópera, en todas las modalidades musicales, creada por compositores norteamericanos, para satisfacer a los públicos más exigentes. Se están componiendo más. Por ejemplo, John Corigliano está escribiendo la Opera Metropolitana en años, como parte de las celebraciones del centenario de esa institución, que empezarán en 1983. Algunas de esas óperas desaparecerán rápidamente después de unos cuantos intentos. Así ha ocurrido en toda la historia de la ópera. Pero es indudable que muchas óperas muy hermosas han cobrado vida gracias a los compositores contemporáneos de los Estados Unidos. ◆

ESTRENO EN LA OPERA DE SANTA FE

Por Michael Walsh
Tomado de TIME

Michael Walsh, crítico de ópera de la revista Time, *analiza* The Confidence Man *(El hombre de confianza) de George Rochberg, obra que abrió la temporada de verano de 1983 en la Opera de Santa Fe, compañía regional que ha reflejado y apoyado el auge de la ópera en los Estados Unidos.*

Brent Ellis, el Hombre de Confianza, invita al auditorio a escuchar su cuento

Por más de un decenio, el compositor George Rochberg ha sido figura destacada en una de las escaramuzas musicales más amargas de la posguerra. En 1972 apareció su *Tercer Cuarteto de Cuerda,* obra que a veces evoca abiertamente a Beethoven y a Mahler, pero que señaló su rompimiento irrevocable con la escuela dominante de composición, la dodecafónica, para dedicarse a escribir música más melodiosa, más accesible y, en su opinión, más expresiva.

Desde entonces, Rochberg ha venido refinando su estilo neotonal en obras como el *Concierto para Violín,* estrenado por Isaac Stern. Pero su reacercamiento más ambicioso al pasado no se produjo en la música instrumental sino en una ópera, *The Confidence Man,* con libreto de Gene, su esposa, basado en la novela sombría y escéptica de Herman Melville, que se estrenó en

© 1982 Time Inc. Reservados todos los derechos. Reproducido con autorización de *Time.*

Ministriles itinerantes atraen a la gente del pueblo en una escena de The Confidence Man

Fotografías de Marie Cosindas

La esposa de China Aster con Old Prudence y Old Plain Talk

China, izquierda, escucha al Hombre de Confianza

1982 en la Opera de Santa Fe, Nuevo México.

Empero, fue muy desafortunada la elección de esta novela de Melville, escrita en 1856, cuando la salud y los alientos de Melville estaban por los suelos. *The Confidence-Man: His Masquerade* (su mascarada) es una serie de viñetas que ilustra la venalidad de la naturaleza humana. La obra lleva entretejida la personalidad siempre cambiante del hombre de confianza. Es una obra rica, difícil y menospreciada, pero no se presta a la adaptación operística. Dándose cuenta de esto, los Rochberg extractaron el episodio de China Aster, el fabricante de velas, como eje de su ópera. La historia de éste, relatada por uno de los personajes de la novela como narración admonitoria, es unidimensional: orillado por un amigo a aceptar un préstamo de mil dólares, China lo invierte imprudentemente, queda en bancarrota y muere. Tal es en esencia la trama de la ópera.

Rochberg se esforzó al máximo por darle sustancia a ese material poco prometedor. Destaca su destreza en el manejo de los coros; el coro final, que enaltece la virtud de la confianza, nos trae a la memoria el espíritu falstaffiano de Verdi. Para el espectáculo intercalado del

El Angel del Futuro Brillante se aparece a China en un sueño

El Hombre de Confianza con otra apariencia

ministril, la escena más animada y de mayor eficacia dramática, Rochberg compuso música memorable que remeda la folclórica y es efervescente.

El compositor se permitió hacer una broma cruel. Mientras China se debate entre aceptar o no el préstamo de su amigo Orchis, se le aparece en sueños el Angel del Futuro Brillante, alentándolo a aceptar el dinero con un canto de sirena de áspero modernismo que estilísticamente se remonta al empleo que Rochberg hacía de la atonalidad en los años 50. El Futuro Brillante (el "modernismo" musical) promete la redención artística, pero resulta ser una promesa cruel y vacía, que es mejor rechazar.

No obstante, a fin de cuentas, esos momentos aislados no bastan para hacer de *The Confidence Man* un todo operístico coherente.

Sin embargo, el fracaso de *The Confidence Man* no significa necesariamente un fracaso correspondiente del idioma musical. La calidad de la invención lírica de Rochberg es elevada y las secuencias rápidas, por ejemplo el espectáculo del ministril, se manejan con vigorosa seguridad técnica. En *The Confidence Man,* Rochberg lanza un desafío tanto para él como otros compositores, que consiste en hacer que la música moderna vuelva a hablar en el lenguaje que heredó de los siglos XVIII y XIX. Queda por verse si tal cosa se puede hacer de modo convincente y espontáneo. Empero, el esfuerzo vale la pena. ◆

En el final, todo el elenco se reúne a loar las virtudes de la confianza y la fe

ACTUALIDADES: CAMBIO Y CONTINUIDAD

En esta sección especial, Facetas *enfoca varios problemas cruciales que hoy se discuten extensamente. Todos los observadores convienen en que las nuevas corrientes y adelantos han producido profundos cambios en el estilo de vida, los valores y las actitudes del pueblo norteamericano. Sin embargo, en cada caso aquí analizado, los autores notan que la mayor parte de estos cambios—por muy pronto que hayan surgido, en respuesta a las necesidades de una sociedad pluralista—se remontan a fuentes tradicionales que aún los fundamentan y enriquecen.* □ *En la página 20, el sociólogo Michael W. Hughey explora la historia social y económica reciente y analiza los grupos antiguos y nuevos que han moldeado el conservadurismo en la política norteamericana. Después, el físico Alvin Weinberg pasa revista al debate sobre energía, otros recursos y ambiente, evitando tanto las predicciones de catástrofe como el optimismo fácil. Más adelante, la politóloga Jean Bethke Elshtain comenta la ebullición intelectual que el feminismo ha generado, sosteniendo algunos valores tradicionales que quienes critican a la familia rechazan. Dice: "Mi objetivo es impugnar, no abandonar, las bases de la tradición".* □ *En el artículo principal, el sociólogo y catedrático de Harvard, Nathan Glazer, analiza el considerable desarrollo del fundamentalismo religioso que ha llegado a todos los aspectos de la vida norteamericana, e indica que se trata más bien de una ampliación de lo antiguo que de una introducción a lo nuevo. Una vez más, afirma Glazer, el cambio está contenido dentro de una vasta y profunda corriente de continuidad.*

Pluralismo y Fundamentalismo en los EUA

Por Nathan Glazer
Tomado de THISWORLD

Ilustraciones de Gene Garbowski

Los norteamericanos están ahora bajo una avalancha de publicidad y comentarios periodísticos, e incluso una dosis moderada de análisis, acerca del repunte del fundamentalismo. Se les ha dicho una y otra vez que puede ser una amenaza a las libertades civiles, a la sana diversidad de opinión y a la esperanza de que los asuntos públicos sigan al margen de las divisiones que impone el sectarismo religioso.

Por supuesto, los estadounidenses se han visto importunados casi toda su historia por conflictos de carácter religioso, pero la nueva oleada de cuestiones religiosas no tiene relación con las escisiones y divisiones tradicionales católico/protestante o judío/gentil. En cambio, opone el protestantismo fun-

© 1982 por The Institute for Educational Affairs. Reproducido con autorización.

damentalista y tradicional renaciente al protestantismo liberal. Judíos y católicos, tradicionales y liberales, participan, pero ya no como representantes de credos en pugna sino como ciudadanos, pues se han planteado importantes problemas públicos. En función de los conflictos actuales alusivos a la religión, judíos, católicos y protestantes no son ya los combatientes principales; más bien se trata de tradicionalistas contra liberales de cualquier orientación religiosa.

Algunos fueron tomados por sorpresa, incluso los periodistas liberales que se apresuraron a examinar con inquietud el movimiento conservador políticamente activo, la Mayoría Moral, sus partidarios y aquellos a quienes ésta apoya. Yo diría que esto se debe a que hemos olvidado mucho de la historia norteamericana y, quizá lo más importante, hacemos caso omiso de gran parte de la realidad estadounidense existente y todavía poderosa. Si algo ha sido la nación, es una república *religiosa,* y los norteamericanos continúan siendo, con cierta sorpresa del mundo moderno, industrializado o postindustrializado, un pueblo *religioso.* Por supuesto, también es una república y un pueblo regido por la ley, comprometido a elaborar procesos legales para sacar conclusiones. Por último, a la par que participan en la religión y se adhieren a los procesos legales, los estadounidenses están comprometidos con el mercado, con el libre desarrollo de bienes y servicios, lo cual inevitablemente socava lo tradicional en la sociedad.

Lo que ha sucedido en los últimos años es que la ley y el mercado han provocado una situación donde era inevitable que los elementos más religiosos de la población reaccionaran con enfado y vigor. Así lo han hecho, y atemorizan a los que olvidaron el pasado religioso y pasan por alto la índole del pueblo estadounidense en el amplio territorio comprendido entre Nueva York y Los Angeles.

Merece la pena señalar que a menudo creencias religiosas intensas se han incrustado en la política norteamericana, para bien o mal. En un interesante artículo de *This World* sobre los cabildos religiosos, el especialista en ciencias políticas Paul J. Weber apuntó hace poco dos movimientos importantes de la vida estadounidense que fueron avivados sobre todo por el sentimiento religioso. Uno fue el movimiento para abolir la esclavitud en la década de 1800: si bien esto incluyó un grupo norteamericano de opinión y poder mucho más amplio que el representado por la clerecía de diversas denominaciones protestantes, Weber afirma que "ningún otro sector de la población propugnó el asunto con tal intensidad o tenacidad".

El segundo ejemplo de Weber es más ambiguo, pero también demuestra la influencia de la religión en la vida pública de los Estados Unidos: el movimiento antialcoholismo. Una vez más, no sólo intervinieron grupos religiosos. Hubo elementos progresistas que vieron en la eliminación de los casinos la salvación del trabajador y su familia. También se apreció algo más que un toque de anticatolicismo, porque los católicos en nada compartían el fervor de los protestantes y, en particular, el de los templos de la clase media baja protestante, al oponerse a la bebida. Pero en el centro del movimiento se encontraban los grupos religiosos. Los recursos humanos, las contribuciones, las publicaciones, estaban animadas de un sentimiento religioso y no de análisis pragmáticos o racionales. También en esto predominaba un movimiento "monotemático", como la oposición al aborto, el fomento de la oración en las escuelas y otras campañas de la actualidad. Y tuvo éxito. Dio por resultado la Enmienda 18 que prohibía la bebida, una victoria sorprendente que, con el tiempo, sería abrogada por otra enmienda.

¿Qué explica el reciente resurgimiento de la Derecha religiosa? Vale la pena observar las cuestiones que más le inquietan y preguntar cómo se convirtieron en problemas. Uno fue la decisión de la Corte Suprema en 1973, estableciendo normas para el control estatal del aborto (y de paso, desentendiéndose de las leyes de 50 estados sobre el aborto). El segundo problema es la preocupación por la creciente corriente de actitudes no tradicionales hacia el papel del sexo y la familia y las referencias casi con naturalidad al sexo premarital, la homosexualidad y el uso de drogas, en la televisión y en los medios de comunicación masiva. El tercero es la proscripción de la oración en las escuelas. En otros términos, el gran éxito de las fuerzas seculares y liberales, que operan principalmente mediante organismos específicos o tribunales, es en gran parte lo que ha provocado los problemas que han dado pie a que los fundamentalistas religiosos alcancen la influencia que hoy tienen.

Tal vez esta es una aseveración tajante, pero creo que puedo defenderla. El aborto no fue un problema nacional sino cuando la Corte Suprema, en 1973, fijó normas nacionales para las leyes estatales. No se convirtió en problema porque los fundamentalistas quisieran robustecer las prohibiciones contra el aborto, sino porque los liberales querían abolirlas. La igualdad de derechos para la mujer no fue problema porque los fundamentalistas quisiesen limitar esos derechos, sino porque la propuesta Enmienda sobre Igualdad de Derechos originó temores, racionales e irracionales, de que se trastornarían todas las distinciones tradicionales entre el papel del hombre y el de la mujer. En los ochentas, la pornografía no se hizo un problema porque los fundamentalistas desearan prohibir a D.H. Lawrence, James Joyce o aun Henry Miller, sino porque en los sesentas y setentas la pornografía clandestina apareció flagrantemente en los

La nación ha sido una república religiosa y los estadounidenses son todavía un pueblo religioso en un grado sorprendente para el mundo industrializado o postindustrializado moderno.

puestos de periódicos. La oración en las escuelas no se volvió problema porque los fundamentalistas quisieran introducir nuevas plegarias u oraciones sectarias, sino porque la Corte Suprema se pronunció contra toda oración. La libertad para las escuelas religiosas no se tornó problema por algún empeño legal para ampliar su esfera, sino porque diversas autoridades federales y estatales trataron de imponer restricciones que las escuelas particulares no habían encarado antes.

Por ahora, tal vez no sea importante quién fue el iniciador de esos problemas. Pero relato esta historia para demostrar algo que se olvida muchas veces en la creciente ola de temor ante la influencia fundamentalista: el poder dominante —medido por el dinero, el acceso a los grandes medios de información y la opinión de las élites instruidas, adineradas e influyentes—todavía reside en las fuerzas seculares y liberales que, mediante decisiones de tribunales, propiciaron los cambios que provocaron el despertar del fundamentalismo. Lo que presenciamos es una reacción defensiva del núcleo conservador y no una ofensiva que pretenda o pueda trastornar en realidad el equilibrio, o revertir a los Estados Unidos al siglo XIX o principios del XX.

En realidad es una extraña postura política en la que ambos bandos se sienten atacados y en peligro, ambos creen que su papel es defensivo, protegiendo algún valor o institución importante contra un ataque que perturba un equilibrio estable. No es necesario presentar argumentos para demostrar que esa es la postura de las fuerzas seculares y liberales. Me basta con leer mi correspondencia, donde llegan frecuentes peticiones de contribuciones para proteger—de la Mayoría Moral y otros—la Constitución, la Corte Suprema y los derechos individuales.

Pero yo afirmaría que esta es también la imagen propia y la postura de las fuerzas religiosas fundamentalistas ahora renacientes. Pueden estar a la ofensiva, pero, si se me permite usar la frase, en una "ofensiva defensiva", que trata de que los norteamericanos regresen, en el peor de los casos, a la década de 1950, y aun eso rebasa las esperanzas o, podría pensarse, el poder de la religión fundamentalista. Esta "ofensiva defensiva" sólo puede entenderse como respuesta a lo que se ha interpretado como agresión. La agresión que prohibió la oración en las escuelas, que impidió a los estados expresar la opinión local sobre la legitimidad del aborto y que, habiendo excluido la religión de las escuelas públicas, ahora buscan restringir a las escuelas que la practican o prevenir cualquier ayuda a las escuelas particulares a las cuales han recurrido los padres que quieren una atmósfera religiosa y una educación confesional para sus hijos.

Yo diría que estamos muy lejos de la época en que podíamos temer legítimamente el poder de la estrechez mental y la intolerancia encerradas en la religión fundamentalista y tradicional. No es que allí, como en otras partes, no haya suficiente fanatismo y estrechez de ideas, pero creo que debemos hacer una distinción, entre un movimiento poderoso y lleno de seguridad en sí mismo que aspiraría a remoldear la imagen de los Estados Unidos, y el movimiento defensivo que desea proteger algunos bastiones de la religión tradicional. No es fácil trazar la línea divisoria, pero me parece que los EUA afrontan hoy mucho más lo segundo que lo primero. Permítaseme dar algunas razones de mi manera de pensar.

Primera, en un sentido de organización, el movimiento es más débil que sus opositores. Es tranquilizante—ya será alentador para liberales y secularistas—observar cuán débiles son los principales cabildos religiosos fundamentalistas, tradicionalistas o conservadores, en cuestión de dinero, recursos humanos y prestigio.

Segunda, los grupos conservadores son en su mayoría bastante nuevos. La mayor parte fueron creados en los años 70. Como puede decirse de todos los nuevos movimientos de cabildeo, tal vez no sobrevivirán muchos grupos.

Tercera, los nuevos movimientos religiosos conservadores muestran menos prejuicios e intolerancia contra otros grupos religiosos o minorías raciales que los grupos religiosos del pasado. No definen como sus enemigos a católicos, judíos o negros, sino a los liberales seculares que introdujeron cambios que los fundamentalistas consideran destructivos para la religión y la familia. El nuevo movimiento es tal vez el primer movimiento protestante fundamentalista de importancia que no es anticatólico. De hecho, comparte muchos intereses con los católicos, como la oposición al aborto y la preocupación por la independencia de las escuelas religiosas. No es antijudío, como lo demostraron los interesantes intercambios de opiniones entre Jerry Falwell, de la Mayoría Moral, y el Primer Ministro Begin de Israel. El movimiento no es antinegro.

En realidad, cualquiera que sea la precaución inevitable, muy justificada por la historia, con que los

judíos, católicos y negros ven los movimientos fundamentalistas protestantes blancos, éste no está basado en intolerancia religiosa o racial. Creo que un motivo para este rechazo al fanatismo es que el protestantismo fundamentalista ya no predomina en el país y busca aliados en todas partes (y puede encontrarlos aun entre los judíos conservadores, e incluso entre los negros, que en conjunto continúan siendo más religiosos que los blancos, y que, en mayor grado que la opinión blanca general, comparten algunas posturas de los movimientos protestantes fundamentalistas, como la oposición al aborto).

Cuarta, el nuevo movimiento fundamentalista expresa puntos de vista y actitudes que los medios informativos dominantes—los diarios nacionales, las publicaciones semanales, las redes de TV—rechazan en su mayoría y que las élites dominantes también descartan. Es interesante comparar las actitudes de la opinión pública norteamericana general y la opinión elitista sobre religión y problemas religiosos, como se aprecia en un estudio reciente sobre los valores estadounidenses. En ese estudio, el 65 por ciento del público opinó que el aborto es moralmente malo, sólo el 36 por ciento de los dirigentes. El 71 por ciento del público declaró que la homosexualidad es moralmente mala, sólo 42 por ciento de los dirigentes. El 57 por ciento del público consideró incorrecto fumar mariguana, sólo 33 por ciento de los dirigentes. Cierto es que se pueden sacar diversas conclusiones de esta división entre los dirigentes y la opinión pública general. Puede encontrarse la corriente del futuro en la opinión pública masiva, pero no es así como suelen desenvolverse las líneas de influencia.

Pero mi argumento más sólido para afirmar que el nuevo movimiento es defensivo y tiene objetivos limitados es que creo que en los sesentas y setentas presenciamos una revolución real y que lo que ahora atestiguamos es un intento de contrarrevolución, donde, como en todas las contrarrevoluciones, habrá que conformarse con aceptar muchos de los cambios que le dieron origen. La meta del nuevo movimiento es básicamente proteger los bastiones del credo fundamentalista literal y las prácticas que lo acompañan. La protección de los bastiones se logra mejor, a mi juicio, no desechando las decisiones nacionales, sino con la práctica y la ley y la costumbre adaptadas a la enorme diversidad del país. Los EUA no son una cultura sino muchas. El movimiento antialcohólico, para hacer un paralelismo revelador, llegó demasiado lejos al imponer la opinión de un sector, respecto a la bebida, al resto del país. Pero cuando se zanjó al fin la disputa con la derogación de la Enmienda 18, no molestó a la mayoría de la población que, en una u otra región del país, no se pudiera comprar bebida los domingos. De la misma manera, el liberalismo fue demasiado lejos al imponer a todos las opiniones de una parte de la población en lo referente al aborto, a la oración en las escuelas, o al apoyo a las escuelas religiosas, a raíz de casos importantes que desembocaron en decisiones tajantes de la Corte Suprema que establecieron normas nacionales. Esas decisiones importantes convirtieron en problema nacional lo que debió ser un problema estatal o municipal, como el aborto y la oración en las escuelas.

¿Existe alguna salida? Me parece que sí. Alguien me recuerda que, en 1972, la Corte Suprema falló que los Amish (secta estricta de menonitas) de Wisconsin no tenían obligación de enviar a la escuela a sus hijos una vez rebasada la edad en que la educación era considerada útil entre ellos. No fue una decisión sencilla. ¿Qué sucedía con los derechos de los niños que quisieran seguir en la escuela a pesar del deseo de sus padres de protegerlos contra las influencias seculares después de la edad de 14 años? No hay soluciones simples al conflicto entre los principios dominantes y las prácticas minoritarias. Pero esta decisión estableció la paz; otras pueden tener el mismo efecto.

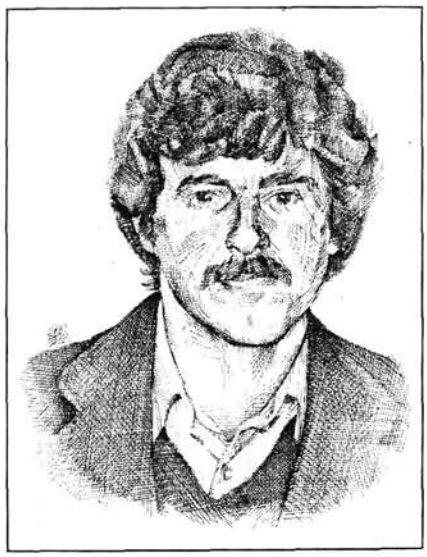
¿Es posible definir los cambios que se necesitan para moderar el enfado fundamentalista y que a la vez sean aceptables para la élite cosmopolita? Me gustaría sugerir un tema para estos cambios: la opción local en materia de moralidad, como hay una opción local sobre la bebida. Considero que la opción local, por estados y comunidades, en asuntos como el aborto, la lectura de la Biblia en las escuelas (donde se puede pasar de una traducción a otra y añadir el Bhagavad-Gita y el Corán al cambiar la población escolar), la ayuda pública a escuelas particulares y otra serie de cuestiones, podría lograr maravillas y reflejaría, simple y sinceramente, la realidad de que somos un país diverso. La Constitución de los EUA tampoco sería violada, aunque muchos profesores de derecho constitucional se escandalizarían indudablemente. Después de todo, los principios constitucionales que permitían las prohibiciones nacionales en estas áreas estaban latentes en la Constitución más o menos 180 años después que fue adoptada.

El fundamentalismo no es un vestigio anacrónico predestinado a desaparecer rápidamente, pero el mundo tampoco será salvado de una vez por todas. La política debe adaptarse a esta realidad. El fundamentalista debe admitir que al menos la mitad de la población seguirá escéptica y sin salvación; y los liberales seculares deben aceptar que ni su perspectiva racional logrará el asentimiento universal.

Las medidas que permiten a los Estados Unidos sobrevivir son aquellas en que ningún bando impone al otro su visión de lo que la sociedad debe ser. No es sencillo precisar los detalles en una sociedad donde no hay una élite gobernante y donde un punto de vista, no importa cuán excéntrico sea, puede transformarse en ley si encuentra al juez adecuado. Pero estoy convencido de que si la élite cosmopolita se abstiene de imponer sus opiniones y creencias a todo el país, el nuevo fundamentalismo reasumirá su modesto papel en el calidoscopio norteamericano. ◆

El Nuevo Conservadurismo

Por Michael W. Hughey
Tomado de SOCIAL RESEARCH



El aumento y divulgación de las ideas conservadoras son considerados por muchos observadores como uno de los acontecimientos políticos más significativos de años recientes. Michael W. Hughey rastrea el curso distintivo de ese fenómeno político en el pasado norteamericano y analiza los factores especiales de la historia y la geografía que lo causaron y que influirán en su futuro. Hughey, profesor adjunto de sociología en la Universidad Estatal Moorhead de Minnesota, es autor de Civil Religion and Moral Order *(Religion civil y orden moral), publicado en 1983.*

En los últimos años, la sociedad norteamericana ha experimentado una poderosa intensificación de todo lo que, en general, se identifica como ideas conservadoras. Sin embargo, lo único nuevo es la mayor fortuna política que ahora tienen esas ideas. A excepción de algunas modificaciones menores, las propias ideas tienen al menos dos siglos y, de hecho, son muy conocidas para cualquiera que tenga un conocimiento, aun superficial, de la historia de los EUA. Desde el punto de vista económico, se centran en los principios del liberalismo clásico, enfatizando la austeridad fiscal, la libre empresa, la competencia comercial y un mínimo de intervención gubernamental en el mercado, así como la equivalencia del bien público con el bienestar de las empresas. En el aspecto social, incluyen la adhesión a la integridad de la familia tradicional y su división sexual de labores, a la fuerza militar y su disponibilidad inmediata, con la iglesia y la religión, y con las normas, sobre todo protestantes, de moralidad, decencia y propiedad.

El amplio apoyo público a estas ideas conservadoras no surgió de pronto durante la campaña presidencial de 1980, a pesar de la impresión general en contra que, sin duda, está apoyada por la tendencia de los medios noticiosos a centrarse en el hecho específico, el elemento noticia. La primera expresión política del resurgimiento de algunas de estas ideas quizá pueda encontrarse en la campaña de Goldwater de 1964, en la cual Ronald Reagan tuvo un papel secundario, y puede verse claramente en la elección de Richard Nixon para Presidente en 1968. La fortuna política de estas ideas ha aumentado vacilante desde entonces, con más conciencia de sí mismas y nuevos estratos, nuevos énfasis y nuevos grupos de partidarios en el camino. Con todo, la impresión general es comprensible, porque a fines de la década pasada y principios de ésta, el nuevo conservadurismo pareció irrumpir en la palestra política, con una culminación espectacular en la elección decisiva de Ronald Reagan y en las políticas de su administración.

Ninguna ideología o conjunto de ideas—incluso las del nuevo conservadurismo—es persuasiva de por sí, por la fuerza convincente de su contenido. Ninguna ideología, valor o moralidad se acepta de inmediato como buena, acertada, verdadera o incluso convincente. Para que sea aceptable, cualquier grupo de ideas debe responder en algo a las necesidades ideales o materiales, o ambas, y a los intereses de los grupos que las adoptan y que después actúan como sus portadores sociales. Sólo mediante estos grupos portadores puede producir efectos sociales una idea. En consecuencia, a fin de conseguir dominio en la sociedad, una idea o ideología debe atraer a los grupos que tienen el poder—ya sea que éste provenga del apoyo popular, la capacidad coercitiva, la experiencia respetada u otros medios—para traducir las convicciones en políticas.

Así pues, para comprender el resurgimiento político de las ideas conservadoras es necesario investi-

© 1982 por New School for Social Research

gar no sólo los individuos y hechos específicos, sino también examinar la historia social de estas ideas y sus portadores contemporáneos, con referencia a los cambios sociales y estructurales en la sociedad norteamericana que las impulsó a un renovado predominio. En esta tónica, la siguiente disertación se referirá a varias interrogantes: ¿a qué grupos concretos apelan las nuevas ideas conservadoras y sobre qué bases específicas? ¿Qué grupos son portadores de estas ideas y por qué? Quizá yendo más al grano, puesto que hablamos de un cambio aparentemente repentino en el clima político, ¿qué ha sucedido para dar a estas ideas mayor atractivo en este período particular? ¿Por qué es este su momento? Por último, ¿qué circunstancias sociales cambiantes y qué cambios correspondientes en las necesidades ideales y materiales y en los intereses de determinados grupos sociales han llevado a éstos a adoptar diversos principios ideológicos del nuevo conservadurismo?

El tema general del argumento puede revelarse por adelantado. El apoyo al nuevo conservadurismo no es un todo, sino que se desprende de una rara mezcla de grupos, algunos de los cuales se encuentran de ordinario en bandos opuestos en la mayoría de los problemas políticos. Comúnmente, el nuevo conservadurismo halla sus fuentes de apoyo primordiales en tres estratos que difieren sustancialmente en función de sus posiciones de clase, sus situaciones de clase en relación con los acontecimientos estructurales históricos de la sociedad norteamericana y con su carácter social. Más aún, estos tres estratos, así como los diferentes grupos que los integran, se sienten atraídos por distintos rasgos del nuevo conservadurismo, movidos por necesidades e intereses muy diversos. En el plano histórico, una especie de alianza política sin precedentes e inesperada es lo que explica el dominio actual de la ideología conservadora. Por supuesto, esta alianza no agota las bases de apoyo de que gozan en la actualidad las ideas conservadoras, pero parece señalar sus fuentes más importantes y amplias.

La fuente ideológica primaria, así como el apoyo político sustancial del nuevo conservadurismo puede remontarse a lo que el sociólogo C. Wright Mills llamó las antiguas clases medias, que han constituido el estrato más grande, y en la mayoría de los casos el más importante, de la historia de los Estados Unidos. A principios del siglo XIX, de acuerdo con los cálculos de Mills, un 80 por ciento de la mano de obra correspondía a este estrato de la pequeña burguesía. Desde entonces, esa apabullante presencia numérica ha sufrido un desgaste constante.

Compuestas principalmente de especuladores en bienes raíces, granjeros independientes y hombres de negocios de Main Street, las antiguas clases medias dominaban por completo los pequeños poblados y áreas rurales de la Unión Americana hasta bien entrado el siglo XX y, en algunas regiones, lo siguen haciendo. La posición de clase de los miembros de este estrato se fundamentaba en su posesión de propiedades productivas —una finca, un negocio al detalle, una pequeña planta manufacturera, etc.—que trabajaban y administraban ellos mismos, por lo general, con ayuda de toda la familia. Era pues un estrato de empresarios independientes, capitalistas, de clase media, que trabajan por su cuenta.

Históricamente, la prerrogativa de definir, establecer y encarnar las normas sociales primordiales de respetabilidad, buena conducta, éxito y fracaso, corresponde siempre al estrato socialmente dominante. Como tal estrato, en casi toda la historia norteamericana, las antiguas clases medias pudieron fijar por diversos medios sus propios valores, ideales, concepciones y opiniones casi en toda institución nacional importante, definiendo tanto el concepto como el mecanismo de esas instituciones. Sus valores se convirtieron en los valores norteamericanos, sus virtudes, en las virtudes norteamericanas.

La mayor parte de los valores, normas y moralidad de las antiguas clases medias—incluso la honestidad, diligencia, industriosidad, altruismo, mentalidad cívica, devoción y autocontrol—dimanaron de su tradición protestante, pero no dependían solamente de la religión para su alimento y apoyo. En realidad, el carácter distintivo de la antigua clase media se encarnaba y era fomentado por casi todas las instituciones que ella controlaba. Por ejemplo, la familia, las escuelas públicas y la propia Iglesia constituían un triunvirato institucional para trasmitir sus valores de gene-

Para entender el resurgimiento político de las ideas conservadoras, es necesario investigar no sólo determinadas personas y sucesos, sino también explorar la historia social de esas ideas.

ración en generación, compartiendo todas y reforzando recíprocamente su respectiva obligación de inculcar en los niños las virtudes requeridas.

Como el sociólogo Max Weber dejó muy en claro, si bien el contenido económico de los valores "tradicionales" de la antigua clase media le debía mucho ideológicamente a la ética protestante, también se desarrolló de manera enteramente congruente con los afanes profanos de la vida de la antigua clase media. Los pequeños empresarios cultivaban sus tierras y administraban sus negocios siempre con miras a la expansión y a "salir adelante", y no toleraban ni oposición ni limitaciones a sus esperanzas y posibilidades de conseguirlo. Para ellos, la oportunidad económica irrestricta se alzaba a la vez como una realidad de la vida económica, un desafío a los ambiciosos y un compromiso ideológico mantenido con fervor.

En lo político, los valores de la antigua clase media siempre han incluido un fuerte elemento de patriotismo, a veces ferviente, derivado de su vigorosa identificación con los valores políticos que, debido ante todo a su propio predominio social, eran los principios dominantes de la política norteamericana, encarnados en las instituciones políticas estadounidenses. Esgrimiendo sobre todo la retórica política del Presidente Andrew Jackson, paladín de su causa contra las restricciones económicas y los privilegios monopolísticos en las décadas de 1820 y 1830, las antiguas clases de comerciantes de ciudades pequeñas pudieron adueñarse del simbolismo político de la democracia norteamericana y adaptar ésta a sus propias necesidades, intereses y propósitos. En última instancia, sobre esta base, los empresarios lugareños pudieron erigirse en defensores de la libertad y la igualdad, columna vertebral de la democracia estadounidense. Su inquietud, sobre todo, era la libertad de competir, tener utilidades y salir adelante. De hecho, para ellos la responsabilidad más importante del gobierno era preservar y proteger esas libertades y derechos económicos en el país y, con frecuencia, propagarlos al extranjero.

Los valores de la antigua clase media continuarían dominando la sociedad norteamericana mientras esa clase pudiera mantener su predominio y control sobre las instituciones estadounidenses. La historia del estrato de la antigua clase media no ha tenido, sin embargo, un éxito uniforme. En realidad, han estado a la defensiva desde mediados del siglo pasado. En ese siglo, fue un estrato en decadencia.

Desde las décadas posteriores a la Guerra Civil, continuando hasta mediados del decenio de 1900 y con un rápido incremento después de la Segunda Guerra Mundial, una revolución estructural de apariencia inexorable transformó fundamentalmente la sociedad norteamericana, con consecuencias infortunadas para la antigua clase media. Tal vez lo más significativo es que la sociedad estadounidense ha experimentado una tendencia persistente a la centralización económica. En consecuencia, muchas decisiones de importancia crucial para poblados y comunidades no se tomaron en las oficinas de la comunidad, sino en las salas de consejo de empresas grandes. El poder político, incluida la política partidista y la administración política, también fue objeto de centralización, pasando de los poblados pequeños a las ciudades y, con la usurpación gradual que el gobierno hizo de la autoridad, del ámbito estatal al nacional. Por último, aun dentro de muchas ciudades pequeñas, sobre todo del Noreste y algunas regiones del Oeste Medio, el poder político local fue tomado por grupos inmigrantes. Cada uno de esos cambios redujo más el poder de la antigua clase media. La propia Segunda Guerra Mundial constituyó una distracción importante pues absorbió casi a todos los grupos en la solidaridad colectiva de la guerra. Por su patriotismo innato, la antigua clase media participó con particular tesón al entrar la nación en combate.

Una prosperidad sin precedentes se produjo en los años de posguerra. Al agrandarse el pastel económico y recibir casi todos los grupos una mayor tajada, a la mayoría de ellos, incluida la antigua clase media, pareció haber poca causa para el descontento.

Los años de posguerra fueron un período notable en la historia de los EUA. La solidaridad durante la guerra, las preocupaciones de la guerra fría y la prosperidad generalizada no sólo impedían cualquier posible insatisfacción de la antigua clase media ante su decadencia continua e incluso acelerada, sino que en realidad acallaban cualquier descontento interno grave. Los años de posguerra produjeron, en grado considerable, una hegemonía ideológica o "final de la ideología" que la antigua clase media interpretó como continuación de la suya propia.

Pero la ilusión no podía durar, como lo demostró ampliamente la década de 1960. Ese decenio tumultuoso quebrantó sin remedio la hegemonía ideológica de los años de posguerra y obligó a la antigua clase media a tomar conciencia no sólo de que algunas instituciones norteamericanas ya no eran fieles a sus valores, sino que, de hecho, éstos eran objeto de ataques desde distintos frentes. Parecía que uno de esos frentes se componía de ciudadanos negros que, al reclamar su acceso a la vida nacional, rechazaban la unidad anterior, tachándola de parapeto para ocultar su continua exclusión. En otro frente, la antigua clase media presenció el ataque a sus valores por activistas estudiantiles blancos de clase media. Obviamente, desde el punto de vista de la antigua clase media, lo que estaba sucediendo en los Estados Unidos era indebido.

A pesar de su creciente desaliento y desilusión, la antigua clase media de los sesentas y principios de los setentas no estaba bien preparada para la defensa de sus valores acosados y, en su mayoría, se mantuvo políticamente inmóvil y, en conjunto, formaba buena parte de lo que Nixon llamó con acierto la "mayoría silenciosa".

Desde entonces se ha vuelto ruidosa. Básicamente, aun cuando los disturbios raciales y el activismo estudiantil pronto fueron aplacados, la antigua clase media no podía sentirse satisfecha pues la declinación de sus valores y estilo de vida

se había evidenciado de pronto. Desde los sesentas se ha acrecentado la insatisfacción de la antigua clase media al darse ésta más cuenta de que las instituciones norteamericanas han claudicado a sus valores. El nuevo conservadurismo es el vehículo ideológico de su creciente descontento.

Entre los partidarios de la ideología del nuevo conservadurismo, otros grupos se han unido a los sectores moralistas de la antigua clase media (ver el artículo precedente), aunque los hacen por diversas razones y subrayan distintos aspectos de esas ideas.

El nuevo conservadurismo encuentra apoyo en tres estratos distintos que difieren sustancialmente en sus posiciones de clase, situaciones y carácter social.

A uno de estos grupos se le puede llamar la clase media adinerada. Sin embargo, los descendientes directos de Main Street y herederos de la ideología de la clase media, en particular de su contenido económico, no pertenecen al estrato de clase media de Main Street. De hecho, con base en una historia social y experiencia de grupo muy diferente, ha formulado un concepto de sí mismos y una visión del mundo muy diferentes a los de sus antepasados de la antigua clase media y han adaptado en consecuencia las ideas heredadas. Específicamente, aunque esta clase media adinerada no ha modificado mucho el contenido de las ideas económicas de la antigua clase media, las ha investido de nuevos significados y promesas, ha renovado su vitalidad y las expresa en forma nueva, liberada del peso muerto del pasado y las reorienta en una dirección diferente.

El desarrollo socioeconómico estadounidense dista mucho de ser uniforme. De hecho, los mismos cambios estructurales que en los últimos 100 años pusieron cada vez más a la defensiva a la antigua clase media, sus valores y estilo de vida, han penetrado al ambiente rural en diferentes regiones y épocas, con distinta rapidez e intensidad. Por lo general se establecieron primero en el Noreste y, después de la expansión de la nación misma, se desplazaron hacia el Sur y de ahí al Oeste. Y siempre han existido los individuos—ya sea aventureros que no aceptan que les impongan límites, o personas ordinarias que buscan su gran oportunidad en un campo menos restringido—que se fueron al Oeste antes de esos sucesos estructurales decisivos.

En los años 30, la expansión hacia el Oeste recibió un ímpetu renovado por la catástrofe. Incluso antes de esa década, miles de personas habían emigrado cada año a California buscando fortuna por numerosos caminos. Sin embargo, en los treintas, cuando la Depresión infligió pérdidas calamitosas y los años de gran sequía transformaron el Oeste Medio fértil en un árido paisaje lunar, un número creciente de granjeros fracasados, aparceros, empresarios arruinados y otros huyeron del Oeste Medio en su desesperación. Al emigrar, llevaban consigo su propia moralidad económica de antigua clase media, adquirida en las pequeñas fincas y las Main Street de cientos de poblados del Oeste Medio.

Para varias generaciones de estadounidenses, California ha sido la Tierra Prometida, un lugar donde los sueños se hacían realidad y las esperanzas cristalizaban. Quizá esta reputación surgió, o en todo caso recibió un gran estímulo, con la gran fiebre del oro de 1848. Con un poco de suerte en lo que esencialmente era una empresa de cacería y recolección, era posible volverse rico y pasar de la pobreza a la riqueza de la noche a la mañana. Sin embargo, aunque sin duda fue importante, la fiebre del oro no fue lo único que creó la fama de California como Tierra Prometida, pues también era posible "enriquecerse rápido" o con relativa rapidez por caminos más convencionales. En general, como fue la última en percibir los sucesos estructurales de la posguerra civil, California ha sido la última frontera del empresario en los EUA. Cuando la gama de oportunidades se reducían progresivamente en el Este, Sur y Medio Oeste, California y los estados vecinos del Suroeste continuaron siendo el lugar donde los empresarios dinámicos podían correr riesgos, competir y sobresalir.

En particular, conforme la Depresión se acercaba a su fin, se hicieron muchas fortunas al expandirse la industria petrolera, la producción agrícola, la creciente industria cinematográfica con sede en Hollywood, y la especulación con bienes raíces, especialmente en tierras agrícolas y ciudades en crecimiento, como Los Angeles, donde la especulación con la tierra iba ligada a la manipulación de derechos sobre el agua. Muchos otros tuvieron un éxito más modesto, pero éxito al fin y al cabo, en restaurantes, estaciones de gasolina, tiendas detallistas pequeñas, ranchos avícolas y otras empresas pequeñas. Si bien algunos se hicieron

ricos de manera repentina y espectacular, según la leyenda de California, la buena fortuna de la mayoría de estos hombres de negocios emprendedores fue producto de la fórmula norteamericana tradicional que combinaba la existencia de la oportunidad con la aplicación de las virtudes económicas protestantes y de la antigua clase media, trabajo arduo y competitividad, que llevaron consigo del Oeste Medio a California. También fue producto de la misma legislación del Nuevo Trato a la que antes ellos se opusieron por cuestión de principio ideológico. Después de todo, con los programas del Nuevo Trato, el gobierno fue el que construyó las presas que hicieron tan rentable la manipulación de los derechos sobre el agua y la especulación con la tierra. También fue el gobierno el que puso préstamos garantizados, de bajo precio, a disposición de los empresarios audaces y el que estableció el apoyo a los precios del petróleo y los productos agrícolas. Sin embargo, por regla general, estos empresarios afortunados no reconocían que ellos eran importantes beneficiarios de la intervención gubernamental en la economía. Se consideraban a sí mismos como empresarios clásicos y veían su triunfo como producto de trabajo arduo, iniciativa, diligencia y virtudes competitivas.

En los años de posguerra, este estrato de empresarios afortunados del Oeste experimentó una rápida expansión conforme gran número de empresarios del Oeste Medio, que habían logrado el éxito mediante una combinación semejante de trabajo arduo, iniciativa y programas del Nuevo Trato, empezaron a desplazarse a comunidades de jubilados en el clima más soleado de California y los estados de la Franja del Sol. Allí se unieron con los portaestandartes regionales de su ideología económica en las Main Street del Oeste, reforzando así la influencia política y económica regional del estrato en conjunto. De hecho, en gran parte como resultado de esta fusión, los estados del Oeste constituyen la principal base de poder de la clase media adinerada y de la ideología económica que ésta profesa. Por supuesto, el apoyo a esa ideología también puede hallarse en otros sitios aparte de las Main Street del Oeste, al igual que otros miembros de la clase media adinerada.

En los setentas y principios de los ochentas, la clase media adinerada encabezada por la de los estados del Oeste, se alzó como fuerza política significativa. La visión del mundo de la clase comercial del Oeste y las políticas económicas surgidas de ella reflejan su experiencia. En su mayoría son empresarios prósperos que alcanzaron el triunfo por esfuerzo propio y porque supieron reconocer la oportunidad y, a riesgo financiero personal, la aprovecharon mediante la competencia. Más aún, como habitantes del Oeste que se forjaron solos, estos nuevos hombres de poder tienden a mirar con desdén el deterioro y decadencia de las "viejas" ciudades e instituciones del Noreste y a observar con aire de superioridad las dificultades económicas que encaran hoy varias de esas ciudades. Su propia concepción de cómo deberían funcionar todos los niveles de la economía refleja de muchas maneras las condiciones de su propio éxito, destacando la importancia de la "oferta" o el sector productivo y la adhesión a la libre empresa, la competencia y un *laissez-faire* modificado. En concreto, esto ha originado políticas proyectadas para incrementar las oportunidades e inversiones empresariales. Así, por ejemplo, la reducción de los impuestos mercantiles y la aceleración de las deducciones por depreciación permitirían al hombre de negocios retener más ganancias para propósitos de inversión, estrategia que revela la visión empresarial del mundo, cuyos proponentes suponen que las ganancias no gravadas se reinvertirán para aumentar la producción y no se destinarán a fusiones horizontales, consumo u otras posibilidades improductivas. Otras políticas se proyectan para suavizar las restricciones económicas e incrementar la productividad y la competitividad, reduciendo la regulación gubernamental en las actividades comerciales.

Aun cuando el contenido de sus ideologías económicas es idéntico, hay una diferencia fundamental entre la ideología de Main Street y la de las Main Street del Oeste, que obedece a experiencias históricas tan distintas de estos dos grupos.

Por supuesto, con excepciones particulares, los pequeños empresarios de la antigua clase media han experimentado una declinación continua en el último siglo, pero se aferran ansiosa y defensivamente a los elementos económicos de su ideología tradicional, así como a su contenido moral. En un sentido inmediato y específico, estos hombres de negocios de Main Street ven en las propuestas económicas del Presidente Reagan una posibilidad de supervivencia económica. Es la esperanza de volver atrás, de llevar de nuevo a los Estados Unidos a una era nostálgica en que ellos gobernaban la economía.

En cambio, los residentes de las Main Street del Oeste sólo han conocido la prosperidad, y no el decaimiento, personal y de su región. Todavía al nivel del éxito, su mentalidad colectiva y su perspectiva del mundo no son defensivas, sino animadas y optimistas. La diferencia es elocuente. Aun cuando el contenido de su ideología económica es compartido casi por completo con la clase media de Main Street, al filtrar esa ideología a través de su experiencia próspera, la clase media adinerada la combina con una fe constructiva y progresiva y la fundamenta en una confianza nacida del éxito. La suya es una ideología llena de esperanza—no una retirada defensiva al pasado, sino una propuesta de redimir a la nación ampliando el ejemplo de California.

Aun combinando las fuerzas de la antigua clase media y de las Main Street del Oeste, es poco probable que, por sus meros esfuerzos, el nuevo conservadurismo hubiera podido elevarse a su posición actual de predominio nacional. En realidad, aunque la congruencia de sus intereses ideológicos ha existido cuando menos desde que los empresarios del Oeste alcanzaron la madurez como estrato—aproximadamente hace dos o tres décadas—a fines de los setentas y principios de los ochentas fue cuando sus ideas compartidas lograron el dominio político. Para que ocu-

rriera esta resurrección ideológica fue decisivo que se le unieran numerosos partidarios de lo que, a la luz de la historia política reciente, era una fuente inesperada.

Los mismos cambios estructurales que desde la Guerra Civil han socavado en forma consistente las posiciones de clase y el estilo de vida de la antigua clase media, han creado al mismo tiempo las bases de un nuevo estrato de clase media con un modo de vida muy diferente. La expansión industrial, la centralización económica y política, y el surgimiento de enormes organizaciones burocráticas casi en todas las esferas de la vida norteamericana han creado la necesidad de una nueva categoría de trabajadores. La posición social de esta nueva clase media no se basa en la tenencia de pequeñas propiedades, sino en la ocupación, y sus ingresos no provienen de la actividad económica independiente, sino de un salario regular. En este estrato están los oficinistas y administradores de organizaciones burocráticas comerciales, oficiales y otras y, cuando menos para los propósitos actuales, los trabajadores sindicalizados que proporcionan la mano de obra para las empresas industriales. Hacia 1940, según cálculos de Mills, la nueva clase media abarcaba el 25 por ciento de la fuerza laboral. Hoy día, forman sin duda el estrato más grande de la sociedad norteamericana.

Un rasgo prominente del nuevo conservadurismo y de las políticas internas del Presidente Reagan, que fue presentado bajo el rubro de la campaña pro derechos de los estados y propuesto como política bajo la denominación de Nuevo Federalismo, es significativamente un repudio a la función política de una nueva clase media considerable, aunque casi invisible, que ha cobrado importancia al menos desde el Nuevo Trato y que se formó durante la Segunda Guerra Mundial y después de ésta.

En cierto sentido, las políticas del Presidente Reagan representan una especie de lucha entre la antigua clase media y sus aliados, por una parte, y la nueva clase media de burócratas políticos por la otra. Esencialmente, su política del Nuevo Federalismo devolvería el control administrativo de diversos programas socioeconómicos al ámbito estatal y municipal, que suelen ser mucho más dúctiles a las presiones de la antigua clase media y cuyas legislaturas son de ordinario más conservadoras que el Congreso federal.

Irónicamente, en esta lucha, el Presidente ha encontrado una fuente de apoyo significativa en algunos sectores de la propia nueva clase media. A diferencia de la antigua clase media, la nueva nunca ha creado normas políticas congruentes que puedan constituir una base para adoptar posiciones políticas y a las que los políticos puedan dirigir sus llamamientos. Sin embargo, algunos miembros de la nueva clase media comparten la inquietud de la antigua por las instituciones norteamericanas y los valores infundidos en éstas. Los valores y la moralidad son tardos para morir y, a pesar de su situación económica diferente, gran parte de esta nueva clase media también ha heredado una tradición moral del pasado de los Estados Unidos. También puede impugnar el modernismo con argumentos morales, aunque se adapta a él en casi todo lo demás. No obstante, al no compartir la misma intensa adhesión a los valores tradicionales amenazados, la nueva clase media por lo general no ha compartido la reacción de la antigua a la declinación de aquéllos, y las características moralistas del nuevo conservadurismo no parecen ser una fuente de atracción básica para la nueva clase media.

A causa de su historia y experiencia sociales, la nueva clase media ha creado bases del todo diferentes para aceptar y conferir legitimidad a las instituciones norteamericanas y sus actividades. La nueva clase media es producto de un proceso espectacular de crecimiento y expansión económicos, que han transformado a la sociedad estadounidense desde la Guerra Civil y que se aceleró mucho después de la Segunda Guerra Mundial. Al llegar a la madurez durante este último período, la generación actual de la nueva clase media ha tenido una carrera ascendente paralela a la expansión del éxito político y económico de los Estados Unidos en los años de posguerra. Como estrato, ha sabido sólo de superación constante y crecimiento económico ininterrumpido. Como estrato social, no han conocido más que progreso y mejoramiento económico ininterrumpidos. Así pues, crecieron habituados a un nivel de vida en ascenso, suficiente para sostener el estilo de vida elegido, con sus nive-

Hacia 1940, la nueva clase media (cuya posición social se basa en la ocupación) formaba el 25 por ciento de la fuerza laboral. Hoy constituye incuestionablemente el estrato más numeroso de la sociedad norteamericana.

les de consumo correspondientes. Para los que tienen puestos administrativos, este nivel de vida, en realidad todo el fundamento de su posición de clase, ha dependido del salario, el empleo regular y la posibilidad de ascensos y aumentos de sueldo continuos. Para los trabajadores industriales, depende del trabajo regular, pocos despidos, paquetes de salarios y beneficios crecientes y la posibilidad de trabajar horas adicionales.

Por supuesto, los niveles necesarios de crecimiento y expansión fueron más difíciles de manejar durante la década pasada porque el encarecimiento de los energéticos, la inflación creciente, la competencia extranjera más intensa y mayores déficit nacionales infligieron pérdidas económicas. Cuando empieza a experimentar pérdidas económicas que amenazan su estilo de vida, gran parte de la clase media apoya cada día más las políticas que les permitirían compensar esas pérdidas debidas a circunstancias económicas incontrolables, atacando éstas mediante reducciones a impuestos sobre la renta y la propiedad, políticamente manejables. La primera expresión política concreta de esta tendencia cobró forma tal vez en lo que los medios informativos apodaron la "fiebre de la rebelión fiscal", cuando muchos miembros de la nueva clase media se aunaron a la campaña para que se aprobara la Proposición 13 en California, la Proposición 2½ en Massachusetts y diversos planes para adaptar los impuestos estatales sobre la renta.

Puesto que la austeridad fiscal y los impuestos bajos son principios tradicionales del pensamiento económico de Main Street, la nueva clase media conviene en forma extraordinaria con la antigua clase media y sus herederos del Oeste, al menos por ahora en cuanto a políticas económicas. Por lo menos en este ejemplo limitado, los agentes de la tradición y el modernismo están unidos para apoyar el neoconservadurismo. Saber si esta coalición de diferentes sectores de la clase media perdurará e incluso dará lugar a nuevas alianzas y conflictos es en este momento, desde luego, mera especulación. ◆

Cómo Evitar la Trampa de la Entropía

Por Alvin M. Weinberg
Tomado de THE BULLETIN OF THE ATOMIC SCIENTISTS

La mayoría de las discusiones sobre el futuro de los países industrializados se centra en la crisis de los energéticos, el agotamiento de los recursos y el deterioro del ambiente. Alvin M. Weinberg aborda estos problemas, pero presenta una interpretación diferente y propone remedios distintos. Por ejemplo, si bien reconoce que el factor dominante sigue siendo el petróleo, afirma que todavía hay fuentes de energía abundantes y predice que para los años noventas veremos un interés renovado por la energía nuclear en todos los paíes desarrollados. El físico Weinberg es director del Instituto para Análisis de la Energía, en Oak Ridge, Tennessee, y coautor de Reflections on Big Science *(Reflexiones sobre la gran ciencia).*

El gran debate sobre el futuro de la sociedad tecnológica occidental fue captado por los entropistas. Son éstos los discípulos neomaltusianos del economista Nicholas Georgescu-Roegen, quien en su notable obra, *The Entropy Law and the Economic Process* (La ley de la entropía y el proceso económico), de 1971, llegó a la conclusión de que las transacciones económicas del hombre desembocan inevitablemente en un aumento de la entropía. Georgescu-Roegen interpretó el término entropía en un sentido amplio: contaminación, disipación de recursos, desorganización social.

Toda transacción entre hombre y naturaleza incluye a la energía: el quemar combustible, la extracción de metales de sus vetas o el procesamiento de alimentos. Todas estas transacciones llevan consigo un aumento de la entropía termodinámica, lo cual se manifiesta en el agotamiento gradual de nuestra dotación de energía libre (los combustibles fósiles) así como en la contaminación creciente: el calor residual o el deterioro más generalizado del ambiente. Este agotamiento de combustibles fósiles es la esencia del dilema maltusiano.

Georgescu-Roegen identifica más acertadamente el dilema maltusiano como un aumento en la entropía; sus discípulos, como E.F. Schumacher, Barry Commoner y, en época más reciente, los partidos políticos ecologistas europeos, convirtieron esas opiniones teóricas en doctrinas políticas poderosas.

Estas doctrinas, aunque acerta-

Reproducido con autorización de *The Bulletin of the Atomic Scientists*, revista de ciencia y asuntos públicos. © 1982 por the Educational Foundation for Nuclear Science, Chicago, Illinois 60637.

das en principio y a muy largo plazo, tienen poca importancia para la situación real durante los próximos 20 años. Lo que ha sido descrito como el vasto deterioro del ambiente, es una ilusión. La escasez de petróleo se confunde con una escasez de energéticos general. Sin embargo, el poder político movilizado por los entropistas en las democracias más participativas, tiende a hacer que sus profecías se cumplan. Al negar a la sociedad algunas de las fuentes de energía más recientes, en particular las nucleares, ellos están tendiendo una trampa entrópica que podría llegar a socavar todo nuestro humanismo occidental.

Nadie niega que la trampa de entropía puede devorarnos en última instancia: lo importante es cuándo. ¿Deberán ser el ambientalismo y la conservación indiscriminada las preocupaciones dominantes en los próximos 20 años, sobre todo en el mundo desarrollado? ¿U otros problemas más mundanos—como la mayor recuperación de petróleo, o el fomento de la energía nuclear o el vigoroso desarrollo de la hidroelectricidad—deberán acaparar nuestra atención.

Los entropistas más radicales insisten en que toda la tecnología moderna, simbolizada sobre todo por la planta generadora de energía nuclear central, representa una aberración perversa porque es centralizada, deshumanizante, ineficaz, antieconómica. Ellos exigen el regreso a una sociedad basada en el uso generalizado de tecnologías a base de energéticos renovables, descentralizadas, humanas y reducidas (y el cambio correspondiente en los modos de producción, desechando el sistema fabril centralizado y adoptando una nueva configuración que responda mejor a las necesidades humanas reales). En este razonamiento, los entropistas modernos se remiten al filósofo social norteamericano Lewis Mumford (ver artículo de la página 34). En su *Technics and Civilization* (Técnicas y civilización) escrito hace 50 años, Mumford demandaba una tecnología más humana y una sociedad que rechazara el crecimiento, limitando el consumo.

Considero que los entropistas entendieron mal nuestro padecimiento actual. Los remedios que proponen—poner coto al crecimiento y rechazar las tecnologías eléctricas centralizadas—son equivocados. Su argumento se basa en tres suposiciones:

- Se nos está agotando rápidamente el combustible fósil; por tanto, la conservación de la energía, y no la explotación de nuevos recursos energéticos, debe dominar la política correspondiente.
- Nuestros recursos minerales de alta calidad se están disipando; por ello, la crisis económica precipitada por la manipulación que hace la OPEP del suministro de petróleo se repetirá para otros minerales.
- Toda nuestra tecnología, en particular la de energéticos, está destruyendo el ambiente.

Ante el argumento de que se nos agota la energía en general, señalo que la energía calculada en los recursos carboníferos del mundo (si no se limita por la acumulación de dióxido de carbono) es de unos 6.000 teravatios-año, mientras que se usaron ocho teravatios-año el año pasado. En el uranio y torio de los océanos y las rocas, para todo propósito práctico, hay una fuente infinita de energía que no libera dióxido de carbono, siempre que estos materiales se usen en reactores reproductores.

La crisis de energéticos es en gran parte una escasez de petróleo barato. El elevado precio del petróleo no se decreta tampoco sobre bases estrictamente económicas. Si hubiera un verdadero mercado libre del petróleo, pagaríamos mucho menos por él. El precio del petróleo está controlado por la OPEP. Y ésta ha tenido éxito porque los precios marginales de las nuevas fuentes de petróleo—productos sintéticos del carbón o del esquisto—son mucho más altos que el precio del petróleo vigente cuando la OPEP entró en funciones en 1973.

El precio de un barril de petróleo de esquisto en 1990 quizá superará el precio mundial real del petróleo en 1973 en un factor de 10 a 15. En este aspecto, el petróleo es casi único: para casi todos los demás minerales más comunes, la diferencia entre el precio actual y el precio de recursos más costosos, de menor calidad y mucho más abundantes, es mucho menor.

Así pues, el argumento entropista sobre la disminución de los recursos y la disipación de los minerales parece muy exagerado. Lo que se aplica al petróleo *no* es ciertamente válido para los metales más comunes, en particular el hierro y el aluminio. Para estos metales más usados, hay fuentes casi inagotables en concentraciones sólo un poco menores que las concentraciones de las vetas promedio que se explotan en la actualidad.

Lo mismo se aplica a la mayoría de los demás minerales menos comunes: debido a su relativa intrascendencia económica y a la posibilidad de sustitución (y de reutilización), el mundo podría resistir un aumento muy grande en el precio sin sufrir las graves penalidades económicas impuestas por el enorme encarecimiento del petró-

leo. Así pues, el segundo argumento de la tríada entropista—que el mundo está a punto de sufrir una escasez catastrófica de minerales no combustibles—parece tambalearse frente a las cifras reales.

Tampoco podemos aceptar la tercera afirmación: que el ambiente está en peligro inminente de ruina. Si el cuadro fuera tan terrible, veríamos un grave incremento en la mortalidad por cáncer, enfermedad que suele atribuirse a la exposición a un ambiente nocivo. Pero la expectativa de vida en los EUA aumentó en 2,5 años de 1970 a 1978, en comparación con el aumento de 0,8 años que había prevalecido en todo el decenio de 1960. Y salvo el incremento en el cáncer pulmonar (tal vez causado por fumar cigarrillos), la mortalidad global por cáncer, adaptada por edades ha ascendido muy ligeramente, o nada, en la última década. Y ese aumento en la mortalidad por cáncer pulmonar fue compensado en grado considerable por una reducción inexplicada en la mortalidad por cáncer estomacal. *No* padecemos cáncer epidémico; las inquietudes ambientalistas basadas en tales percepciones son engañosas.

No sostengo que no haya preocupaciones ambientales válidas. Como resultó cierto en 1554 cuando Georgius Agricola escribió *De Re Metallica,* la explotación minera de cualquier tipo despoja al ambiente (sobre todo en las cercanías de la mina). En realidad, el motor de combustión interna ha provocado esmog en muchas ciudades grandes y en varias localidades, los efluentes industriales han contaminado el agua. La pérdida de mantillo, que en los EUA asciende a casi un centímetro por década, podría llegar a ser grave.

No obstante, lo que alego es que el ambiente no es nuestra preocupación primordial de los próximos 20 años. Con una posible excepción, no veo justificación para elevar una inquietud abierta e ilimitada por la integridad del ambiente a la categoría de dogma religioso dominante que merezca prioridad sobre cualquier otro deseo o aspiración humanos. La posible excepción puede ser la acumulación de dióxido de carbono resultante de quemar combustible fósil. Afortunadamente, la emisión de dióxido de carbono no nos afectará de inmediato; tal vez sea una preocupación válida para el siglo XXI.

Si bien el programa de los entropistas no es muy pertinente para los próximos 20 años, esto no significa que el mundo no encare ahora problemas de tecnología o de recursos. De ninguna manera. El aspecto dominante sigue siendo el petróleo. La política de energía para los próximos 20 años debe enderezarse a independizarnos del petróleo.

En primer lugar, esto significa utilizar el *petróleo* en forma más eficaz. Con esto no quiero decir que se use *toda forma de energía* de manera más eficaz: el ahorro de hidroelectricidad no siempre ahorra petróleo. El medio más efectivo para alentar el uso más eficiente del petróleo es elevar su precio. Los automóviles en los Estados Unidos en 1980 fueron ocho por ciento más eficientes que en 1973; en 1980 se importó 20 por ciento menos petróleo que en 1979. Gran parte de esta mejoría es atribuible al 40 por ciento de aumento en el precio del petróleo en 1980, comparado con 1979.

Un corolario de esta opinión es que debemos reconsiderar nuestro compromiso con la conservación. En los años venideros debemos elegir: conservar aquello de lo que tenemos poco—es decir, el petróleo—usar otras fuentes de energía más abundantes para remplazar al crudo aunque eso conduzca a una eficiencia termodinámica general menor y, por tanto, a menor conservación en términos generales.

Los entropistas dominan la disertación de tal manera, que cualquiera que niegue que la conservación es un objetivo humano trascendente es considerado como irremisiblemente anticuado. Anticuado o no, este punto de vista me parece de simple sentido común.

La otra estrategia para reducir el consumo de petróleo es sustituirlo con otras fuentes de energía, en especial fuera del sector transportes. Parte de esta sustitución puede proceder de otros combustibles fósiles, sobre todo carbón o gas. Un poco puede provenir de la energía solar en sus diversas manifestaciones. Pero hay otra estrategia complementaria: el redescubrimiento de la electricidad.

Cuando el combustible fósil o el uranio es convertido en electricidad, sólo el 30 por ciento de la energía del combustible se transforma en electricidad. Esta ineficiencia termodinámica ha sido tomada por muchos entropistas como motivo para rechazar la electricidad para todos los usos donde ésta es insustituible. Empero, si lo que nos falta es petróleo y lo que tenemos es carbón, uranio o agua, entonces el sentido común debe imponerse sobre los principios termodinámicos. Tiene lógica sustituir el petróleo, del que carecemos, por fuentes que sí tenemos; y la eficiencia es pertinente sólo en la medida que determina la economía de la permuta.

Gran parte del perjuicio contra la electricidad es doctrinario y termodinámico. Generalmente, la electricidad es vasta y centralizada y, según los entropistas, lo vasto y centralizado es desagradable, lo pequeño y descentralizado es bello. Pero la belleza está en el ojo del espectador. Un sistema que imparte una mayor medida de comodidad es bello para quien no tiene interés en perder el tiempo con los recalcitrantes calentadores solares. Más aún, incluso entre los entropistas se discute si los sistemas eléctricos centralizados desembocan o no en pautas de vida centralizadas.

Buena parte del enfado de los entropistas se dirige contra la energía nuclear, puesto que a la vez es eléctrica, centralizada, vasta y, en su opinión, ambientalmente amenazadora. Para ellos es una tecnología equivocada que debe extirparse. De hecho, en varios países de Europa occidental, la energía nuclear se ha detenido.

Pero todavía no están todos los resultados: para los años 90, bien podemos ver un viraje completo en la opinión popular, sobre todo si los casi 500 reactores de energía que entonces funcionarán en el mundo lo hacen bien. Entre los países occidentales, sólo Francia sigue desplegando dinámicamente la energía nuclear: ¿tendrá éxito el experimento francés? En la pró-

xima década, ¿envidiará el resto de los países desarrollados a Francia porque ésta importará mucho menos petróleo que ahora?

Con pocas excepciones, los países con firme dedicación a la energía nuclear tienen planificación central o están políticamente centralizados. ¿Puede prosperar la energía nuclear sólo pagando el precio de la centralización?

La energía nuclear no surte buenos resultados en los países políticamente descentralizados—en particular Alemania y los Estados Unidos—porque en ellos una minoría más o menos importante de la población piensa que dicha energía es inaceptable. Las restricciones sobre energía nuclear no necesitan ser sancionadas—como en Suecia, Austria y Dinamarca—por medidas políticas explícitas. Si la minoría muestra suficiente agresividad, puede paralizar la empresa.

Por esta razón, considero que el buen desempeño del sistema nuclear durante la próxima década será decisivo. Aun cuando los entropistas rechacen la energía nuclear por el solo hecho de que es centralizada, no creo que este sea un argumento políticamente poderoso para concentrar a una mayoría. Pero el espectro de una nube radiactiva que emerja de un reactor estropeado conlleva una sólida fuerza emocional y, por tanto, política. A menos que se conjure el temor—sobre todo con la operación continuamente segura y fiable de los reactores del mundo durante los ochentas—la opción nuclear se verá comprometida y, si así ocurre, una de las mejores oportunidades de evitar la trampa de la entropía se habrá perdido.

Mi expectativa es que 1990 llegará sin que se haya repetido el accidente ocurrido en 1979 en la planta nuclear de Three Mile Island, Pennsylvania, y que, por consiguiente, veamos un renovado interés en la energía nuclear en todos los países desarrollados. Ese despliegue renovado es parte importante de un programa racional de energía. Y quizá más significativo para los 90: podría ser un elemento clave en la estrategia para eliminar la mortal y asfixiante dependencia del petróleo extranjero. ◆

Feminismo, Familia y Comunidad

Por Jean Bethke Elshtain
Tomado de DISSENT

"En su comprensible preocupación por la situación de la mujer", dice Jean Bethke Elshtain, las feministas de las dos últimas décadas "muy poco se han inquietado por el impacto del cambio social en la totalidad de la familia". Ahora es el momento, indica, de una reconciliación entre las esperanzas e inquietudes del feminismo y la necesidad humana universal de seguridad e intimidad, que dé respuestas para la comunidad y para la familia tradicional.

Elshtain, catedrática de ciencias políticas en la Universidad de Massachusetts, Amherst, es autora de Public Man, Private Woman *(Hombre público, mujer privada) y compiladora de* The Family in Political Thought *(La familia en el pensamiento político).*

Escribo como alguien que ha participado en la política del movimiento feminista de los Estados Unidos desde principios de la década de 1960, alguien que describe su propio trabajo como producto, en parte, del fermento intelectual que el feminismo ha generado. Pero, al comenzar, encuentro que la imagen de una mujer fuerte, mi abuela, sustituye a todas las demás visiones, borra las ideologías abstractas y los modelos teóricos. La veo instruyendo a sus nietos en las labores manuales que crean artículos bellos y útiles para dar abrigo a nuestro cuerpo, calor en nuestra cama y alimento para nuestra mesa. No olvido su orgullo y su intensidad, su convicción de que ha llevado una vida buena y productiva. Sé que lo que mantiene vivo el fuego de su vida es el impulso de trasmitir su legado de prudencia, piedad y bondad a sus bisnietos.

Es adecuado que la imagen de mi abuela surja aquí con tanto vigor. La necesidad de escribir este artículo se origina en mi descontento con la manera en que "la familia" ha sido tratada en muchos de los debates feministas y radicales desde los años 60 y con el modo en que "la comunidad", aunque elogiada, sigue siendo un término casi vacío porque no hay forma de crear verdaderas comunidades a partir de un conjunto de adultos que deciden "con libertad".

El término que mi abuela emplea para describir a los suyos es *unsere Leute,* "nuestra gente", un grupo de inmigrantes que mantuvo una identidad histórica. Ninguno de los

© 1982 por Dissent Publishing Corporation.

valores de "nuestra gente" armoniza perfectamente con las "necesidades" del capitalismo, ni con las imágenes mercantiles de los seres humanos; ambos chocan en casi todos los puntos. Sin embargo, los lazos de esas comunidades orgánicas son vistos, por los movimientos progresistas que emanaron del racionalismo de la Ilustración y los mitos liberales del progreso histórico, precisamente como aquellos de los cuales necesitamos "liberarnos". La cruda verdad que descubrimos no es más que ésta: en la medida que los reformadores y radicales juzgan a la familia y la comunidad tradicionales como reaccionarias por definición y represivas por naturaleza, ellos se han comprometido con una imagen unidimensional de los seres humanos. Este es un grave cargo e intento sostenerlo.

En primer lugar, recordemos la forma en que la familia fue escogida por voceros influyentes dentro de los movimientos de la clase media pro cambio social—feminista, radical, "sicológico"—como *la* institución que más contribuía a oprimir a todos, pero a la mujer en particular, los llamados a "aplastar" a la familia o transformarla drásticamente para adaptarla a una revolución feminista o izquierdista concebida abstractamente, ayudaron a propiciar la reacción que ahora afrontamos. La Derecha ha podido presentarse como defensora de la vida familiar, en parte por la notoria hostilidad que pronto mostraron muchas personas (aunque no todas) feministas y radicales a las formas sociales tradicionales.

El retrato que la Derecha hace del sentimiento antifamiliar de feministas y radicales es muy exagerado, por supuesto, pero tiene suficiente verdad para dar credibilidad a las acusaciones. La mayoría de los ciudadanos estadounidenses se consideran ante todo hombres y mujeres de familia y miembros de comunidades, y dedican mucha energía a mantener vigentes esas familias y comunidades. Aun hoy, ni feministas ni radicales han podido proporcionar la visión convincente de otra forma de sociedad que cautive la imaginación y logre la adhesión de esos ciudadanos.

Sería tedioso hacer la repetición detallada de todos los cargos contra la familia, pero es necesario recordar algo. Si no repasamos al menos algunos de esos cargos, no podremos apreciar la compleja interacción entre protesta y reacción.

En un ensayo muy difundido sobre "liberación femenina", la familia fue declarada "el agente central de represión", pues inculca "el servilismo de la mujer y los tabúes sexuales". Otro manifiesto describía a la nueva madre como una criatura digna de lástima, que sufre un deterioro social decisivo, quedando prisionera en el hogar, el cual "es quizá la base de todos los males". Estos argumentos fueron presentados por teóricos tan influyentes como Kate Millett, para quien la sociedad no era más que la ampliación de una familia patriarcal, opresiva, donde la mujer es siempre la víctima y una de las clases oprimidas, o por Germaine Greer, quien preconizaba que la mujer tuviera la "libertad" de dejar su casa y familia para ir en busca de una vida sin ataduras.

Cierto es que había, y hay, feministas de todo tipo que rehúsan unirse a la causa antifamiliar. Pero esto no debe ocultar el hecho de que un impulso importante de la retórica feminista inicial fue su gran insistencia en que la familia era "el enemigo".

A los críticos feministas de la vida familiar se añadieron diversos radicales culturales (en su mayoría hombres). Los impugnadores pertenecientes a la contracultura intentaban escapar de la tensión familiar mediante la experimentación con drogas y la vida comunal. Los radicales sicológicos encontraron en el siquiatra R.D. Laing un gurú que proclamaba que todos los seres humanos educados en familias eran "criaturas semienajenadas".

En retrospectiva, gran parte de esta crítica fue hecha por radicales que rehusaban reconocer las necesidades humanas legítimas de intimidad y seguridad, encarnadas y satisfechas, así sea de manera imperfecta, en la familia tradicional. Ya debilitada por las fuerzas mercantiles que desgastaron los lazos comunitarios y separaron el trabajo de la vida en comunidad, la familia norteamericana, en el decenio de 1960, fue blanco vulnerable de la crítica social y la protesta personal-política. Pero los opositores de la familia no tuvieron éxito en lo que debía ser parte esencial de su programa: no enunciaron alternativas viables, humanas, para remplazar lo que proponían reformar o "aplastar". En cambio, solían reiterar, como dogma, la idea de que si las personas ya no dependieran de familias, se unirían para exigir cambios sociales radicales.

La historia poco feliz de las últimas décadas relata un cuadro diferente: los seres humanos atemorizados por un mundo cada vez más fuera de su control real, preocupados por preservar lo que juzgaban como valores tradicionales amenazados por liberales y radicales, quedaron atrapados en una ideología que intentaba revivir los Buenos Tiempos en que los hombres eran hombres, las mujeres sabían cuál era su papel, los hijos permanecían en su lugar y todo marchaba bien. Es inexacto, y adecuado a sus intereses, que feministas y radicales sólo vean en todo esto a miles de norteamericanos manipulados por la Derecha en torno a cuestiones como la familia. Los conservadores abordaron con tono impositivo a los problemas culturales planteados con más notoriedad en los sesentas. Hasta ahora, los feministas y otros críticos sociales no han resuelto las cuestiones morales planteadas por la crisis de las instituciones norteamericanas, sobre todo la familia.

Otra alternativa, con frecuencia siniestra, para la familia y la comunidad es presentada por docenas

Cualquier comunidad humana viable debe tener en sus filas un sector importante dedicado a proteger la vulnerable vida humana. Históricamente, esa ha sido la misión de la mujer.

de cofradías o cultos que ocuparon el vacío creado por el debilitamiento de los lazos familiares y comunitarios, aun cuando socavaron más esos nexos para excluir cualquier centro focal externo de las relaciones humanas.

Los que encuentran desagradable *cualquier* comparación analítica entre cierta clase de protesta radical y la teoría y práctica de los cultos, deben reflexionar un momento en las semejanzas entre la visión de familia expuestos en ambos casos: que es parte de una estructura opresiva adversa a la liberación y la Causa; que inhibe la participación política y social entusiasta; que existe para perpetuar un sistema "enemigo".

Los ciudadanos ordinarios ven en todo esto otro ataque a las formas sociales que ayudan a que su vida tenga sentido. Las suposiciones de que, a fin de tener una conciencia revolucionaria o feminista, es menester apartarse de los vínculos familiares son correctamente interpretadas por miembros de la clase trabajadora y de comunidades tradicionales como destructivas de su estilo de vida. A veces hasta identifican en esta opinión una ampliación de las fuerzas mercantiles que casi han aniquilado las antiguas formas de convivencia social al sustituirlas por formas de vida superfragmentarias.

Para mi abuela, el "yo" de la identidad propia siempre fue un "nosotros", ubicado en una densa red de lazos humanos. Concebirse fuera de la trama de *unsere Leute* era tan absurdo como pensar en volar. Esos vínculos de comunidad fueron modificados para siempre por las fuerzas gemelas del liberalismo y el capitalismo, que históricamente surgieron una tras otra y, en la práctica, revelaron tremendas posibilidades para el bien y para el mal, impensables en anteriores formaciones sociales. La sociedad liberal abrió posibilidades para que las personas se "reubicaran", conforme la sociedad adquiría una estructura más abierta, distanciándose de los antiguos nexos y limitaciones en pos de identidades personales definidas y elegidas por cada cual.

El ideal era que los individuos libres, en busca de sus intereses propios, también estuvieran atentos a sus deberes superiores como ciudadanos de una comunidad política. Desafortunadamente, las condiciones en que actúan los individuos en el mundo público están totalmente embebidas de los valores mercantiles que minan las posibilidades de llevar una vida compartida de virtudes cívicas. De este modelo de mercado libre surge la ideología que proclama que toda restricción a la expresión individual es coercitiva.

Así llegamos a un ideal de compromisos no obligatorios, con atractivo particular para la clase media alta, los que progresan y los instruidos, servido como alimento radical. El efecto global de toda esta "realización" de los intereses propios se considera como un bien más general, ya que los modos de protesta radical, acreditables al liberalismo clásico, llevan implícita la idea de que una "mano invisible" actúa para transformar los intereses particulares y la libertad personal en un beneficio social.

Pero al final esto no servirá, porque no hay manera de crear una comunidad a partir de "individuos libres". En este marco, donde los individuos sólo son "libres" por cuanto cada uno es el único "dueño" de su identidad, las únicas relaciones humanas aceptables son las que han sido calculadas para rendir un provecho máximo. Con esta perspectiva, todos los vínculos humanos, aun el matrimonio, se estructuran como algo rigurosamente contractual, desposeyendo al matrimonio y a la comunidad de su carácter de pactos sociales.

El pacto social es una noción distinta a la de contrato. Es inseparable de los ideales de virtud cívica y mantiene su dominio sobre la clase trabajadora, la cultura religiosa y rural. Un pacto no es un acuerdo fortuito, sino un compromiso solemne para crear algo "nuevo" con elementos dispares—una familia, una comunidad, una política—cuyos miembros dejan de ser "como antes" en cuanto entran a formar parte de este modo social de existencia. Dentro del pacto social, en circunstancias ideales, los miembros de la comunidad comparten valores sostenidos por convicción moral, no impuestos por coerción. A diferencia de las teorías de contrato social, el ideal de pacto social gira en torno a las necesidades variantes del ser humano en el curso de su vida. La teoría del contrato es una visión estática: presenta un panorama de adultos razonables, anuentes, un mundo donde nadie nace ni muere. Los niños, los viejos, los enfermos y los moribundos que necesitan cuidados no se aprecian por ningún lado.

Ahora bien, en la práctica, la sociedad contractual sigue ligada, en formas que no son reconocidas, a ideas más antiguas del pacto social. A decir del especialista en ciencias políticas Michael Walzer, "lo que permitió al liberalismo perdurar todos estos años fue que el individualismo que generaba era imperfecto, moderado por antiguas restricciones y lealtades, por pautas

estables de relaciones locales, étnicas, religiosas o de clase. Un liberalismo inmoderado sería insoportable". Pero eso es precisamente lo que la protesta feminista y radical, basada en el individualismo sin trabas, se niega a reconocer; esta protesta no demuestra de modo convincente cómo se sostendrán las relaciones sociales íntimas si el individualismo sigue erosionando los cimientos sociales de los cuales se nutren básicamente los individuos.

En la conclusión de este ensayo, colocaré las ideas feministas y tradicionales de vida familiar en una relación mutua, de manera que no se vean las condiciones anteriores de opresión de la mujer como el único camino para restablecer la vida familiar. Por el contrario, esgrimiré una forma vigorizada de vida familiar y comunidad para deshacer la influencia destructiva de las imágenes mercantiles sobre la protesta feminista. Si fracasamos en este intento, quizá desatemos más reacciones defensivas de los movimientos de derecha y las destructivas posibilidades de las cofradías. Mi objetivo es debatir, no desechar, las bases de la tradición, terreno hasta ahora cedido a la Derecha.

Para recuperar lo que la escritora francesa Simone Weil llamó nuestra "necesidad de raíces", primero debemos descartar la idea hueca de que todas las familias o instituciones religosas robustecen la ideología de la sociedad en sentido amplio. Sólo entonces podemos remodelar la visión de la familia como punto central de cualquier forma de vida humana. Por "familia" entiendo el concepto popular aceptado generalmente, que tiene su base en el matrimonio y el parentesco, que incluye vínculos interpersonales que no pueden reducirse a términos instrumentales. Esta familia se interpone como barrera entre los seres humanos y la destrucción de su mundo social bajo las exigencias de un egoísmo ilimitado.

La protesta feminista que intentaba eliminar esta esfera de la feminidad tradicional fue comprensible cuando constituía una respuesta de la mujer a las condiciones de su identidad que se habían vuelto problemáticas bajo las presiones de la modernización y el capitalismo. Pero el punto final de este debate feminista, ya sea radical o liberal, es irónicamente contraproducente porque requiere que la mujer, en nombre del feminismo, adopte las condiciones de una vida pública que fue creada por hombres que habían rechazado o menospreciado el mundo de lo tradicionalmente "femenino" con sus virtudes "más blandas".

La familia es un requisito indispensable para cualquier forma de vida social y es imprescindible un ideal particular de familia para crear una sociedad más humana. . . Las responsabilidades hacia los niños son lo más importante.

Una alternativa a la protesta feminista que busca la completa absorción de la mujer dentro de la sociedad mercantil debiera no perder contacto con la esfera social tradicional de la mujer. El mundo de la mujer surgió de un troquel de cuidado y preocupación por los demás. Cualquier comunidad humana viable debe tener entre sus miembros un sector importante dedicado a proteger su vulnerabilidad. Históricamente esa ha sido la misión de la mujer. Lo lamentable no es que la mujer refleje una ética de responsabilidad social, sino que el mundo público, en su mayoría, haya repudiado dicha ética.

Si es cierto, como lo expresó hace poco la sicóloga del desarrollo Carol Gilligan, que la mujer tiene una "voz" moral distintiva, que subraya la preocupación y la responsabilidad por otros, las feministas debieran ser las primeras en proteger la esfera que hace esa moralidad factible y hallar la mejor forma de ampliar sus imperativos para atender a un mundo público subhumanizado. Si Gilligan se percata de que la mujer tiene hoy mayor capacidad para identificarse con los demás, para mantener diversas relaciones personales, y ubica esas cualidades y capacidades en la relación de la mujer con hijos, amigos y comunidades, las feministas debieran pensar en lo que se perdería si abandonáramos del todo este ámbito en nombre de un ideal abstracto de liberación.

Las defensas derechistas de la familia sólo pueden ser combatidas por un feminismo que convenga en que la familia es indispensable para cualquier forma de vida social y que un ideal concreto de familia es imperativo para crear una sociedad más humana. Un indicio de esperanza es el empeño de muchos hombres y mujeres por mantener fuertes lazos familiares y, al mismo tiempo, luchar por establecer relaciones más igualitarias entre marido y mujer.

El feminismo que tengo en mente tiene poca semejanza con el "cambio importante" en el concepto de familia que, según algunos, se registró en *The Second Stage* (La segunda etapa) de Betty Friedan (reseñado en *Facetas* 57). La visión que Friedan tiene de la familia encarna un acomodamiento a las estructuras empresariales y políticas que más profundamente han intervenido en el fracaso de los lazos familiares. El tipo de disposición familiar que Friedan califica de ejemplar (profesionales con dos carreras y horarios de trabajo flexibles, pero que con frecuencia requieren ayudantes con paga) es posible, en el mejor de los casos, para

el 10 o 15 por ciento superior de la población norteamericana. Para el 85 por ciento restante, se reitera un plan liberal muy convencional: más guarderías, más dependencia de los "expertos" en ingeniería social y, *mirabile dictu,* la "trascendencia" final de cualquier conflicto entre "autorrealización" y "bien social". Tal prestidigitación suaviza las asperezas del conflicto y diluye el debate político. Por último, si los objetivos de un feminismo guiado por los valores de la sociedad actual, la necesidad individual de lazos íntimos duraderos y el logro de algún criterio de bien social son compatibles, ¿por qué fue todo el alboroto?

Mi versión de una perspectiva feminista que defiende los lazos familiares, a diferencia de la de Friedan, se abstiene de erigir alternativas familiares o feministas sobre las arenas movedizas del acomodamiento al *statu quo.* Al definir la familia simplemente como el lugar "donde estás en casa", Friedan la declara inexistente. Su lógica le exige equiparar a la soltera demasiado liberal de una "villa residencial para adultos", al marido y mujer, ahora abuelos, que han convivido 40 años, y a los cuatro universitarios que alquilan una casa para el semestre de otoño.

Para que el argumento feminista sobre la familia tenga peso crítico, no deben eludirse los conflictos importantes entre la idea popular de familia y los intentos de varios grupos por redefinirla para que abarque casi cualquier disposición social que los seres humanos decidan llamar "familia". Cubrir con el manto honorable de "familia" a cualquier conjunto ad hoc de personas que coinciden bajo el mismo techo, es demeritar los logros genuinos de los hombres y mujeres de familia que han hecho honor a sus respectivos compromisos recíprocos. El feminismo que propongo reconoce que no hay una solución definitiva para las metas gemelas de libertad individual y bien social. Omitir estos asuntos, exaltando el fracaso social generalizado como prueba de cambio social vital es trivializar cuestiones profundamente importantes.

En la familia de la que escribo, lo humano se nutre en todo momento del ciclo vital. Esta familia se preocupa por los que ya se han ido y por los que vendrán. Pero las responsabilidades hacia los hijos son lo principal.

En sus preocupaciones comprensibles por la situación y la función de la mujer, las feministas, hasta hace poco, prestaban muy poca atención al impacto del cambio social sobre la familia en conjunto. El feminismo social que propongo coloca a los niños en el centro del interés: los rodea, como es menester, de sus padres o sustitutos permanentes, no temporales, de éstos. A menos, o hasta que, esto acontezca, la Derecha mantendrá una poderosa ventaja en la conciencia popular, pues las personas ordinarias sienten amor y temores por sus hijos. El feminismo que busco no puede reducirse a un movimiento estratégico inteligente; es la reafirmación de imperativos morales y su introducción en el meollo de la política feminista.

Antonio Gramsci parece haberse dado cuenta de esto al final de su vida, cuando escribió, en un pasaje de exquisita expresión patética:

> Cuántas veces he cavilado si en verdad es posible forjar vínculos con una masa de personas cuando no se han tenido sentimientos intensos hacia nadie, ni siquiera los padres; si es posible amar a una colectividad cuando uno no ha sido amado profundamente, por criaturas humanas específicas. ¿No ha tenido esto algún efecto en mi vida de militante, no ha tendido a hacerme improductivo y reducir mi calidad de revolucionario, reduciéndolo todo a una cuestión de intelecto, de mero cálculo mágico?

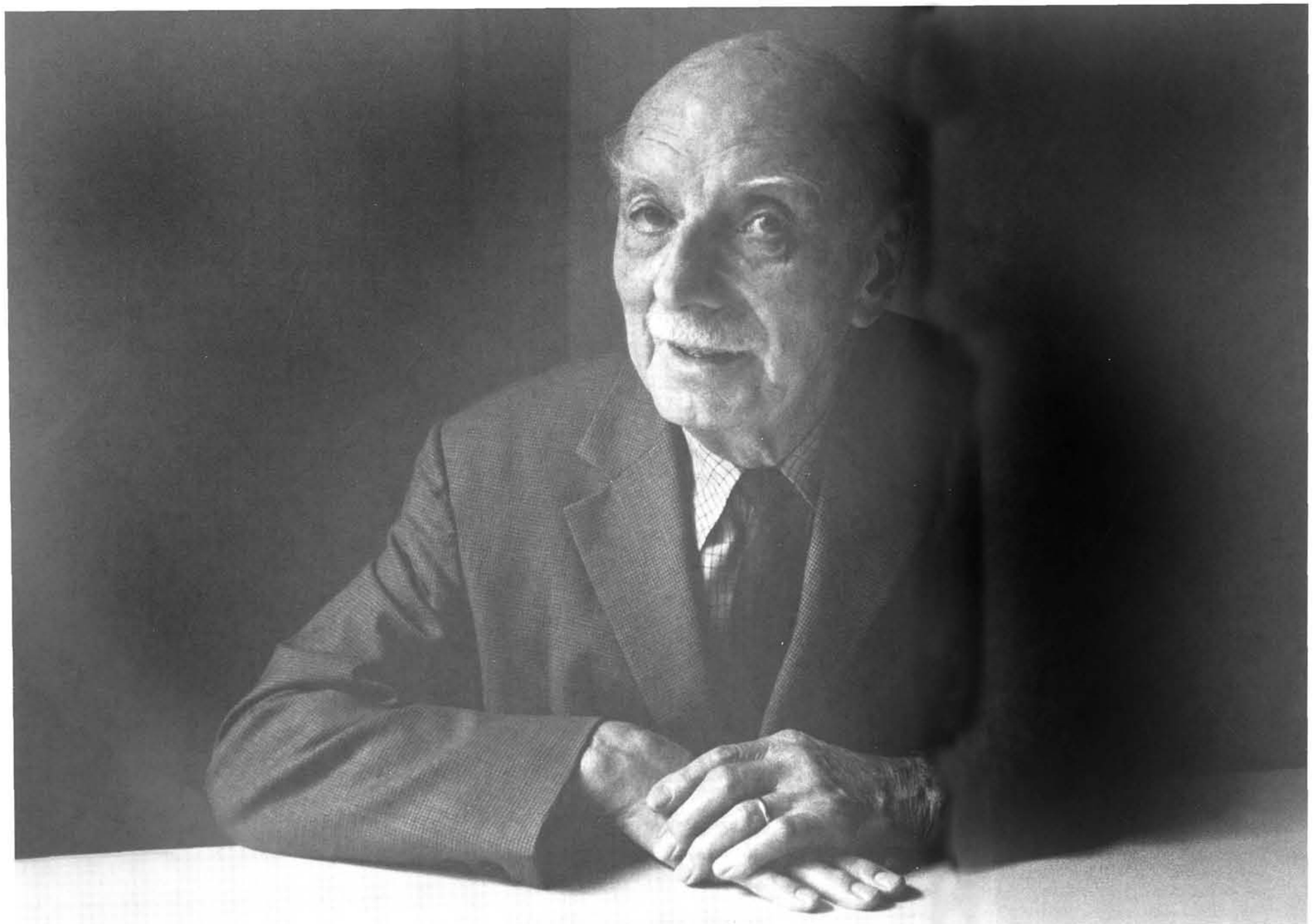
Por último, mi llamado es a reconsiderar los términos que tienden a esquematizar demasiado el mundo, llenándolo de alternativas excluyentes: familia tradicional o vida profesional, etc. La visión que propongo allana el camino hacia un concepto transformado de la comunidad que repudia los polos inaceptables del ensimismamiento narcisista, por una parte, y el testarudo y presuntuoso compromiso con "la Causa", por la otra. Considera a los humanos como seres sociales, pero no tan sobresocializados que los convierta en reactores pasivos a los estímulos externos. Al afirmar la dignidad del sujeto humano, comenzando con las necesidades de los hijos, el feminismo social impugna al poder empresarial irresponsable y a las políticas de grupos con intereses particulares, pues ambos pasan por encima de las necesidades de las familias.

Si nos atrevemos a esperar un futuro, un camino coherente es expresar una visión de feminismo y una política radical que no haga que el feminismo y el radicalismo sean temidos o despreciados por la gente decente término medio. "La historia y la tradición estadounidenses", escribe el teórico político Harry Boyte,

> como las de cualquier nación, encierran contradicciones entre elementos individualistas, democráticos y autoritarios. Recuperar lo mejor de las tradiciones y la historia de los Estados Unidos es redescubrir la herencia democrática popular: el idealismo cívico de nuestra nación, nuestras prácticas de ayuda mutua y autoayuda, nuestros veneros religiosos de justicia social

Empecé estas reflexiones sobre feminismo, familia y comunidad elogiando la integridad de mi abuela. Terminaré recordando el clamor visionario de Virginia Woolf a las mujeres de su generación, afirmando que sus ignorantes madres y abuelas tuvieron seguramente "grandes virtudes y defectos" y que "sería una extrema tontería desperdiciar los resultados de esa educación o renunciar a los conocimientos que nos proporciona, a cambio de un soborno o condecoración de cualquier tipo". ◆

LEWIS MUMFORD, FILOSOFO DE LA CIUDAD



Fotografía © 1982 por Ernest Lynk

Por Martin Filler
Tomado de ARCHITECTURAL RECORD

La tan esperada autobiografía de Lewis Mumford, Sketches from Life *(Bosquejos del natural), publicada en 1982, y extractada aquí, rastrea su desarrollo desde la niñez, en el Nueva York de principios de siglo, hasta su surgimiento como importante figura literaria unos 40 años después. Pero ¿qué circunstancias ayudaron a la labor precursora de Mumford en la arquitectura norteamericana? ¿Cómo se irguió como voz autorizada en favor de un sentido más humano del proyecto y la planificación? ¿Por qué se convirtió en uno de los pocos voceros morales auténticos de nuestra época? En este artículo, Martin Filler examina el relato que Mumford hace de su vida y evalúa su "lugar singular en tantas disciplinas, literatura, filosofía y cultura en el sentido más amplio, y también en arquitectura".*

Filler es director de House & Garden *y escribe crítica de arquitectura y proyecto para muchas otras publicaciones.*

Lewis Mumford empezó a escribir su autobiografía en 1956, a la edad de 61 años, y trabajó en ella de modo intermitente los siguientes 25 años. Al pasar el tiempo, cuando Mumford dejó el manuscrito a un lado para emprender otros proyectos, hubo quienes sospecharon que no tenía un interés particular, o quizá ni siquiera quería sacar ese libro durante su vida. Pero, felizmente, al fin se publicó y su autor —ahora de 87 años y todavía escribiendo—puede disfrutar al ver que el resultado de su largo esfuerzo es comparado, como lo merece, con los mejores ejemplos de autobiografía que se hayan dado en los Estados Unidos. *Sketches from Life* puede equipararse a las autobiografías de Benjamin Franklin, Henry Adams, Lincoln Steffens y Frank Lloyd Wright; es decir, es una de las contadas historias de la vida, narradas por el protagonista, que son un logro literario excelente que va mucho más allá que su contenido factural.

Esto no debe ser una sorpresa, porque los 27 libros anteriores de Mumford y sus casi 1.000 artículos lo confirman ampliamente como escritor de importancia en los últimos 50 años. Sin embargo, Mumford por lo general no es reconocido como uno de los grandes estilistas en prosa de este siglo, como lo es en verdad. Esa evaluación se confirma desde la primera página de esta obra espléndida, una de esas autobiografías que actualmente las personas ya no parecen capaces de escribir. Es reveladora, pero no dramatiza; sincera, pero no lasciva; nostálgica, mas no sentimental.

Sketches from Life es una narrativa rica que se lee en muchas formas. Algunos la verán como ejerci-

Reproducido de *Architectural Record*, abril de 1982. © 1982 por McGraw-Hill, Inc., con todos los derechos reservados.

cio confesional de estilo agustiniano, donde el autor trata de resolver las interrogantes vitales de su origen, su sexualidad y sus ambiciones vocacionales. Otros pensarán que el retrato más memorable en *Sketches fron Life* es el de la notable esposa de Mumford, Sofía, de 60 años, que se presenta como una de las mujeres más comprensivas que se han descrito en la literatura reciente. Otros leerán el libro por su interés histórico. Es un documento, en primera persona, de Nueva York a fines de la Edad Dorada, observada aquí con afecto, pero no con ilusión. Más tarde incluye una nueva versión de un capítulo legendario de las letras norteamericanas, la generación de escritores que destacaron en la década de 1920, muchos de los cuales fueron amigos y colegas de Mumford, entre ellos Van Wyck Brooks y Thorstein Veblen.

Empero, hay otro aspecto absorbente en este libro: su recapitulación del ascenso del autor como crítico de arquitectura. Durante toda su carrera, Mumford siempre se ha opuesto (un tanto sin fortuna) a la limitada definición de un mero crítico de arquitectura, aun cuando esa designación ha ido precedida de radiantes superlativos. El prefiere conceptuarse, con justificación, como ecléctico. Sin embargo, subsiste el hecho de que pese a la trascendencia y amplio rango de las demás contribuciones de Mumford, sus escritos sobre arquitectura han tenido pocos que se les asemejen.

La niñez de Lewis Mumford no parecería, al principio, haber dado muchos estímulos para su orientación profesional final. Su madre, propietaria de una casa de huéspedes en la ciudad de Nueva York, no colgó cuadros de grandes obras arquitectónicas alrededor de su cuna, como hizo la madre de Frank Lloyd Wright para estimular el interés de su hijo por la profesión que ella le había elegido. La madre del futuro crítico tampoco compartía el profundo interés en la educación infantil temprana y progresiva con la madre del futuro arquitecto. Como Mumford pone muy en claro, su familia inmediata carecía de inclinaciones intelectuales.

Pero hubo influencias decisivas de otros tipos. Sin saberlo, su abuelo despertó en el chico una conciencia duradera de las ciudades, pues lo llevaba todos los días a dar placenteras caminatas por Nueva York. Aquella era la ciudad a principios de siglo, ese momento fugaz en que aún se percibían los últimos vestigios inspiradores de lo que de Nueva York habían conocido Walt Whitman y Herman Melville. Con razón, años después, Mumford pudo interpretar tan vívidamente el "día dorado" de la literatura estadounidense del siglo XIX para el siglo subsecuente de norteamericanos.

Si sus parientes más cercanos estaban más interesados en juegos de cartas y carreras de caballos que en los libros y las ideas, los familiares de Mumford que vivían en Filadelfia eran un ejemplo muy diferente:

Con la tía Elvina y el tío James, atisbé el principio aristocrático: una vida de la mente, con elevadas normas de realización en todos los aspectos, exigiendo mucho a los demás, pero aún más a sí mismos; con un sentido de responsabilidad social en toda ocasión; con absoluto desprecio por cualesquiera criterios de conducta o de gusto que constituyeran una simple moda.

Eso podría servir como verdadero resumen de las características morales del propio Mumford. Desde temprana edad se aficionó a aprender los valores importantes de la vida a medida que los encontraba, como se muestra en otro recuerdo de su niñez. La educación primaria de Mumford en el sistema de escuelas públicas de Nueva York fue, en gran parte, poco imaginativa, pero todavía recuerda el día que su maestro del sexto grado se enfrentó con valor al rigorista director de la escuela, hace unos 75 años:

Esa lección de valor civil, de firmeza inconmovible frente a una autoridad superior, no fue parte del programa de estudios, pero ha perdurado más que cualquier otra cosa que me hayan enseñado.

Por fortuna, la calidad académica de la educación secundaria y superior de Mumford fue más elevada. Fue muy estimulado por varios de sus maestros en Stuyvesant High School, una de las instituciones legendarias en la historia de la educación pública estadounidense. A pesar de la orientación muy científica y técnica de la escuela, la fotografía de Mumford en el anuario del último grado ostenta un pie irónico: "Mumford *no* será ingeniero". En retrospectiva, se puede suponer la influencia que el énfasis específico de Stuyvesant tuvo sobre el pensamiento del hombre que después escribiría críticas de particular brillantez sobre la función de la máquina en la sociedad.

> "Sin duda habría de tener días de escasez durante muchos años. . . pero nunca tuve dudas sobre la carrera que había elegido y jamás sentí incertidumbre por el resultado final. . ."
>
> —Lewis Mumford

Después de graduarse, la combinación de sus confusos planes de carrera y su falta de dinero para matricularse de tiempo completo en una universidad particular, hizo que Mumford buscara empleo durante el día y asistiera por la noche al City College de Nueva York, que era gratuito. El excelente profesorado del turno vespertino, la ausencia de cursos obligatorios y la atmósfera de

formalidad entre los estudiantes maduros (muchos de los cuales ya estaban establecidos en su profesión diurna) resultaron perfectos para el temperamento naciente de Mumford.

Las dificultades de Mumford cuando fue transferido al turno diurno del City College, dos años más tarde, fueron sintomáticas de su necesidad de independencia intelectual. Se interesaba mucho más por su naciente carrera de escritor que en el trabajo que se le exigía como estudiante. Un triunfo afortunado acicateó la audacia de Mumford. Entró a una competencia organizada por la hoy desaparecida revista *Metropolitan* para responder a un artículo de George Bernard Shaw. Aunque el primer premio fue obtenido por Lincoln Steffens, los directores quedaron tan impresionados con el ensayo de Mumford, de 18 años, que fue el único que publicaron, además del ganador. Pronto Mumford fue llamado a la oficina del director de la institución, donde:

. . .Me enteré de que se esperaba que yo, como todos los demás, asistiera con asiduidad a mis clases y realizara el trabajo académico regular, tuviera o no aspiraciones literarias. Espoleado como estaba por mi vida interior y sin duda enardecido por el orgullo, esto me pareció el tictac que lo llenaba todo: las sombras de la prisión se cerraban una vez más. Pero ya no me mostraba pasivo ni dócil, tampoco me preocupaba ser—por lo menos en lo académico—el primero de la clase: en realidad, me rebelaba contra todo convencionalismo y conformismo.

La irregular carrera de Mumford en el City College se vio interrumpida por un período de tuberculosis en 1915. Su convalescencia—al darle más oportunidad de leer y reflexionar—robusteció su enfoque solitario al aprendizaje. Después de recuperarse, reanudó sus estudios formales en la universidad neoyorquina de Columbia, y otra vez en el City College, aunque al final no solicitó título alguno, a pesar del exceso de cursos acreditados que le habrían permitido hacerlo.

En la narración que Mumford hace de su educación, se encuentra subyacente su obvio orgullo por la validez de su enfoque no convencional a la adquisición de conocimientos. El capítulo relativo a sus años universitarios lleva el título elocuente de "Manahatta, mi universidad" y su empleo del nombre epónimo que Walt Whitman da a Nueva York (tomado de la tribu indígena que primero colonizó la isla) es una pista para captar su punto de vista, influido por Whitman, en cuanto a que la educación consiste en un conjunto de experiencias forzosamente independiente y mucho más vasto que la mera asistencia a clases.

Mumford cobró conciencia de la arquitectura moderna (con la estación ferroviaria Helsinki de 1905-14, recién terminada por Eliel Saarinen) cuando trabajaba en una monografía de examen universitario sobre Escandinavia, pero fue un marco académico de índole totalmente diferente donde su interés por la arquitectura empezó a echar raíces en realidad. La entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial en 1917 alentó a Mumford a alistarse en la Marina. Con el tiempo, fue estacionado en Cambridge, Massachusetts, para asistir a la Escuela de Radio de la Marina de los EUA, cuyas clases se impartían en un edificio requisado en la Universidad Harvard: el salón Austin, de H.H. Richardson. La impresión que el edificio dejó en Mumford fue intensa e inmediata, pero, como él recuerda:

. . .aun antes que hubiera identificado el edificio con Richardson, me gustaba la casa Stoughton, entejada, de la calle Brattle.

Obviamente, él tenía un sentimiento intuitivo hacia el trabajo del entonces olvidado Richardson, a quien Mumford después ayudó a regresar a las primeras filas de la historia arquitectónica norteamericana en *Sticks and Stones* (Palos y piedras) y *The Brown Decades* (Los decenios castaños). En Cambridge, Mumford vivía en una casa de huéspedes donde uno de sus compañeros de pensión era William Blake Bigelow, arquitecto jubilado. El viejo arquitecto y el joven escritor trabaron una valiosa amistad:

De él recibí, casi por ósmosis, una iniciación más completa en las ideas y la arquitectura del período: sobre todo porque él conservaba ejemplares encuadernados de The Century *y* Scribner's Magazine, *en las cuales la Sra. Schuyler van Renseelaer, primera biógrafa de Richardson, había colaborado. Bigelow puso servicialmente estas publicaciones a mi disposición y las reanimó con sus propias remembranzas. . . Bigelow abrió un nuevo camino para mí, de un modo que ningún libro o curso universitario norteamericano vigente sobre arquitectura lo habría podido hacer.*

Después que Mumford obtuvo licencia de la Marina en 1919, llegó a un empleo de subredactor de *The Dial,* una de las publicaciones más distinguidas durante esa época, excepcionalmente rica, del periodismo literario de los Estados Unidos. Sólo permaneció allí siete meses, pero en *The Dial* conoció a la secretaria del director, Sophia Wittenberg, quien dos años después sería la esposa y amanuense de Mumford.

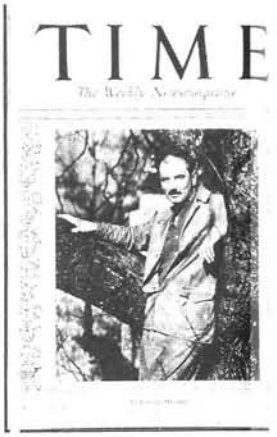
En 1919, Mumford conoció también a Charles Harris Whitaker, influyente director del *Journal of the American Institute of Architects,* quien le ayudó a integrarse, con el tiempo, al círculo de arquitectos y planificadores reformistas, para quienes los escritos del *JAIA* eran entonces un conducto importante. La primera publicación significativa de Mumford sobre arquitectura apareció en 1921 en otra revista, *The New Republic.* Titulado "Maquinaria y el estilo moderno", el ensayo original de Mumford se anticipó en dos años a la publicación de Le Corbousier *Vers une architecture,* en el cual la pureza y belleza de los diseños industriales se consideraban con reverencia casi mítica.

Mumford escribió otros seis artículos sobre arquitectura en los dos años siguientes y, basándose en ellos, el director de la Nueva Escuela de Investigación Social pidió a Mumford, en 1923, que impartiera un curso sobre arquitectura contemporánea. Mumford accedió, pero, después de

"Nueva York ejerció en mí una influencia más fuerte y constante que mi familia".

—Lewis Mumford

1902 *Lewis Mumford y su abuelo*



1938 *Portada de Lewis Mumford en* Time. *© 1938 Time Inc. Reservados todos los derechos. Reproducido con autorización de* Time

1920 *Autorretrato a la edad de 24 años*

1899 *Mumford niño en una cena familiar de Navidad*

1971 *Lewis y Sophia Mumford. Fotografía © 1982 por Jill Krementz*

prepararse seis meses, sólo hubo seis asistentes a la primera clase y se canceló el curso. Mumford, impávido, transformó así las lecciones no impartidas en una serie de artículos que, a su vez, llegaron a ser los capítulos de *Sticks ans Stones,* primer libro de Mumford sobre arquitectura, publicado en 1924.

Stick and Stones colocó a Mumford, casi de la noche a la mañana, como figura destacada en la crítica arquitectónica norteamericana. Su nuevo prestigio fue sin duda bien merecido por la originalidad y calidad del trabajo mismo, pero recibió más apoyo del esperado, como el propio Mumford reconoce sin dificultad:

. . .porque fuera de una área académica limitada. . . no había competidores serios, pues el más competente de nuestros historiadores y críticos arquitectónicos, Montgomery Schuyler, había muerto [en 1914].

El primer libro de Mumford, *The Story of Utopias* (Historia de utopías), había salido dos años antes que *Sticks and Stones,* y la facilidad con que ingresó al entonces ideal mundo editorial debe contarse como otra de las circunstancias más afortunadas de su carrera. Los años entre 1914 y 1929 en realidad fueron, como lo dice Mumford, "la edad dorada para los futuros escritores norteamericanos", cuando la visión de lo que podían ser óptimamente los libros era compartida y convertida en realidad por editores, directores y autores que trabajaban con una excepcional unanimidad de propósito.

En conjunto, la fe de sus editores en él ha sido muy bien recompensada, pues los libros de Mumford han tenido una vida espectacularmente larga. Es asombroso que no menos de 23 de sus 28 libros todavía estén a la venta, seis décadas después; sin duda una marca entre los escritores de libros no novelísticos.

Durante el último lustro de los veintes, Mumford aportó más de 50 artículos sobre arquitectura, proyecto y planificación urbana. Mumford fue más afortunado por la paciencia de su joven esposa, quien, lejos de estimularlo a buscar dinero, estaba muy contenta con lo que su amigo Van Wyck Brooks describió como su "ascético hogar".

Hacia 1927, Mumford había desistido de la idea de trabajar de planta en alguna publicación y, a partir de ese momento, se concentró sólo en sus propios escritos.

Pero el inicio de la Gran Depresión y el comienzo del principal proyecto en la carrera de Mumford—la tetralogía *Renewal of Life* (Renovación de vida), que principió al empezar los treintas—requerían una fuente de ingresos más segura que la subsistencia de "agarra lo que puedas" que había acostumbrado durante algún tiempo.

La respuesta del sueño perfecto a este problema se produjo en 1931, cuando el legendario director de *The New Yorker,* Harold Ross, pidió a Mumford que se encargara de la columna de arquitectura de la revista. El resto, como dicen, es historia. "El horizonte", como se llamó la columna, dio lugar al flujo más copioso de crítica arquitectónica de Mumford. De importancia más práctica, su relación con *The New Yorker* se transformaría en el apoyo fiscal de Mumford durante lo que fue su decenio más prolífico, en el cual escribió también dos de sus libros más importantes, *Technics and Civilization* (Técnica y civilización), publicado en 1934, y *The Culture of Cities* (La cultura de ciudades), publicado en 1938.

Desde su primer artículo del *New Yorker* el 20 de junio de 1931, hasta su último "Horizonte", el 7 de diciembre de 1963, Mumford redactó 158 ensayos sobre arquitectura para esa revista. Lo que no es recordado tan a menudo es que, de 1932 a 1937, Mumford trabajó también como crítico de arte de *The New Yorker* y en esos cinco años produjo más crónicas sobre arte que entregas para "Horizonte".

Después de 1936, Mumford y su familia se mudaron para siempre a la pequeña población de Amenia, en Nueva York, donde habían comprado una granja estilo renacimiento griego del decenio de 1830. Por lo general, sólo iba a la ciudad de Nueva York dos días a la semana—a visitar galerías de arte, observar edificios, entregar y revisar su ejemplar en *The New Yorker*—los otros cinco días de la semana los dedicaba a escribir en su casa.

Al asumir su cargo en *The New Yorker,* Mumford pudo haber adoptado un enfoque precavido en su crítica. Sin embargo, optó por lanzarse al combate con su aguda crítica del Centro Rockefeller, entonces objeto de una publicidad exagerada para estimular su alquiler durante una fase de estancamiento en el mercado de bienes raíces en la Depresión. Lo que dice mucho en favor de Mumford—y prueba de imparcialidad esencial—es su evaluación posterior, revisada, muy positiva en comparación con el primer artículo, escrito después que el complejo fue terminado en 1940 ("Nueva visita al Centro Rockefeller"). Inversamente, Mumford no tuvo remordimientos al cambiar su reacción crítica en la dirección contraria cuando lo consideró adecuado. Aunque Mumford colmó de elogios las primeras obras de Robert Moses, humanas y de bello proyecto, fue después uno de sus críticos más abiertos, una vez que la obra de Moses dio el viraje final hacia la monotonía física y la osificación espiritual.

En una nota biográfica escrita por él mismo, Mumford describió su trabajo sobre arquitectura como "una interpretación principalmente social y estética". El orden en que colocó esos dos adjetivos lo dice todo, porque Mumford siempre antepone los imperativos humanos a las consideraciones formales en su crítica de arquitectura. En opinión de Mumford, esta última sólo puede tener éxito si lo tiene para la gente, si favorece su ambiente, sus comunidades y su sentido de identidad individual. Esto no quiere decir que no le interesen los aspectos visuales de los edificios. Nada más lejos de esto: él suele mostrar gran perspicacia al extrapolar el significado de la arquitectura de su apariencia ma-

terial. Más aún, sus muy desarrolladas habilidades descriptivas le han permitido traducir esas percepciones visuales en palabras vívidas, aun sin ayuda de fotografías o dibujos. Cabe recordar que "El horizonte" no tenía ilustraciones, lo cual hacía más notable la extraordinaria comunicación de Mumford con su público lego.

En vista de que está de moda en la actualidad atacar la arquitectura moderna, es de especial interés la convicción de Mumford según la cual los inicios del modernismo concordaban en realidad con los valores humanos y reafirmadores de la vida que él siempre defendió. Su amplia inspección de la vivienda moderna en Europa a principios de los años 30, reforzaron esta creencia. Pero Mumford no tenía intereses ideológicos en el modernismo como doctrina y, cuando comenzaron a construirse adaptaciones inferiores y viciadas de éste en los Estados Unidos, después de la Segunda Guerra Mundial, hizo escarnio de los efectos deshumanizantes con la misma fuerza que había atacado los falsos pastiches presentados como históricos en el período premoderno.

Las personas son lo que importa, la superación humana es el objetivo y el resto debe evaluarse en consecuencia; ese ha sido el postulado constante de Mumford. Su inmutable punto de referencia se hace eco de preceptos similares de su gran maestro intelectual, el biólogo y teórico de la planificación escocés Sir Patrick Geddes. Geddes escribió en una ocasión, con expresividad cáustica que prefigura el estilo crítico de Mumford, que "el único edificio que puede construirse con meras medidas y cálculos financieros, independientemente de su uso para la vida, es un ataúd". Mumford siempre ha tenido igual dosis de franqueza para defender ese mismo concepto de arquitectura.

El hecho de juzgar las obras sin temor ni favoritismo se ha considerado a veces como una postura posiblemente contraproducente para un crítico de arquitectura. Comparado con los críticos de otras formas de arte, el crítico de arquitectura suele depender de la colaboración del artista en un grado que no forzosamente es el mismo que requieren quienes evalúan otros campos del empeño creativo. Aunque Mumford ha conocido bien a muchos de los principales arquitectos del siglo XX, se ha propuesto mantener su independencia con respecto a ellos, a despecho de cuánta más información habría podido recoger de primera mano mediante un contacto personal más estrecho. Mumford habla de la peligrosa atracción que un arquitecto importante puede ejercer sobre un crítico, mediante el reiterado relato de su amistad paradójica—si se puede emplear tal término—con Frank Lloyd Wright, que constituye el cuadro más completo, en *Sketches from Life,* de su trato con un arquitecto.

En 1927, dos años después que el artículo laudatorio (aunque él lo califica de "patéticamente pobre y tentativo") sobre Wright apareció en la revista holandesa de arquitectura *Wendigen,* el crítico de 32 años de edad recibió una invitación del arquitecto de 60 años a uno de los famosos almuerzos de Wright en el Hotel Plaza de Nueva York. El propio Mumford, nunca indolente en lo que se refería a tener confianza en sí, descubrió que:

No era posible estar en presencia de Wright, ni siquiera media hora, sin sentir la confianza interna infundida por su genio. Sin duda no fue mi apreciación lisonjera de su obra lo que lo indujo a distinguirme. A mi vez, yo tampoco me acerqué a él como un devoto discípulo. . .Tal vez eso explique el porqué nunca intimamos. . .No era falta de buena voluntad ni de parte de Wright ni de la mía. A principios de los años 30, en realidad me invitó a establecer mi residencia en Taliesin y ayudarle a manejar la escuela que allí tenía. . . Pero Wright no pudo entender mi renuencia a abandonar mi vocación de escritor para tener el honor de trabajar por su genio. . .

Se produjo un grave rompimiento entre Wright y Mumford en cuanto a la posición aislacionista del primero e intervencionista del segundo, conforme los Estados Unidos se acercaban a su participación en la Segunda Guerra Mundial, pero esa desavenencia se subsanó con el tiempo. Una ruptura mucho más personal y permanente ocurrió en 1953, a raíz de la respuesta de Wright a un artículo de "Horizonte", en dos partes, donde Mumford evaluaba la carrera del arquitecto, con ocasión de la importante retrospectiva de Wright "Sesenta años de arquitectura viva", celebrada en Nueva York.

La primera entrega del ensayo era elogiosa, en términos generales, e incluía el elogio extraordinario (y muy merecido) de Mumford para Wright como "uno de los genios arquitectónicos más creativos de todos los tiempos". Sin embargo, la segunda parte era mucho más crítica. En ella, Mumford—que siempre ha estado incisivo al máximo cuando escribe acerca de Wright—observó perspicazmente la creciente inclinación de Wright a "mimar sus idiosincrasias" y vio en la "reiteratividad obsesiva del arquitecto. . . la tendencia de sustituir el principio de ingeniería del menor esfuerzo con el principio barroco del mayor espectáculo. . ." Sobra decir que esto no le sentó muy bien al Maestro. En una carta mordaz que le lanzó a Mumford, Wright lo acusa de "ignorante" y de "simple escritorzuelo".

Cuando le respondí de inmediato [escribe Mumford] le comenté que respetaba demasiado su grandeza como para diluirla endulzando mi apreciación crítica con una alabanza sin diluir. . . Estaba a punto de firmarla del modo acostumbrado, cuando un súbito impulso pícaro me movió a firmar al estilo del mismo Frank Lloyd Wright: "Con todo respeto y admiración de un Maestro a otro. . ."

Los contactos de Mumford con otros arquitectos generalmente siguieron la misma creencia práctica de que lo mejor para todos era mantener cierta distancia entre crítico y sujeto. Ni los arquitectos más allegados a Mumford, en perspectiva filosófica, garantizarían la aprobación automática de este pensador obstinadamente independiente.

La mudanza de Mumford a Amenia, Nueva

York—donde vive desde hace 45 años—le facilitó mucho la abstención de contactos posiblemente contaminantes con el mundo arquitectónico reconocido, pero no se transformó en un ermitaño rústico como a veces se dice. En realidad, las frecuentes cátedras de visitante que acepta Mumford en diversas universidades—Dartmouth, la Escuela Superior Alabama, Harvard, la Estatal de Carolina del Norte, Stanford, Berkeley, la Universidad de Pennsylvania y el MIT, entre otras—le brindan un contacto mucho más amplio con distintas corrientes del pensamiento y la práctica arquitectónica estadounidense que si su campo visual se hubiera concretado a la escena arquitectónica neoyorquina. Igual que en casi todas las decisiones importantes en su vida, su elección de una casa alejada de la multitud proverbialmente enloquecedora fue determinada por la prioridad que él siempre le ha otorgado a su carrera.

Al pasar la década de 1930, la opinión integral que Mumford tiene de la civilización como una maraña inseparable de inquietudes entrelazadas—expresada sistemáticamente en sus libros de la década—lo llevó a la conclusión de que la amenaza totalitaria planteada por el fascismo sobrepasaba la posibilidad de conciliación o apaciguamiento. Antes había llegado a ser una de las figuras públicas destacadas que instaban a los EUA a participar en la lucha contra Hitler. El creciente reconocimiento de Mumford como filósofo social le daba aún más crédito a sus voces de advertencia.

Si bien *Sketches from Life* termina en 1940 (su autor no tiene planes para una secuela), para entonces ya había quedado determinada la pauta básica para el resto de su vida pública. Mumford ha continuado en la misma vena de preocupación incansable y vasta que caracterizó sus primeros años. Así como la talla de Mumford como ciudadano del mundo ha sido enaltecida por su comprensión panorámica de las fuerzas que motivan los acontecimientos humanos, su importancia como crítico de arquitectura se ha amplificado por su insistencia de que él es más, mucho más, que eso. Mumford nunca ha sido uno de esos historiadores arquitectónicos que identifican los estilos, pero no explican el significado. Tampoco es de los críticos de arquitectura que analizan formas, pero no ven los edificios en su contexto social más amplio. Mumford nunca ha menguado su actitud moral, esencialmente ruskiniana, de que el arte y la arquitectura existen para que aprendamos de ellos (no teorías abstractas, sino verdades prácticas sobre nosotros y nuestra condición humana).

Su cualidad más valiosa al mantener su lugar único en tantas disciplinas diversas—literatura norteamericana, filosofía y cultura en su sentido más amplio, además de arquitectura—ha sido su visión unificadora de todas ellas, lo que a su vez ha enriquecido cada una de ellas por separado. Sin embargo, subyacente en todo eso, está el principio básico que ha guiado su labor en todos los campos: él es incorruptible ante las influencias externas y ante sus propios bajos instintos inferiores, en cuyo rechazo ha mostrado una notable firmeza. La historia de esa batalla victoriosa hace de *Sketches from Life* el coronamiento adecuado de una carrera memorable. ◆

Fragmento de SKETCHES FROM LIFE (Bosquejos del Natural)

Por Lewis Mumford

Fui un niño de la ciudad y, en los primeros treinta años de mi vida, sólo estuve en el campo como visitante, aunque los veranos ocasionales que pasé en una granja de Vermont antes de 1910, como quiera que se vea, influyeron en mí para compensar el largo encarcelamiento en lo que Mèlville llamó "el babilónico horno para ladrillos" de Nueva York. No sólo fui un muchacho de ciudad, sino un neoyorquino, en realidad hijo de Manhattan, que veía a los especímenes de otras ciudades como provincianos (especialmente a los de Brooklyn). Supongo que, en el fondo, parte de aquel viejo sentimiento de superioridad metropolitana, que nada tiene que ver conmigo en lo personal, todavía existe.

Mi primer recuerdo, raudo como un sueño, evoca una habitación soleada y los hijos de los vecinos mirando boquiabiertos a una carpa dorada que nada en una pecera. Esto se remonta, a decir de mi madre, a nuestro refugio temporal en un apartamento de Amsterdam Avenue, en la esquina con la calle 97, cuando yo tenía dos años. Pero mi primera imagen clara es de cuando tenía tres años: el patio tras la fachada de una casa de cuatro pisos en la calle 65, donde mi madre, en primavera, sembraba unos cuantos pensamientos, no porque quisiera tener un jardín, sino porque le gustaban esas flores. . .

El traspatio, donde yo jugaba, estaba a salvo de

Tomado de *Sketches from Life* de Lewis Mumford. © 1982 por Lewis Mumford. Reproducido con autorización de Lewis Mumford.

todos los intrusos, excepto gatos, gracias a una de las altas cercas de madera con que los neoyorquinos siempre circundan estas áreas tristes, aunque su sendero pavimentado era demasiado accidentado para invitar a un paseo, ni aun en triciclo.

De la calle 67 en adelante, Broadway todavía estaba lleno de terrenos baldíos, con pollos a la vista y huertos de legumbres para la venta, genuinas cervecerías al aire libre, como Unter den Linden y aún más áreas rurales. Puesto que el primer cuarto de siglo de mi vida residí entre el Parque Central y Riverside Drive, los anchos prados y paseos arbolados son inseparables, en mi mente, de la traza de toda gran ciudad; aquello de lo que Londres, París y Roma se jactaban, Nueva York entonces lo tenía.

Mis diarias caminatas con mi abuelo en el Parque Central o a lo largo de Riverside Drive dejaron una huella imborrable de ocio con nobleza, si bien no fui activamente consciente de la belleza sino hasta que tuve trece años y vi una mañana, en el Parque Central, un paisaje cubierto por la niebla transformado, a la mágica manera de Turner, por el Sol. . .

Recordando ahora, puedo observar la profunda influencia que las caminatas con mi abuelo ejercieron en mi vida ulterior; no fueron menos importantes para contrarrestar el estrecho aprendizaje de segunda mano y las rutinas burocráticas de las escuelas elementales a las que asistí. Puesto que fui un niño pasivo, tímido, debilitado antes de los siete años por un prolongado ataque de paperas, seguido de mastoiditis y un ataque violento de tos ferina, podría haber visto mi vida completamente desecada por la instrucción académica vigente, de no haber sido porque pude vislumbrar brevemente otras vidas y otras costumbres en aquellas caminatas bajo la tutela del abuelo.

Durante mi desarrollo, se produjo una serie de cambios y trastornos gigantescos en el escenario urbano que me rodeaba; muchos de éstos, sorprendentemente, fueron cambios para mejorar. Fue entonces cuando transformaron uno de los peores barrios bajos del Lado Este en un espacio abierto para jugar, convirtiéndolo en el Parque Jacob Riis; en esa época fue construido el primer rascacielos autoestable, el Edificio Flatiron, por Daniel H. Burnham, sucesor de Burnham y Root, el Root que había construido aquel otro edificio autoestable de oficinas, el Monadnock Block, en Chicago. Entonces fue cuando se construyó la primera serie de puentes al norte del Puente de Brooklyn, culminando con el más hermoso después de éste, el Puente Hellgate Railroad. En los primeros decenios del siglo XX, Park Avenue también alcanzó un momento ejemplar de urbanismo y buena forma, con una ancha franja verde en medio, que ofrecía un agradable paseo para los peatones; también entonces se produjo una gran oleada de inmigración al Bronx, entre los grupos de escasos recursos, y a los suburbios por la gente acomodada.

Yo era un muchacho y lo presencié todo. La ciudad se desarrolló junto con las pruebas visibles de mi propio crecimiento. La desaparición de "Little Coney Island", parque de diversiones en la calle 110 y Broadway; la construcción de la Universidad Columbia donde estuviera el antiguo Manicomio Bloomingdale; la lenta y tortuosa edificación de la Catedral de San Juan, que nunca volvería a ser un monumento tan satisfactorio como en la piedra bruta de su forma romántica original; el edificio principal de la Biblioteca Pública de Nueva York en terrenos del antiguo depósito de la calle 42 por donde yo solía pasar, como estudiante de enseñanza media, en ocasionales caminatas a casa por las tardes. Todo esto sucedió ante mis ojos, igual que la ulterior cobertura total de los vastos patios de ferrocarril entre las avenidas Vanderbilt y Lexington. Así, los nuevos autobuses verdes de dos pisos, que daban tumbos por Riverside Drive, crearon una nueva sensación de ciudad en movimiento.

La ciudad, que con tal intensidad conocí una vez, se fue a pique; la mayor parte de lo que queda, pronto se desvanecerá y, en seguida, los fragmentos dispersos de mi propia vida desaparecerán entre los escombros que son retirados. No tengo el consuelo de Frank Lloyd Wright, cuando proyectó su caja de píldoras monumental, el Museo Guggenheim, de que el edificio hecho a su imagen sobreviviría a un bombardeo nuclear, de suerte que, aunque el resto de la ciudad fuera destruido, su espíritu estaría aún presente para inspeccionar las ruinas. En ese sentido, comparto la suerte de mi generación. Jubilosos o tristes, todos somos seres desplazados.

Al centrar sobre todo en mi abuelo este relato de mi niñez neoyorquina—mi madre y mi aya seguirán—y al mostrar principalmente lo que vi a través de sus ojos o en su compañía, apenas hice justicia a las impresiones dejadas por otras partes de la ciudad con las que tuve contacto constante, o a todas las festividades y sucesos estacionales que colorearon mi infancia y la hicieron, en tantos aspectos, tan radicalmente diferente a la del niño que crece en el ambiente homogeneizado de grandes edificios del presente.

Ninguna descripción de mi desarrollo en aquel Nueva York sería veraz a su cualidad especial si omitiera los desfiles y festejos públicos. En esas ocasiones, aún hoy, toda la ciudad se convierte en teatro y todos sus residentes, en actores y espectadores; en esas reuniones, las meras cifras se

justifican por sí solas. Pero puedo coronar esos viejos recuerdos con un solo episodio, quizá el más emocionante de todos: el día siguiente de la supuesta victoria presidencial del Juez Charles Evans Hughes sobre Woodrow Wilson en 1916. A mediodía, en la sala de lectura principal de la Biblioteca Pública, oí el sonido estridente, inesperado y extraño de una banda, corrí a la Quinta Avenida y contemplé una procesión jubilosa e improvisada, encabezada por una banda callejera que celebraba el triunfo de Woodrow Wilson. Entonces todos estábamos seguros de que Wilson *"nos mantendría al margen de la guerra"*.

Aun los hechos diarios íntimos de la ciudad tenían un matiz doméstico peculiar; de alguna manera, esto se evidenciaba más en una noche de fines de primavera o de verano, en las calles donde predominaban hileras de casas particulares de clase media. Cada familia, o los ocupantes de cada casa de huéspedes, hormigueaban en los altos pórticos, sentados de ordinario en esteras de paja y con frecuencia, en las noches calurosas, quemando incienso o yesca china picante para ahuyentar a los mosquitos, agitando abanicos de palma, charlando, intercambiando saludos ocasionales con los vecinos, mientras vigilaban a los niños que jugaban la última ronda de persecución o corrían con un cochecito de ruedas, iluminado con una vela dentro de una caja de cigarros puros, y con un pequeñito que hacía las veces de motor humano que lo empujaba por atrás, de un extremo a otro de la acera.

Esa imagen, al traerla a la memoria, tiene cierta inocencia bucólica y de buena vecindad que recuerda aquella época desaparecida. A través de unas cortinas de encaje ondeantes, un piano solitario podía lanzar su apelación a la causa del amor, pero, salvo por eso y el retumbar del tren elevado o el clop-clop del caballo de un coche de alquiler sobre los adoquines, la voz humana era la nota dominante: risas ahogadas, carcajadas, parloteo ocioso, a veces silbidos e incluso cantos. Pero si algún acontecimiento terrible o un atropello criminal ocurría en la noche, el grito estridente de un voceador diciendo "¡Extra! ¡Extra! ¡Todos los detalles de la gran explosión!", podía helarnos la sangre por un momento.

Esta vida, sin películas cinematográficas, sin teléfonos, radios ni televisores, sin automóviles, sin grandes volúmenes de artículos uniformados que, en la actualidad, deben ser comprados de inmediato y consumidos rápidamente, no estaba desprovista de diversión y color: sin embargo, encontraba su diversidad en pequeños cambios, en leves diferencias. La tienda de abarrotes del vecindario puede ser el símbolo apropiado de esto. Todo abarrotero ostentaba una hilera de recipientes de laca negra con té y café a granel, cada uno identificado por su lugar de origen. Se podía comprar café—Santos, Río, Maracaibo, Java, Mocha—conociendo su sabor especial y midiendo la calidad con una amplia gama de precios.

Ese mundo colorido y todavía selectivo, de la clase media, empezó a desaparecer en Nueva York después de la Primera Guerra Mundial y desde los cincuentas se ha ido esfumando en Europa, donde persistió tenazmente hasta después de la Segunda Guerra Mundial. (La cadena Monoprix de París—y Le Drug Store—hicieron sonar la nueva nota ominosa.) Nada me indica tan bien la diferencia entre mi generación y la actual, como el hecho de que no acepto sin cierta resistencia y resentimiento internos un sistema de comercialización en el que todas las decisiones han sido arrebatadas al tendero y al cliente y se han puesto bajo el control remoto del investigador de mercados y el experto en empaques, la agencia publicitaria y el distribuidor mayorista. Quienes crecieron en este mundo empaquetado aceptan esos controles y compulsiones externos como algo normal: su pérdida de posibilidades de elegir, su pérdida de gusto, ni las notan porque nunca conocieron otra cosa. Hemos cambiado autonomía por automatización.

Pero algo falta en esta descripción nostálgica. Lo que no puedo captar por completo es al niño pequeño que asimiló todo eso o, mejor dicho, no puedo llegar a su interior pues él también revolotea ante mi "buscador" como una parte más de la escena: es mucho más escenario que persona. Por lo demás, contemplo a ese niño como lo haría un extraño, ora puesto en cuclillas en el piso, dibujando barcos de guerra o caballos, ora gritando repetidas veces "¡Buenas noches! ¿Qué hora es?" despues de irse a la cama, para asegurarse de la presencia de su madre o su abuelo en la pieza contigua. Con bastante frecuencia, toda la familia juega a los naipes y las preguntas del insomne ponen a prueba su paciencia. Otras veces, el chico juega al corsario rojo o a los botones, con la palomilla de la calle, como cualquier otro niño del Lado Oeste.

¡Ah!, pero ¿dónde está ese jovenzuelo brillante, que crece año tras año en la conciencia de sí mismo? De algún modo me esquiva y ahora comienzo a adivinar la razón: él es parte indisoluble de la identidad que adquirí y, por tanto, no puede ser contemplado desde un punto de observación exterior. Cuando lo miro con demasiada insistencia, tengo la terrorífica sensación que nos invade si nos vemos demasiado tiempo al espejo. Si seguimos viendo con fijeza, no queda más que una máscara burlona, separada de toda realidad viviente. ◆

El Paisaje Extraordinario

Ansel Adams, uno de los más afamados fotógrafos paisajistas, halla muchas cosas dignas de alabanza en las imágenes aéreas de William Garnett. La obra fotográfica de éste se reunió recientemente en un libro, The Extraordinary Landscape, *del cual fueron tomados el ensayo y la serie gráfica siguientes.*

William Garnett, hombre dedicado a la excelencia, ha dado sobradas pruebas de sus facultades visuales y de creación en un medio que pertenece tan sólo a nuestros tiempos: la fotografía aérea.

Visto desde el aire, el mundo es sin duda un nuevo mundo; los registros visuales y técnicos de ese mundo, en blanco y negro o en color, son pasmosas en su eficacia documental. Mediante técnicas infrarrojas, de seudocolor y otros prodigios electrónicos se han hecho muchísimas fotografías aéreas verdaderamente maravillosas: montañas, nubes, ciudades y miles de estructuras del terreno. Todas ellas son interesantes y excitan la imaginación; en su mayoría son observaciones, fieles registros de la realidad. Contemplamos impresionados "el objeto visto y fotografiado". Rara vez presenciamos "el objeto visto, *sentido* y fotografiado", interpretado en la dimensión enriquecida del arte creativo.

Quizá el primer pensamiento que brota cuando se observan las fotografías de Garnett se relaciona con su cualidad de abstracción. Sin embargo, siento que estas imágenes no son abstractas: la imagen objetiva del lente es muy real. Garnett en ningún sentido ha manipulado las imágenes básicas, pero las ha manejado extremadamente bien en los niveles intuitivos. Es muy cabal su control del avión, de los mecanismos de la cámara y de las sutilezas de la exposición. Para mí, sus fotos son "extractos", fragmentos imaginativos y selectos del asombroso mundo que se desenvuelve a sus pies. El explica que sus colores son fieles a la naturaleza. Conociendo las limitaciones de la película cromática, yo diría que los colores son fieles a la *visión* personal que Garnett tiene de las imágenes, si no a la realidad objetiva del propio sujeto. Estoy convencido de que él intuitivamente escoge, visualiza y ejecuta sus obras creativas.

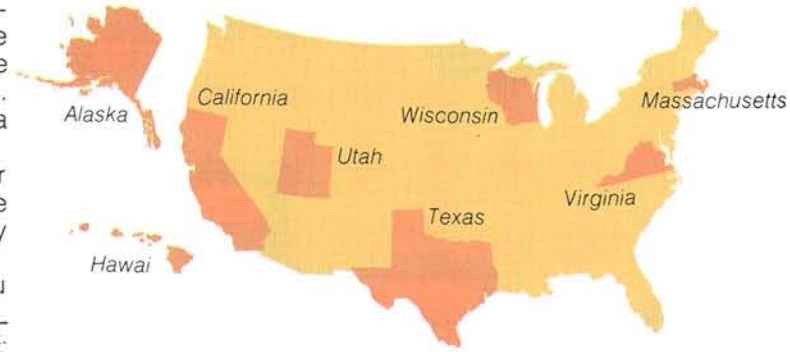
Este ojo, altamente selectivo, lo emplea Garnett para dirigir su cámara de un modo milagroso para que registre lo que discurre a sus pies como formas y disposiciones, valores y colores.

Como piloto, puede observar el desenvolvimiento de su "momento decisivo", ese instante en que las formas del mundo bajo él se unen a su ojo perceptivo en la expresión formal de su arte. Sus sutiles visiones exigen este sentimiento de anticipación, cualidad esencial de la percepción que proyecta el mundo en fracciones de segundo de tiempo y espacio futuros. Esta cualidad también la tienen otros grandes fotógrafos, como Henri Cartier-Bresson y W. Eugene Smith, que trabajaron en contacto íntimo con la humanidad.

Visto desde 10.000 metros de altura, el Valle de la Muerte es un espectáculo inmenso y sereno: muchos miles de kilómetros cuadrados de montañas áridas, desiertos y llanuras salinas que se pierden ondulantes en el horizonte luminoso. Sólo hasta los primeros decenios de este siglo se pudo rastrear por completo el panorama de una porción tan tremenda de este planeta. Recientemente, el hombre ha volado aún más alto, primero a los linderos de nuestras atmósferas y luego al mismísimo espacio exterior. La fotografía nos ha traído milagros de observación y ha ensanchado nuestros conceptos del vasto universo del que somos parte.

Garnett está muy consciente de la gloria del mundo desde las alturas celestes, pero también reduce su elevación para tener una visión más íntima de la Tierra y su compleja superficie. Vuela muy cerca de dunas, granjas, litorales, deltas, corrientes y configuraciones de la erosión. Todo esto es reconociblemente tridimensional, si bien no son los perfiles del mundo que estamos acostumbrados a ver. Tal vez sea trillado decir que sus fotografías son *revelaciones*, pero eso son exactamente.

Ansel Adams



Tomado de *The Extraordinary Lanscape* de William Garnett. © 1982 por William Garnett. Reproducido con autorización de New York Graphic Society Books/Little, Brown & Co., Inc.

Fotografías de William Garnett

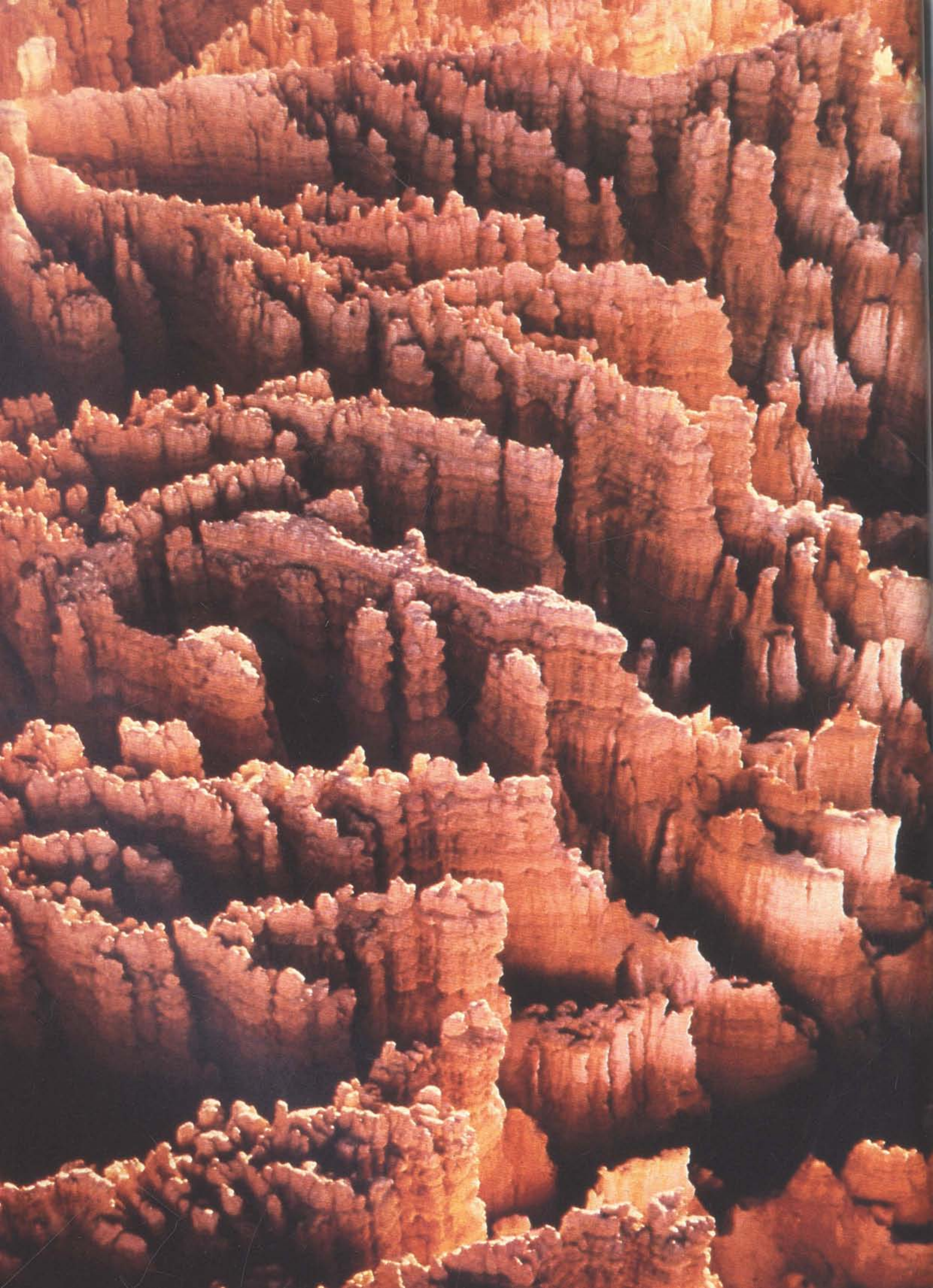
Hatfield, Massachusetts

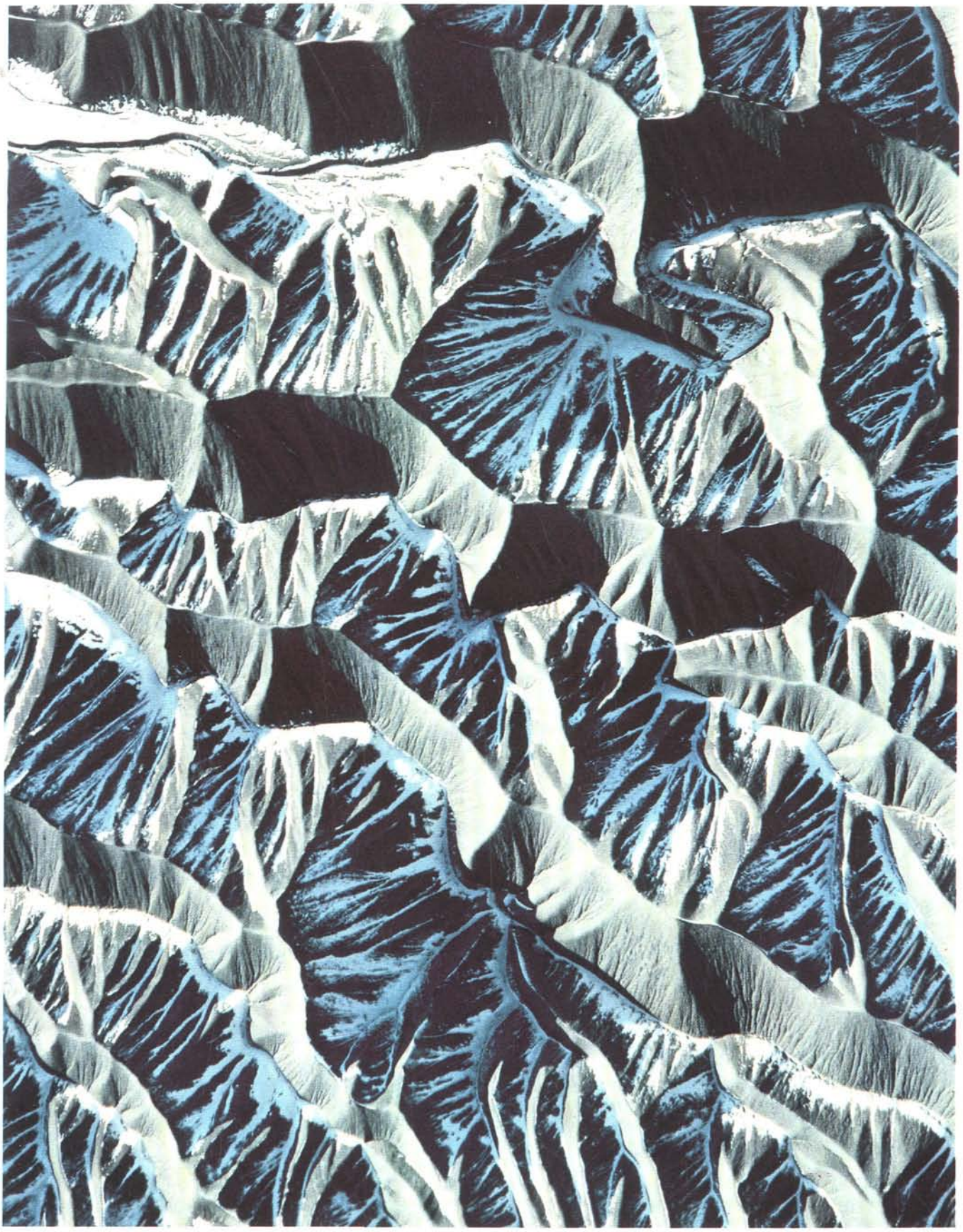
Granja de Virginia al amanecer

Granja de Wisconsin >

El Río Mississippi en Wisconsin

(A la vuelta) Molino de viento al oeste de Marfa, Texas





Montículo erosionado, Utah.

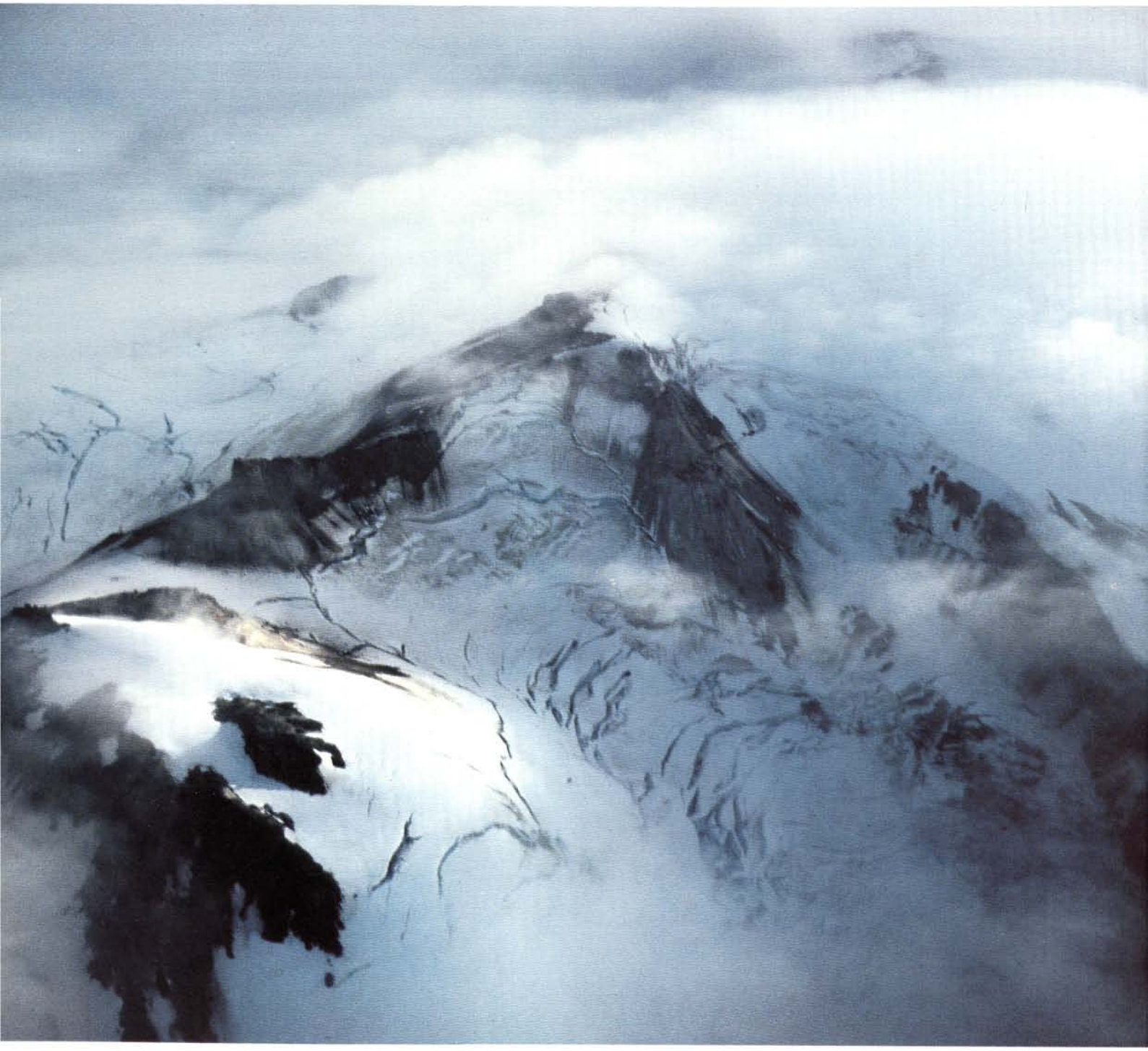
(A la vuelta) Mount Shasta, California.

<Bryce Canyon, Utah.

Arrozales, California.

Hanauma Bay, Oahu, Hawai.>

Mount Katmai, Alaska.



Entrevista con LAWRENCE KASDAN

Tomado de AMERICAN FILM

En los dos últimos años, era difícil ir al cine y no ver entre los créditos el nombre de Lawrence Kasdan: por el guión de The Empire Strikes Back *(El imperio ataca de nuevo),* Raiders of the Lost Ark *(Los cazadores del arca perdida),* Continental Divide *(La separación continental) y* Return of the Jedi *(El retorno de los Jedi), y como argumentista y director de* Body Heat *(El calor del cuerpo). Proliferaron artículos: a los críticos les gustaron el ritmo y el ingenio de los guiones de Kasdan, típicos del género, y su elegante trabajo como director de una obra reciente de "cine negro".*

No siempre fue así. Kasdan, que tiene unos 35 años, estudió inglés y pedagogía en la Universidad de Michigan y después aceptó un empleo en una agencia de publicidad. Durante años escribió argumentos de cine por las noches y los fines de semana, sin recibir ninguna oferta de algún estudio o siquiera de un agente. En 1977, viviendo entonces en Los Angeles, Kasdan por fin dio en el clavo y vendió dos argumentos en tres meses.

P. Dice usted que todo el material en que ha trabajado es material que realmente le interesa. ¿Es eso lo que prefiere?

R. No estoy seguro de conocer algún otro enfoque. A diario veo en Hollywood personas que trabajan en cosas que para ellas nada significan. Hay muchas razones para hacer lo que uno hace, y no voy a juzgar eso. Simplemente, no sé qué se puede sacar de un material con el cual uno no está comprometido. Se necesita tanta energía que, si no se obtiene de alguna fuente interna, no sé de dónde pueden venir las ideas. No sé de dónde venga el entusiasmo. Nadie quiere que esto se reduzca a un proceso mecánico.

P. ¿Qué le hizo escribir *Body Heat?*

R. Bien, lo que lo puso en marcha fueron ciertos sentimientos que yo tenía por algunos de mis amigos y coetáneos. Estuvimos en la universidad en los sesentas y, aunque en el país pasaban cosas horribles, fue una época emocionante para nosotros. Hacíamos casi todo lo que queríamos hacer. En los setentas entramos al mundo y descubrimos que ya no podíamos hacer cuanto deseábamos; nos enfrentamos a toda una mezcla de valores que de pronto ejercieron sobre nosotros mayor atracción de lo que hubiésemos creído en la universidad. Para algunos, la amargura de ya no poder hacer lo que querían se expresó en una busca de soluciones rápidas para alcanzar la propia felicidad. De pronto empezaron a buscar ese gran negocio que se volvería una mina para comprar su libertad.

En *Body Heat,* Ned es uno de esos personajes. Tiene un desparpajo y un atractivo que probablemente le ayudaron en la secundaria y la universidad, y logró graduarse en la escuela de derecho. Consiguió salir a flote sin tener que ser muy buen estudiante, y ahora se encuentra haciendo un trabajo que es totalmente insatisfactorio; su vida no tiene una meta, y todo lo que desea está siempre fuera de su alcance.

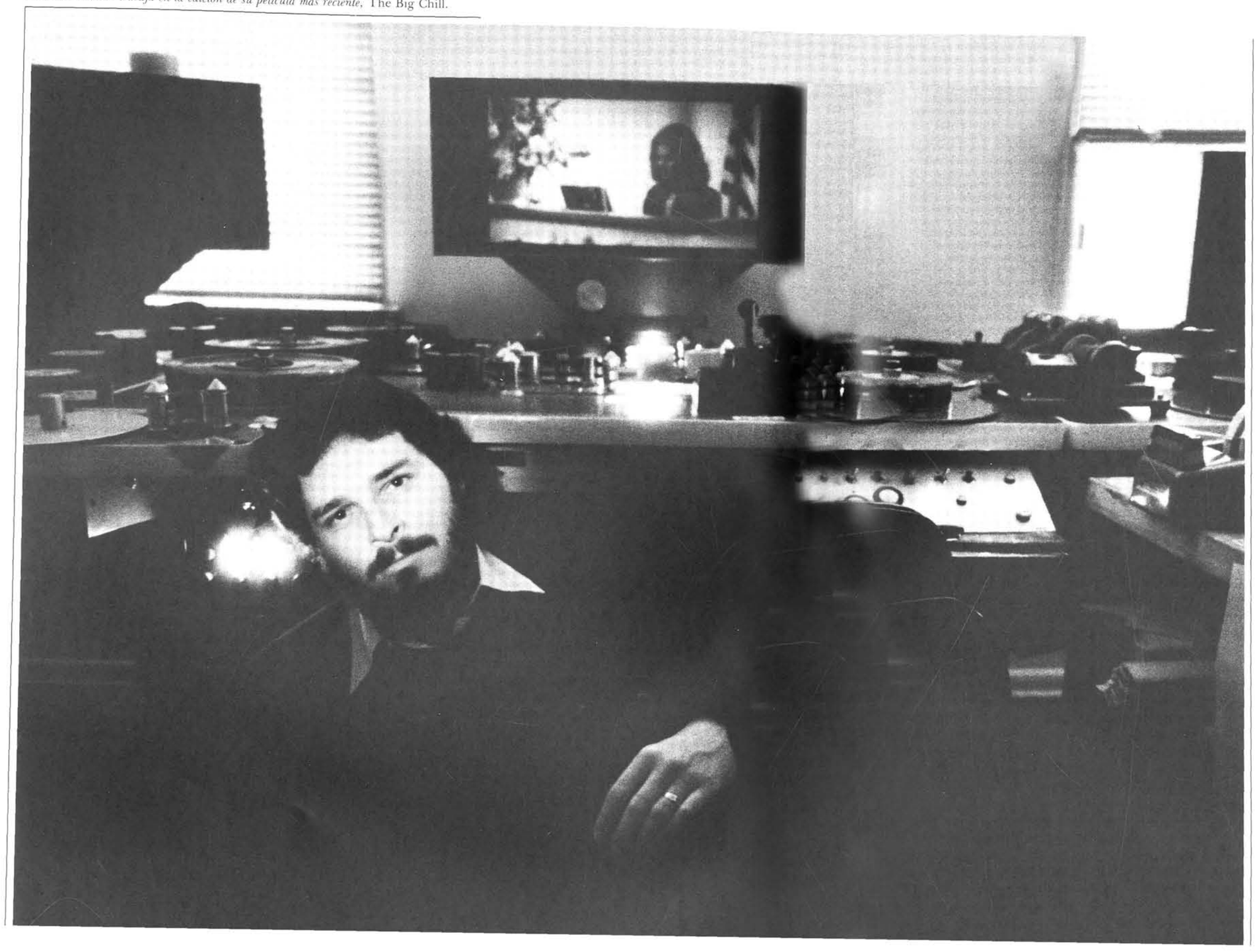
P. ¿Es intencional ese hincapié en el diálogo que hay en *Body Heat?*

R. *Body Heat* está cargado de diálogo y así quise que fuera. Esa fue una de las cosas que me propuse. Quise hacer una película en que hubiese que escuchar, porque creo que últimamente no ha habido muchas películas de ese estilo en los EUA y yo

Reproducido de *American Film* con autorización, abril de 1982. © 1982 por the American Film Institute, J.F. Kennedy Center, Washington, D.C. 20566.

Fotografía © Douglas Kirkland/Sygma.

Lawrence Kasdan trabaja en la edición de su película más reciente, The Big Chill.



las añoro. No hay duda de que, si alguien se lo propone, puede hacer visualmente lo que quiera. La pregunta es, ¿quiere uno hacerlo? Es decir, ¿siente uno gusto por el idioma? ¿Hay algo en el habla de la gente que emocione y aclare? A mí me encanta la charla. Se puede hacer una película que no la requiera, y *Raiders of the Lost Ark* ciertamente es así. Espero que el diálogo que hay en ella la vuelva una experiencia más grata, pero si le quitamos el sonido, no hay dificultad en seguir el argumento.

P. ¿Cuánto cambió *Body Heat* durante la filmación? ¿Era la pasión así de intensa en el guión original?

R. El guión es muy, muy parecido a la película terminada. El guión interesó a la gente y creo que esa fue una buena señal. En el proceso de filmación todo cambia, y pensé que una de mis principales tareas era tratar de hacer y recordar mi propósito inicial. Así, la base está allí, en el guión. Pero los actores y todo el equipo añaden otro estrato enteramente nuevo; están llenos de ideas. Y el problema es ver cuáles son las buenas nuevas ideas, cuáles son las buenas ideas que no encajan y cuáles son las ideas malas. En ese torbellino que es dirigir, no siempre es fácil hacer eso.

P. ¿Cómo fue que John Barry escribió la partitura para *Body Heat?*

R. Me reuní con varios compositores durante la producción. Quise, después, que hablaran sobre su reacción ante el guión. En realidad, con toda la gente clave de la película, de eso tratarían nuestras conversaciones: de cómo percibían ellos el guión. Me interesaban menos las ideas técnicas. Yo no habría hablado con ellos si no hubiese admirado su trabajo. Los compositores suelen tener respuestas emotivas muy detalladas ante el material, y cuando hablé con John vi que su percepción del guión era la más afín a la mía, y confié en él.

La música es el aspecto más temible de todo el asunto, especialmente si se es totalmente analfabeto en música, como yo, porque es difícil describir lo que uno quiere. Parece presuntuoso decirle a un compositor lo que debe hacer, como no vacilaría uno en decírselo a un camarógrafo. En esencia, él se va y escribe toda la partitura; luego llega la etapa de la musicalización; eso cuesta cerca de 25.000 dólares por hora y uno nunca la ha oído. Es aterrador.

P. ¿Qué le llevó a escoger a Carol Littleton como editora del filme?

R. Yo quería que una mujer editara la película, por muchas razones, pero en parte por el material sexual. Yo deseaba que la película fuera erótica y quise contar con una voz femenina en los momentos en que tomáramos las decisiones más vitales.

Me reuní con Carol, una mujer maravillosa, que mostró la comprensión más perfecta del guión. Cuando de pronto se entra en el verdadero proceso de edición, si se es afortunado se cuenta con un verdadero colaborador. Yo había supuesto que

esa fase sería relativamente tranquila, pero no lo fue. Creo que todo período de posproducción le parece corto al cineasta; por eso nunca llega la calma. En cambio, se sienten entonces todas las angustias para las que no se tuvo tiempo durante la producción. Se ve la película; parece deplorable un día y excelente al día siguiente, y ya no se sabe qué pensar. Pero si se tiene confianza en los editores, si se confía en su juicio y en su percepción del mundo, entonces ellos son la perfecta caja armónica. De pronto hay dos puntos de vista y, cuando se ponen de acuerdo, empieza uno a tener confianza en las propias decisiones.

P. ¿Es menos probable que ponga usted su sello personal en un guión si la idea es ajena?
R. Si se enorgullece uno de lo que escribe, se vierte a sí mismo en el guión. A menos que sea uno tan indiferente al trabajo, de un modo que realmente no puedo relacionarme con él, siempre pondrá uno de sí mismo en todo lo que escribe. Pienso que *Raiders* y *Empire* y ahora *Return of the Jedi* son radicalmente distintos porque yo los escribí. No digo que no habrían sido igualmente buenos si otro los hubiera escrito, pero ahora llevan mi sello.

P. ¿Cómo llegó a trabajar con George Lucas?
R. Lo que ocurrió fue que después de unos siete años de escribir guiones, por fin vendí dos de ellos en un período de tres meses. Uno fue *Continental Divide* y, a diferencia de todo lo que había escrito, tuvo mucha demanda; cuatro estudios se lo disputaron. Steven Spielberg lo leyó y dijo: "Estoy haciendo una película con George Lucas. ¿Te interesaría hablar con George?" Le mostró a éste *Continental Divide* y a George le gustó. Me llamaron a una reunión. Hablamos 20 minutos, nos levantamos, nos estrechamos la mano y convinimos en hacer juntos *Raiders*.

P. Participando Lucas en tres de los proyectos, ¿fueron las contribuciones de usted como siempre habían sido?
R. Mi experiencia con George y Steven en *Raiders*, con George e Irvin Kershner en *Empire* y con George y Richard Marquand en *Return of the Jedi* ha sido distinta en cada caso. En las dos *Star Wars* (Guerra de las galaxias), el argumento realmente había sido de George. Yo intervine en *Empire* cuando ya había un primer borrador. En cuanto a *Jedi*, George había hecho una versión, que cambiamos radicalmente. Entonces él y yo colaboramos realmente en el guión. Pero básicamente trabajé sobre la idea general de George. Con *Raiders* todo fue muy distinto porque antes que yo llegara no había mucho.

George, Steven y yo nos reunimos durante una semana o más. George sabía qué tipo de héroe deseaba, qué clase de sombrero usaba éste y conocía básicamente la geografía del caso. Yo había visto muchas grandes películas de aventuras y conocía el espíritu de esos filmes. Estuvimos juntos durante una semana y creamos lo que equivalió a un plan general. Fue un proceso de trilla: bien, no podemos dejar esto y no podemos dejar lo otro, y ¿cómo podemos pasarlo de aquí allá, y quiénes son los villanos y quiénes son los personajes de apoyo?

Terminamos con un guión de 100 páginas: pensé que realmente lo había concluido porque nunca me había ayudado nadie a escribir mis guiones y ya llevaba escritos siete. Pero cuando leí aquello vi que aún quedaba muchísimo por hacer. Faltaba tomar todas las decisiones específicas. Si hay algo que decir acerca de escribir guiones es que, cuando se ha dicho todo y se han presentado todas las brillantes ideas de todos los interesados, hay que irse, solo, y hacer que todo aquello funcione. Para que funcione, hay que ser muy explícito acerca de qué habrá en una escena y cómo habrá que pasar de una escena a otra y cómo incluir toda la información que se necesita para la película, y aun así, lograr que tenga cierta fluidez, cierto dinamismo, cierto deleite.

P. ¿Cómo recibió la oportunidad de dirigir?
R. Con *Raiders* y *Empire,* trabajé para George durante más de un año. Todos sabían de *Continental Divide,* y todos deseaban que yo les escribiera guiones, pero sentí que ya era tiempo de dirigir. Para eso había empezado yo a escribir guiones. En cuanto decidí que lo siguiente sería dirigir, fue fácil dejar todo lo demás.

P. ¿Se llevó grandes sorpresas al dirigir?
R. Muchas, desde luego. Pero creo que la mayor fue ver hasta qué punto el clima emocional en los "exteriores" y en el foro podía influir en mi percepción de mi propia película. Hay que tener cuidado con eso.

P. ¿Qué opina de los ensayos?
R. Son el tiempo *más* valioso que uno pasa con los actores. Una vez comenzada la producción, es casi imposible dedicarles más tiempo en privado. Además, durante ese período de ensayos, se descubre que el director es el único que ve el guión de ese modo y que, por mucho entusiasmo que ellos pongan en el proyecto, en esas páginas ven una película completamente distinta. Hay que intercambiar ideas sobre lo que está en el guión, y a veces algunas ideas de ellos son mejores que las de uno. Es magnífico probar varios modos distintos de hacer las escenas; éste es un lujo que ya no se tiene una vez comenzada la producción.

La producción en sí es antitética al proceso del trabajo de casi todos los actores, que es labor de concentración y de crear espacio, intimidad y calma. La producción de cine es una intrusión, una invasión de esa intimidad. El período de ensayos nos da una base, de modo que en aquel caos se tenga un punto de partida que no sea el paso uno.

P. Ahora que va a dedicarse más a la dirección, ¿desea

dirigir sólo su propio material o está dispuesto a dirigir el de otros?

R. Realmente nunca me gustó escribir. Es el trabajo más solitario del mundo. Me disgusta estar solo en una habitación, y estuve solo todo el tiempo, durante siete años, cuando trataba de vender algo. Pensé: "Si algún día logro salir de esto de escribir, voy a relacionarme con la gente". Y en eso consiste la dirección. Imaginé que dirigía obras de otros, y que otros tendrían que estar sentados a solas en una habitación. Por desgracia, lo que ha pasado es que comprendí que ponemos tanto de nuestra propia vida en cualquier película, que nos apasionamos por ella. Es muy difícil encontrar material de otros que nos haga decir: "He aquí un año y medio de mi vida". Mucho de lo que me han ofrecido me encantaría verlo en el teatro, ¿comprende? Dedicarle un par de horas.

P. Así pues, usted resuelve la eterna batalla entre director y escritor al dirigir solamente su propio material.

R. Escribir para cine es problemático para mí. Si pensara que es lo único que puedo hacer y que constantemente tendría que entregar esas obras, hechas con amor, a otros, para luego verlas cambiadas, no sé cuánto tiempo podría resistirlo. La verdad es que no hay batalla entre escritor y director. El director la ha ganado de antemano: hará lo que quiera con el guión que usted le entregue. Eso es lo malo si uno se enorgullece de lo que escribe, si pone mucho de sí mismo en el guión. Sale la película y a uno le pesa que *su* película nunca se hizo; en su lugar, existe otra. Pero todo el mundo dice que uno la escribió y a uno se le hacen las críticas. Por ambos lados quedas mal. Pero es la película del director. Durante años no quise creerlo, pero es un hecho.

Como quiera que sea, el director no hace la misma película que uno escribió. Eso no implica que él no tenga razón y yo sí. Sólo que cuando ves el producto final, lo que tú querías incluir no está allí, aunque se parezca mucho a lo que uno escribió. Algunos no comprenden eso. No comprenden que el reparto, la cámara y todo afecta el sentido del guión. El tono cambia. Por eso se puede tomar cualquier guión, dárselo a dos directores y sacar dos películas radicalmente distintas.

P. ¿Qué películas y directores han influido en usted?

Muchas películas y directores han influido en mí. Creo que el que más ha significado para mí es Akira Kurosawa. Sin explayarme mucho, le diré que Kurosawa es el Shakespeare del cine; sus películas funcionan en varios niveles en todo momento. Se les puede tomar como simple entretenimiento popular y luego se les puede ir descubriendo y pelando como una cebolla para ver lo que el director dice en realidad. Ha empleado todos los géneros para sus propios fines, y ha trabajado enteramente al margen de todo género. Además, tiene un increíble estilo visual, un maravilloso sentido de la escritura. Sus películas son emocionantes, son divertidas.

Cuando yo era un muchacho, en la Virginia Occidental de los cincuentas, sólo veía productos de Hollywood. John Sturges fue un director importante para mí: *The Great Escape* (El gran escape), *The Magnificent Seven* (Los siete magníficos), *Gunfight at the O.K. Corral* (Duelo de titanes). Estas películas me impresionaron profundamente. Soy un gran admirador de Robert Towne. Creo que no hay mejor argumentista; *Chinatown* y *Shampoo* son guiones maravillosos, inspiradores. En la universidad estudié literatura inglesa: Conrad, Lawrence, Forster. Sus novelas, así como la obra de Fitzgerald, Bellow y Nabokov: eso fue lo que formó mis ideas acerca de escribir bien.

P. ¿Por dónde comienzan los guiones de usted? ¿En la trama, los personajes o las ideas?

R. Creo que empiezan con los personajes, pero luego suelen ser sobre la narración y el drama. Empecé a escribir en la escuela superior, en la Universidad de Michigan. Mi preparación fue el teatro. Seguí unos cursos de construcción dramática, escribí teatro y lo pusieron en escena en la universidad. Si se recibe mi preparación, ésta es la enseñanza clásica, en que se aprende cómo se han construido las obras dramáticas desde que se empezó a escribir teatro. Creo que eso me ha sido muy útil en Hollywood, pues muchos que escriben argumentos no tuvieron esa preparación. No les interesa la estructura dramática y no tienen antecedentes literarios. Muchos argumentistas jóvenes vienen hoy de la televisión: crecieron con ella y creen que el relato que se emplea en televisión es la narrativa, pero no lo es. Por ello, yo creo en la construcción dramática clásica, y creo en la fuerza y el ímpetu que una buena narración crea al ir avanzando por sí misma.

P. ¿Cómo alienta a los que tratan aún de entrar en esto?

R. [El argumentista y director] Frank Pierson dice que una vez pensó en abandonarlo todo y que un amigo le dijo: "¿Sabes?, los únicos que lo logran son los que no desisten". Y realmente eso es todo. Hace falta suerte en algún momento, pero sólo se puede tener suerte si se sigue en la brega, y para cada uno de nosotros esa brega, ese camino, es de distinta duración. La cuestión es perseverar más y más, como se pueda.

Lo que yo les digo a los escritores es: si van a aceptar un trabajo para ganarse la vida, asegúrense de que sea un trabajo intolerable para ustedes, realmente desagradable. Así, nunca caerán en la tentación de pensar: "Realmente quiero hacer esto toda mi vida". Eso ayuda a orientarse. Si alguien detesta lo que hace todos los días, eso le recordará lo que quiere hacer. ◆

SOCIEDAD, CIENCIA Y CAMBIOS DEL CLIMA

Por William W. Kellogg y Robert Schware
Tomado de FOREIGN AFFAIRS

Desde los sesentas preocupa a los hombres de ciencia que el exceso de dióxido de carbono en la atmósfera, producido por el uso de combustibles fósiles, pueda estar creando un "efecto de invernadero" que llegue a causar un marcado aumento de la temperatura en todo el mundo. En el artículo siguiente, William W. Kellogg y Robert Schware esbozan las proyecciones actuales de los cambios climáticos en diversas regiones y analizan lo que éstos implican para la producción agrícola, la salud humana y la ecología mundial, incluso la posibilidad de una migración demográfica.

Kellogg es climatólogo del Centro Nacional para la Investigación Atmosférica (NCAR) en Boulder, Colorado. Ex presidente de la Sociedad Meteorológica Norteamericana, también ha formado parte de muchos comités internacionales, incluso de la Comisión Internacional del Clima. Schware es politólogo, también del NCAR.

Durante los más de 4.500 millones de años transcurridos desde la formación del planeta Tierra, su clima ha permanecido notablemente estable, y evidentemente ha podido mantener la vida durante casi 4.000 millones de esos años. En ese largo período, los océanos y la atmósfera han conservado un difícil equilibrio; el Sol ha sido una fuente de calor lo bastante constante para que el agua de los océanos no haya hervido, perdiéndose su vapor en el espacio, ni se haya congelado hasta el ecuador (destino sufrido por otros planetas y satélites del sistema solar).

Sin embargo, aun en el pasado reciente, ha habido alarmantes cambios de clima. Hace sólo 18.000 años, la mayor parte del Canadá y del noroeste de Europa estaban cubiertas de vastas capas de hielo de varios kilómetros de espesor (como hoy ocurre en Groenlandia y la Antártida). En realidad, esas glaciaciones y los períodos interglaciales como en el que hoy estamos, se han alternado aproximadamente cada 100.000 años durante los últimos tres millones de años o más.

Empero, si hacemos retroceder el reloj más de 15 millones de años, encontraremos una Tierra casi sin hielo permanente en los polos y con un clima mucho más cálido en general. Tales fueron las condiciones que prevalecieron cerca de 90 por ciento del tiempo durante los últimos cientos de millones de años.

Estos datos históricos ilustran el carácter siempre cambiante de nuestro clima *natural*. Hasta ahora, los factores que han determinado el clima han sido: el Sol, cambios graduales en la órbita de la Tierra alrededor de éste y las complejas interrelaciones dentro del "sistema climático" planetario: la atmósfera, los océanos, la tierra, el hielo de las regiones polares y los seres vivos.

En los últimos 50 años, más o menos, ha venido a añadirse un factor nuevo: las actividades del hombre mismo. Una creciente acumulación de testimonios ha persuadido a la mayor parte de la comunidad científica de que la actividad humana puede estar contribuyendo a un cambio considerable del clima de la Tierra en escala mundial. En particular, el consumo masivo de combustibles fósiles (carbón, petróleo y gas natural) está provocando la acumulación de dióxido de carbono en la atmósfera que, de continuar, probablemente elevará en varios grados la temperatura media de la superficie terrestre en los próximos 50 o 70 años. Y lanzar a la atmósfera otros gases producto de la actividad humana puede intensificar sensiblemente este "efecto de invernadero" general.

Existen, desde luego, varias lagunas en nuestra comprensión de cómo actúa el sistema climático; por eso hay muchas incertidumbres en esta predicción del futuro. Pero pocos climatólogos dudan aún que en las próximas décadas habrá una tendencia gradual al calentamiento de la Tierra si continuamos acumulando en la atmósfera cantidades enormes de dióxido de carbono. Por idéntica razón, podemos prever cambios en las pautas actuales de precipitación, debido a modificaciones de la circulación atmosférica, aunque aún no están en claro los detalles de dichos cambios.

En este artículo intentamos presentar un cuadro detallado del posible cambio de clima futuro, seguido por las consecuencias de tal cambio para la habitabilidad de zonas y naciones determinadas, de acuerdo con tres aspectos específicos: productividad agrícola, ecología y salud y enfermedad humanas, lo cual nos llevará a un análisis más especulativo de la posible migración determinada por el clima. Puesto que las demandas y prácticas energéticas se hallan en la raíz del problema, será necesario analizar especialmente la interacción de estos factores con los cambios progresivos del clima, y hasta qué punto la conservación de la

Reproducido y condensado con permiso especial de *Foreign Affairs*, verano de 1982. © 1982 por el Council on Foreign Relations, Inc.

energía y el depender de fuentes de energía que no produzcan dióxido de carbono pueden mitigar o aplazar el grado de cambio climático que hoy podemos prever. Por último, el artículo sugiere algunos posibles elementos de un enfoque "racional" al problema, por nuestros dirigentes políticos, industriales, agrícolas y científicos.

Por lo general, se dudaba que el hombre—de tamaño tan insignificante en comparación con su planeta—pudiese ejercer una verdadera influencia sobre el ambiente mundial. Pero durante al menos dos generaciones se ha visto que la actividad humana ha alterado considerablemente el clima de nuestras ciudades grandes y las regiones hacia donde sopla el viento, y que hemos contribuido a extender los desiertos y a diezmar grandes partes de los bosques que antaño cubrían vastas superficies de las zonas templadas y de los trópicos. Tales actividades han modificado el equilibrio del calor y del agua, en escala regional. Ahora estamos influyendo en el clima de la Tierra a una escala verdaderamente mundial.

Quemar convertibles fósiles convierte el carbón, que ha estado almacenado en la Tierra durante decenas de millones de años, en dióxido de carbono y vapor de agua. El resultado ha sido un aumento de cerca de 20 por ciento en el contenido de dióxido de carbono de la atmósfera desde el comienzo de la Revolución Industrial, la mayor parte en este siglo.

Los océanos representan un vertedero de dióxido de carbono cerca de 60 veces mayor que la atmósfera; *a la postre,* casi todo el aumento de dióxido de carbono irá a parar a los océanos. Sin embargo, los procesos de supresión de este compuesto de la atmósfera, limitados por la tasa de mezcla del gran volumen de agua oceánica más profunda con la capa superficial que se mezcla a sólo unos cuantos cientos de metros de profundidad, son extremadamente lentos y graduales, y requieren un período de 500 años o más.

También debemos tomar en cuenta la influencia de los niveles de dióxido de carbono en la biosfera de la Tierra. La fotosíntesis de las plantas y los árboles del mundo es un auténtico vertedero de dióxido de carbono; hasta el siglo pasado, había un equilibrio aproximado entre la absorción de dióxido de carbono por fotosíntesis y su regreso a la atmósfera por descomposición o incineración. Pero en años recientes se han talado los bosques del mundo, especialmente los de los trópicos que contienen del 80 al 90 por ciento de la biomasa viva, y hay en perspectiva nuevas deforestaciones.

Poco antes de empezar este siglo, el eminente geólogo norteamericano, rector de la Universidad de Wisconsin, T.C. Chamberlain, y un igualmente destacado químico sueco, S. Arrhenius, cada cual por su lado, indicaron que el dióxido de carbono absorbe la radiación infrarroja de la superficie de la Tierra, que de otra manera escaparía al espacio, y que luego refleja de nuevo parte de esa energía infrarroja, hacia abajo. Observaron que este "efecto de invernadero" elevaría la temperatura de la superficie por encima de lo que ocurriría en ausencia del dióxido de carbono añadido (aunque la analogía del invernadero dista de ser perfecta), pero entonces no tenían datos para cuantificar la magnitud de tal efecto.

Por razones difíciles de comprender, esta sorprendente hipótesis despertó relativamente poca atención antes de los años sesentas, cuando buen número de científicos empezaron a elaborar teorías cuantitativas para explicar cómo funciona nuestro sistema climático. Mediante modelos teóricos cada vez más refinados, se ha calculado hoy que una duplicación de los niveles de dióxido de carbono en la atmósfera produciría una elevación de la temperatura promedio de la superficie de la Tierra de cerca de 3°C, con una incertidumbre aproximada de más o menos 1,5°C.

Debe destacarse que este cálculo de un calentamiento por aumento del dióxido de carbono se refiere al promedio de todo el mundo; los cambios regionales serían distintos sin duda. Tanto los resultados de los modelos como la experiencia obtenida directamente en la atmósfera indican que el calentamiento en el Artico sería casi triple del promedio general, y que en la zona templada del hemisferio septentrional, donde se encuentra gran número de países desarrollados, el cambio debido a la duplicación del dióxido de carbono sería de 4° a 6°C. En el hemisferio meridional, a causa de su mayor área oceánica y porque el continente antártico al principio será mucho menos afectado que el Artico, la tendencia hacia el calentamiento sería menor que en el hemisferio norte.

Dada la mayor concentración atmosférica, ya observada, de dióxido de carbono y de otros gases que absorben rayos infrarrojos, ¿por qué no se ha sentido ya un calentamiento mundial? Teóricamente, el efecto de invernadero habría debido causar un calentamiento de cerca de 0,5°C en este siglo; sin embargo, hubo una pronunciada tendencia hacia el enfriamiento mundial entre 1940 y 1965. Inevitablemente se ha planteado esta pregunta, y la evidente contradicción fue invocada por algunos escépticos como refutación de todo el concepto del efecto de invernadero.

Dos conjuntos de estudios nos han dado ahora respuestas que parecen concluyentes. En primer lugar, los datos sobre la retirada de los hielos del mar Antártico han demostrado una clara tendencia a largo plazo, en esa región, congruente con el esperado calentamiento del hemisferio meridional. En segundo lugar, análisis de otras influencias naturales sobre la temperatura media de la superficie terrestre han revelado factores esporádicos o cíclicos cuyo efecto enfriador al parecer compensó con creces el efecto de invernadero en los años en que se acusó la tendencia general al enfriamiento. Estas influencias naturales sobre el clima son, ante todo, grandes erupciones volcánicas que, según se sabe, arrojan a la estratosfera partículas suficien-

tes para atenuar la radiación solar durante varios años, y fluctuaciones en la radiación total procedente del Sol.

En suma, conforme se descarta la fluctuación debida a estos factores naturales (o "ruido climático"), se ha revelado, en realidad, una clara "señal" del incremento del dióxido de carbono. Aunque los datos no prueban de manera fehaciente un efecto de calentamiento por el mayor contenido de dióxido de carbono, las observaciones de la temperatura en los últimos 100 años son al menos congruentes con la idea del efecto de invernadero.

Combinemos ahora estos cálculos teóricos de calentamiento mundial con estimaciones de la tasa de aumento de dióxido de carbono que puede ocurrir en los próximos 20 a 100 años. Los niveles de dióxido de carbono en la atmósfera habrán de subir casi en cualquier circunstancia; sin embargo, determinar el ritmo y la fecha correspondientes es obviamente de gran importancia. Empleando la más probable "conjetura" de que el uso del combustible fósil seguirá aumentando aproximadamente en dos por ciento al año, el mensaje resulta bastante claro: es posible que antes del año 2000 y, en todo caso, antes del 2020—mucho antes que se duplique el dióxido de carbono de la atmósfera—el mundo puede ser, en promedio, más caliente que en ningún momento de los anteriores 1.000 años o más; es decir, 1°C más cálido que hoy.

Aunque un cambio promedio de 1°C no parece muy importante a primera vista, consideremos primero que este cambio se amplificará hacia los polos, y en las latitudes templadas y altas del hemisferio norte podrá ser de 2° a 3°C. En la zona templada, semejante cambio de temperatura correspondería aproximadamente a una diferencia de latitud de cuatro grados, o sea la actual diferencia de temperatura entre ciudades como Copenhague y París o Boston y Washington. Conforme la tendencia continúe hacia una duplicación del nivel de dióxido de carbono anterior a 1900—en lo que podría llamarse la "segunda etapa" de cambio del clima—Boston se acercaría a la misma temperatura media que Miami tiene en la actualidad, mientras que las partes meridionales de los Estados Unidos y de Europa se volverían realmente tropicales. El mundo estaría volviendo al clima de un período de los albores de la historia escrita, el Altitérmico, de hace 4.500 a 8.000 años, cuando el mundo era definitivamente más cálido y los climas regionales eran muy distintos a los de hoy.

Si bien el equilibrio térmico de la atmósfera es el que resulta directamente afectado por dióxido de carbono en aumento y su efecto de invernadero, la temperatura es, desde luego, sólo un aspecto del clima. La *precipitación pluvial* y la *evaporación,* que en conjunto determinan la *humedad del suelo,* son aún más importantes, especialmente para cultivar alimentos.

En cuanto a cómo puede cambiar la actual distribución mundial de humedad de los suelos, los modelos teóricos de sistemas de climas aún no son adecuados para decírnoslo, aunque sí nos ofrecen atisbos útiles. Podemos obtener otras vislumbres observando las reconstrucciones del período Altitérmico, cuando el clima era en general más cálido. Otros indicios provienen de estudios de años o estaciones particularmente calurosos durante este siglo, para los cuales se han llevado buenos registros de temperatura y régimen de lluvias. En esos registros podemos ver cómo aquellos tiempos anormalmente cálidos difirieron del promedio a largo plazo.

Las consecuencias de un relato basado en estas fuentes son fascinantes. Sugieren que grandes áreas de Africa, el Medio Oriente y la India, así como una porción considerable del centro de China, pueden dejar de ser zonas escasas de agua, o al menos aliviar esa deficiencia. Por otra parte, probablemente habría condiciones de mucho mayor sequía en la sección central del continente norteamericano, y más sequía virtualmente en todas las zonas centrales y septentrionales de la Unión Soviética, de modo que sería difícil cultivar trigo, maíz, cebada y otros productos importantes en partes de lo que hoy es el "canasto de alimentos" en Norteamérica y en la Unión Soviética.

Semejante perspectiva climática constituye una manera útil de ilustrar algunos de los cambios del régimen pluvial y la humedad del suelo que pueden ocurrir conforme el mundo se vuelva gradualmente más caluroso, pero debemos ser muy precavidos al sacar conclusiones. Después de todo, el cambio de clima no es más que uno de incontables cambios que tendrán lugar en los decenios por venir. La pobreza, la pérdida de tierras labrantías y de selvas tropicales, el estado de los abastos de agua, la distribución de las riquezas naturales, el aumento de la población, etcétera, son factores que deben tomarse en cuenta al evaluar los efectos del cambio de clima.

Por último, un análisis de los muchos aspectos de un calentamiento mundial no estaría completo sin mencionar la posibilidad de un futuro ascenso del nivel del mar, que los medios de información han difundido ampliamente. Ciertos estudios han indicado que las capas de hielo de Groenlandia y la Antártida se han contraído ligeramente en los últimos 100 años, al volverse la Tierra un poco más cálida, provocando un ascenso de 5 a 10 cm en el nivel del mar.

Aunque un completo deshielo de estas enormes masas probablemente abarcaría muchos miles de años, se ha indicado que la mayor parte de la capa de hielo de la Antártida occidental (y ciertas porciones de la Antártida oriental, de mayores dimensiones) se apoyan sobre un lecho rocoso, muy por debajo del nivel del mar. De este modo, el agua oceánica más caliente se abriría paso bajo la capa de hielo, haciéndola soltarse del lecho rocoso y derivar hacia el océano, donde se desintegraría

gradualmente y luego se fundiría con mucho mayor rapidez al pleno contacto con las aguas. Habría una elevación de cinco a siete metros en el nivel del mar si se desintegrara toda la Antártida occidental, pues esta capa de hielo hoy se eleva varios kilómetros sobre el nivel del mar.

Esto podría hacer que, en comparación, las migraciones del pasado histórico parecieran casi insignificantes. Sin embargo, se debe insistir en que los glaciólogos no se ponen de acuerdo sobre la escala de tiempo en que ocurriría semejante suceso. Aún se discute si la capa de hielo de la Antártida occidental se desintegraría en cuestión de siglos o de milenios después dè un gran calentamiento; pero, en todo caso, pocos expertos—o ninguno—afirman hoy que el tiempo en cuestión pudiera ser de menos de 200 años.

Es muy probable que el mar de hielo del Artico y de la Antártida se vuelva menos extenso al progresar el calentamiento, tendencia ya evidente en el hemisferio sur. La mayor parte del Océano Artico está hoy cubierta de hielos flotantes todo el año, pero a comienzos del próximo siglo ese mar podrá quedar libre de hielo durante el verano. Sin embargo, en contraste con las macizas capas de hielo que se apoyan en tierra, si se fundiera el hielo oceánico eso no afectaría el nivel del mar.

El cambio climático causado por el dióxido de carbono afectará muchos aspectos de la sociedad. Contemplemos los que parecen ser tres efectos cruciales: sobre la producción de alimentos, sobre la ecología mundial y regional y sobre la salud, la enfermedad y el bienestar humanos, refiriéndonos también brevemente a la cuestión de posibles migraciones demográficas.

Los cambios climáticos que hemos indicado ejercerán inevitablemente un influjo considerable sobre la agricultura. En términos generales, diríase que condiciones más cálidas y secas en áreas de cultivo clave tendrían un efecto negativo (o que al menos impondrían adaptaciones radicales), mientras que en las zonas más tropicales que podrían volverse menos áridas, el efecto sería favorable. Mas tales generalizaciones son demasiado sencillas: mucho dependería del ritmo del cambio, de efectos compensatorios específicos, de oportunidades para la migración agrícola dentro de una región determinada y de nueva tecnología para amortiguar el impacto.

La causa primaria del calentamiento mundial, el aumento del dióxido de carbono, es en sí misma una ventaja para las plantas. Desde hace años, los cuidadores de invernaderos saben que elevar el nivel del dióxido de carbono del aire de un invernadero hace que las plantas crezcan más y con mayor rapidez. Además, éstas consumen el agua con mayor eficacia, lo que favorecería la agricultura de las zonas semiáridas. Desde el fin de este siglo, el aumento de la tasa media de crecimiento podría ser mayor de cinco por ciento tan sólo por esta causa.

Se han efectuado muchos estudios de los efectos de la temperatura durante la temporada de crecimiento, la duración de ésta y la humedad del suelo. De estos tres factores, la humedad de los suelos es, por mucho, el más crítico en las regiones semiáridas de los subtrópicos, en tanto que la temperatura y la duración de la temporada de crecimiento son, más a menudo, factores determinantes en las regiones agrícolas de latitudes templadas. Como regla muy general, un aumento de 1°C en la temperatura media de verano corresponde a una prolongación de diez días en la estación de crecimiento, lo que sin duda puede constituir una gran diferencia en el Canadá, el norte de Europa y la Unión Soviética.

Si una temporada de crecimiento más larga abriese nuevas áreas al cultivo, ¿podría bastar con que las actuales pautas de la agricultura emigraran? En un estudio minucioso, se ha estimado que la franja del maíz, en los Estados Unidos, se desplazaría 175 kilómetros al noreste por cada grado (centígrado) de aumento de la temperatura, si la precipitación no se modificara. Sin embargo, hay claros límites para tales desplazamientos de las zonas agrícolas. En primer lugar, las pautas de lluvia y humedad del suelo también cambiarían a menudo, de modo que una determinada pauta agrícola podría no seguir practicándose, ni desplazándose hacia los polos dentro de una región.

En segundo lugar, los tipos de suelos podrían imponer una grave limitación a la migración de las prácticas agrícolas. De este modo, el ámbito disponible para una emigración hacia el norte de la producción de grano con temperaturas más altas queda limitado a las localidades donde existen buenas tierras, pero la temporada de crecimiento es hoy demasiado breve.

En las actuales zonas agrícolas del hemisferio norte templado, la tecnología agrícola puede dar a los agricultores cierta flexibilidad en la elección de sus siembras y métodos agrícolas, lo cual ayudaría mucho a mitigar los efectos de un cambio de clima y adaptarse a él. El desarrollo de recursos acuíferos y medidas de conservación del agua también puede amortiguar, a menudo, el cambio a condiciones de mayor sequía, especialmente en vista de la lentitud con que probablemente ocurrirá el cambio.

Desde un punto de vista mundial, podría haber más calor y sequía en las zonas donde aproximadamente el 50 por ciento del trigo y 55 por ciento del maíz del mundo fueron cultivados en 1978. Por otra parte, aproximadamente 86 por ciento del arroz y 50 por ciento de la cebada del mundo podrían verse afectados por una mayor humedad del suelo, según nuestra predicción climática. En condiciones sistemáticamente más cálidas y húmedas, el rendimiento del arroz podría aumentar en los principales países productores: China, la India, Indonesia, Bangladesh, Tailandia y el Japón. Allí, la producción de arroz puede ser estimulada por más lluvia y temporadas de crecimiento

Los efectos futuros del cambio del clima pueden desembocar en reajustes importantes de las pautas mundiales de producción alimentaria... En general, tal parece que la capacidad total del mundo para producir alimento no resultará perjudicada a la larga... Pero el desafío de largo alcance a la agricultura debe ser reconocido y encarado ahora.

más prolongadas; esto último permitiría obtener cosechas múltiples en las vastas extensiones de latitudes templadas donde hoy sólo puede obtenerse una cosecha en el curso del verano.

No menos importantes para la producción de alimentos pueden ser los efectos del cambio de clima sobre la frecuencia e intensidad de las plagas. Con el calentamiento mundial también podemos esperar cambios en la frecuencia y distribución geográfica de las enfermedades de las plantas. Es importante que se amplíen los estudios de los efectos climáticos sobre las plagas de las plantas para que sea posible reducir las pérdidas cuando ocurra el esperado calentamiento de la superficie terrestre.

En suma, los efectos futuros del cambio de clima podrían dar por resultado un gran reajuste de las pautas mundiales de producción de alimentos. Aunque no podemos predecir con confianza cómo ocurrirán exactamente estos reajustes hasta que tengamos un cuadro más claro de los cambios regionales de humedad de los suelos, esta "predicción" ilustra la magnitud de los cambios que esperan al mundo, incluso una posible migración de los actuales "canastos del pan" de Norteamérica y Eurasia. En conjunto, diríamos que la capacidad total del mundo para producir alimentos podría no sufrir menoscabo a largo plazo, siempre que se aplique la tecnología agrícola apropiada y la planificación para una mejor administración de los recursos acuíferos pueda mantenerse al frente del cambio. Pero el desafío a la agricultura a largo plazo debe reconocerse y encararse ahora mismo.

La agricultura destinada a la producción de alimentos y fibras difiere de los ecosistemas menos administrados del mundo, como tierras de pastoreo, sabanas, bosques, tundras, tierras alpinas y desiertos. Una diferencia importante es que los sistemas agrícolas suelen depender de unas cuantas especies de plantas especializadas, mientras que un ecosistema natural, o "bioma", representa gran diversidad de plantas y animales que interactúan y viven en equilibrio natural; es decir, hasta que el equilibrio es destruido por seres humanos o por cambios de clima.

Quedan en el mundo pocos o ningún ecosistema que estén libres de la influencia humana. Entre las biomas todavía próximas a su estado natural figuran las selvas tropicales que aún no han sido explotadas y las zonas deshabitadas de la tundra del Artico. Las selvas tropicales vírgenes serán afectadas principalmente por las pautas de precipitación pluvial, mientras que la bioma de la tundra ártica será influida por la precipitación y la temperatura.

Básicamente, los bosques requieren una precipitación relativamente alta. Consumen más agua que otro tipo de vegetación y la devuelven al aire mediante la evapotranspiración de sus hojas. En las zonas semiáridas donde el agua escasea, los árboles son sumamente susceptibles a los pequeños descensos de la precipitación. Además, muchos árboles son vulnerables a las plagas de insectos, y las infestaciones se ven muy influidas por la temperatura y la precipitación. Por tanto, estos factores parecen indicar que el cambio climático, especialmente los cambios de la precipitación, ejercerá un efecto considerable sobre la distribución de las áreas favorables a tipos específicos de bosques.

La deforestación que se realiza en algunas partes del mundo, sobre todo en ciertos países en desarrollo de los trópicos y los subtrópicos, es causa de preocupación por su efecto ambiental a corto plazo sobre los países en cuestión; aún más grave—a la larga—será la pérdida de suelos y la extinción de muchas especies naturales, al ser destruidas las biomas de bosques enteros. La búsqueda de nuevas cepas de plantas para la agricultura depende notablemente de la reserva de especies naturales o "reserva de genes" mundial, y cualquier parte de éste que se pierde es irremplazable. Para contener las peligrosas tendencias actuales, podría ser al menos útil un mayor nivel de dióxido de carbono en la atmósfera y más lluvia en las zonas subtropicales: ambos fenómenos estimu-

larían el crecimiento de los bosques, permitiéndoles avanzar hacia regiones hoy demasiado áridas.

También sobre la helada tundra de la cuenca ártica tendría gran influencia un calentamiento causado por el aumento del dióxido de carbono. Este bioma se caracteriza por el permafrost, el cual determina su vegetación de lento crecimiento, falta de árboles y escaso desagüe en verano. Si se manifestara una tendencia al calentamiento en la tundra, el permafrost retrocedería lentamente, permitiendo que crecieran árboles más hacia los polos, como ocurrió durante el período altitérmico en el Canadá.

Las selvas tropicales y la tundra ártica son dos casos en que la repercusión del cambio de clima parece hoy bastante predecible. En otras situaciones, los efectos sólo se volverán predecibles cuando sea más clara la configuración de los climas regionales. En forma general, aunque muchos bioma puedan ser desplazados o modificados por los cambios de clima en los próximos 50 a 100 años, la continua expansión de las actividades y presiones humanas probablemente ejercerá un efecto ecológico que podrá rivalizar con los cambios del clima de ese período.

El clima se relaciona de muchas maneras con la salud y las enfermedades humanas, tal vez del modo más directo porque la precipitación pluvial, la humedad y la temperatura afectan mucho las condiciones de cría, las tasas de crecimiento y la diversidad biológica de muchas especies de insectos y bacterias, incluso de parásitos que atacan al hombre. Esto se dice en particular de los agentes de enfermedades graves, hoy desproporcionadamente concentrados en los países pobres del mundo en desarrollo, los cuales suelen estar en los trópicos o subtrópicos.

Como a las plagas agrícolas, el cambio de clima también afectará a los agentes infecciosos de otras muchas maneras, y los efectos serán distintivos para cada especie. Casi todo lo que puede decirse con seguridad es que los cambios de clima que hemos indicado, probablemente complicarán mucho la tarea de contener las principales enfermedades que aún son el azote de millones de personas en los países pobres del mundo.

Una pregunta más general es cuán eficientemente se desempeñarán los seres humanos en condiciones climáticas alteradas. Esto puede no ser particularmente grave en las regiones ya tropicales, puesto que allí los cambios de temperatura serán menores y el paso de la semiaridez a la suficiencia de agua, predicho para muchas zonas tropicales y subtropicales, puede mejorar las condiciones para la vida y la actividad. Pero en las actuales zonas templadas, sobre todo en las más frías, que experimentarían un marcado calentamiento, existe la posibilidad de que sea afectada la productividad laboral, no digamos las actividades de tiempo libre o, a un nivel más básico aunque intangible, las características de la conducta que distinguen a los "septentrionales" de los "meridionales" en casi todo país de la zona templada, desde China hasta Italia o los Estados Unidos. Ciertos estudios apoyan la creencia común de que la temperatura y humedad muy altas o muy bajas pueden influir negativamente en la capacidad de trabajo físico, la motivación personal y la conducta social.

Desde la perspectiva histórica, contamos con la célebre tesis de Arnold Toynbee *A Study of History* (Estudio de la historia), según la cual las sociedades tienden a florecer cuando están sometidas al grado justo de desafío que les plantea el medio, la teoría de la interrelación de "desafío y respuesta". Mientras que los climas tropical y frío han sofocado el desarrollo de las que Toynbee llama verdaderas "civilizaciones", las latitudes templadas generalmente han propiciado más el surgimiento de respuestas y desafíos del medio siempre renovados. De ser esto así, en cierto período (de decenios a siglos) podríamos ver que las sociedades más prósperas estarían más alejadas del ecuador.

Una cuestión conexa es saber si la índole y el grado del cambio de clima indicado aquí podrán desencadenar migraciones humanas considerables dentro de los países y entre ellos. Un móvil obvio de tales migraciones sería abandonar las zonas que ya no pudieran producir alimentos, o trasladarse a zonas donde el cambio de clima fuese favorable para este propósito; ya hemos examinado algunas de éstas. Pero otro motivo para emigrar podría ser simplemente un deseo de buscar un clima lo más parecido posible al actual de cada uno (sentimiento subjetivo acerca de la propia "zona de comodidad").

En la historia, el primer factor—habitualmente en forma de hambre—ha provocado muchas migraciones en masa. Egipto en el tercer milenio a.C., Micenas cerca de 1230 a.C., la Alemania central en el período 1360-1450, Islandia en la Edad Media y (aún en la memoria de muchas familias norteamericanas) el "hambre de la papa" en Irlanda en 1845-1851; todos estos son ejemplos de factores climáticos que contribuyeron a condiciones de hambre causantes de enormes migraciones y pérdidas de vidas, o ambas cosas. El grado y la permanencia de los cambios de clima indicados podrán ser mayores que en dichos casos; por otra parte, la capacidad de adaptación de las sociedades actuales, al menos en las zonas templadas, es mayor que en anteriores períodos históricos.

En conjunto, los efectos climáticos causados por el dióxido de carbono pueden tener influencia importante en las actividades humanas, pero algunos aspectos de estos cambios climáticos previstos pueden ser benéficos. Dicho sencillamente, los futuros efectos climáticos debidos al dióxido de carbono serán para bien y para mal. Inevitablemente, habrá "beneficiados" y "perjudicados".

Por último, es necesario mencionar las repercusiones del posible deshielo de la capa de la Antártida occidental y del mar ártico. Este último, como

hemos visto, podría no influir directamente en el nivel del mar y, si los expertos tienen razón, todo lo que pudiera parecerse a una total desintegración de la capa de hielo de la Antártida está cuando menos a 200 años de distancia. Pero cuando ocurra—si ocurre—sus efectos serían devastadores para el 30 por ciento de la población mundial que hoy vive a menos de 50 kilómetros de un océano o mar.

En cuanto a la cuestión de la oferta y demanda de energía en el marco del futuro cambio de clima, el primer punto—bastante obvio—es que la causa fundamental del aumento del dióxido de carbono es la insaciable avidez mundial de una *oferta* de energéticos siempre creciente. Al mismo tiempo, el resultante cambio de clima, cuando ocurra, influirá sobre la *demanda* de varias formas de energía.

En lo tocante a *oferta,* el mundo ha dependido mucho, para su energía, del combustible fósil; en 1975, sólo un ocho por ciento de la energía primaria mundial provino de otras fuentes: generación nuclear, hidráulica y solar combinadas. La tasa de aumento del consumo de combustible fósil se ha reducido en los ocho años pasados a poco más de dos por ciento al año (con un promedio de casi cuatro por ciento anual de 1900 a 1973 aproximadamente). El curso del futuro dependerá de buen número de factores muy difíciles de evaluar, incluso los esfuerzos por ahorrar energía y emplearla con mayor eficiencia, la disposición a invertir más en las opciones nuclear y de fuentes renovables, la tasa de agotamiento del petróleo y el gas, la capacidad de sustituirlos con el carbón, etcétera.

La oferta de energía podría aumentar y el uso del combustible fósil disminuiría si se desarrollaran extensamente recursos de energía renovables; en todo caso, hay razones convincentes para intentar tales adelantos a la brevedad posible. Pero algunas fuentes renovables pueden ser más vulnerables a los caprichos del clima que las actuales fuentes de energía. La energía solar se amortigua los días nublados, la energía hidroeléctrica decae cuando hay sequía y la eólica depende de que haya buenos vientos. Deben, pues, tomarse en cuenta la variabilidad y los cambios de clima al hacer planes sobre estos recursos de energía renovables.

Por lo que toca a la *demanda* de energía y los efectos del cambio de clima sobre ella, también resulta difícil valorar las perspectivas para el futuro. Al hacer pronósticos sobre energía, se suele presuponer que la demanda per cápita aumentará un poco más en los países en desarrollo que en los industrializados; y que esto en realidad ocurra dependerá quizá más de factores económicos, como la presión excesiva sobre sus capacidades financieras y el precio futuro de los combustibles, que de los factores relacionados con el cambio de clima.

En cambio, en el mundo desarrollado el efecto del cambio de clima sobre la demanda de energía puede ser considerable. La mayor parte de los países industrializados están en latitudes templadas, y el mayor consumo de energía en estas regiones es para calefacción y enfriamiento de habitaciones. Un indicio de cómo podría afectar la demanda de calefacción una elevación de 2 a 4°C en las temperaturas medias de estas zonas, nos lo proporciona un suceso inverso ocurrido hace poco en el este de los Estados Unidos: en el invierno insólitamente frío de 1976-77, una baja de 1,8°C en la temperatura estacional media produjo un 22 por ciento más de requerimientos de calefacción que en años anteriores.

El cambio de clima también puede afectar la demanda de energía al crear necesidades adicionales de bombear agua para riego. Una vez más, tenemos un ejemplo reciente en los EUA en 1976-1977, cuando la temporada de lluvias en California fue mucho más seca de lo habitual. Los granjeros se vieron obligados a extraer agua del suelo para regar, y la energía adicional necesaria para la operación fue de casi 1.000 millones de kilovatios-hora tan sólo en California.

En resumen, un calentamiento mundial facilitará los requerimientos de calefacción de recintos en invierno en las latitudes templadas, pero aumentará las necesidades de enfriamiento, desplazando la demanda del uso directo de combustible al de la electricidad. Las pautas de uso de la energía cambiarán, pero no avanzarán uniformemente hacia los polos; habrá pronunciadas diferencias regionales en los cambios de temperatura y precipitación debidos a cambios conexos en la circulación atmosférica. Cuando nuestras "perspectivas" climáticas se hayan precisado un poco, podrán estimarse los efectos netos sobre la demanda de energía, ya que las relaciones entre el consumo de energía y los "días grado" estacionales ya están razonablemente bien determinadas. Sin embargo, habría que tomar en cuenta el paso hacia la conservación y el empleo de recursos energéticos renovables, especialmente el calor del Sol, así como las actitudes futuras concernientes a la energía nuclear.

La dirección que tome la futura política energética en cada país parece imposible de predecir. La elección entre el empleo de fuentes de energía renovables y la expansión de fuentes centralizadas de alta tecnología (sobre todo nuclear) se ha debatido acaloradamente durante varios años [véase el artículo de la pág. 26]. A la postre, en muchos países la decisión probablemente no se basará en los análisis de sistemas por expertos técnicos, sino será dictada por objetivos y limitaciones a más corto plazo y por las realidades económicas. En el debate, hasta hoy, el asunto del cambio de clima debido al consumo de combustible fósil sólo ha recibido atención pasajera, y ésta sólo de dientes para afuera, pero casi nunca se ha presentado como un argumento decisivo. Esto puede volverse más central cuando se perciba el cambio de clima

(si llega a percibirse) como una realidad inevitable y se comprendan mejor sus repercusiones.

Claro está que las estrategias o políticas que podamos adoptar ante el problema del dióxido de carbono dependen en gran medida de cómo lo percibamos y qué tan adecuados sean los procesos nacionales e internacionales de toma de decisiones para encararlo. Aun si se pudiera predecir el porvenir y hacer cálculos precisos de los futuros daños provocados por el dióxido de carbono, los esfuerzos por controlar mundialmente el consumo de combustible fósil y las emisiones de dióxido de carbono suscitarían una muy enconada oposición política. Dadas las grandes incertidumbres de nuestras predicciones científicas de los futuros cambios de temperatura y precipitación, todo acuerdo mundial concertado para limitar el consumo de combustibles fósiles parece impensable durante algún tiempo. Así, el foco de la acción a plazo corto y mediano deberán ser las estrategias para tener un cuadro más claro del futuro, y para mitigar o aplazar los efectos adversos de los próximos cambios de clima y aprovechar sus aspectos favorables. Habrá que procurar que esas estrategias sean eficaces en una vasta gama de eventualidades, ya que a menudo no es posible precisar todavía las zonas-problema. Más aún, debemos ser objetivos al determinar qué caminos serán aceptables y factibles.

Entonces, ¿qué debemos hacer? Tres tipos de estrategia parecen claramente sensatas:

- Estrategias que permiten elegir mejor: ejemplos son la organización de sistemas de vigilancia y advertencia ambientales, destinados a la pronta detección e identificación de cambios climáticos causados por el dióxido de carbono, la obtención de mejores informes sobre el clima y el conocimiento de su aplicación (especialmente para países en desarrollo).
- Estrategias que ayudan a retardar el aumento del dióxido de carbono: ejemplos son la conservación de la energía, la adopción de fuentes de energía renovables (combustible no fósil), mayor empleo de la energía nuclear y reforestación (que protege los suelos y absorbe el dióxido de carbono de la atmósfera, aunque probablemente no en el grado suficiente para contrarrestar su ritmo actual de producción).
- Estrategias que aumentan la resistencia ante el cambio de clima: ejemplos de tales medidas son la aplicación de tecnología agrícola, la protección de tierras labrantías, la mejor administración del agua y el mantenimiento de adecuadas reservas mundiales de alimentos.

No debe sorprendernos que estas medidas parezcan "sabiduría convencional"; son buenas ideas y ya se han adoptado en mayor o menor grado. Nos ayudarán a afrontar las inevitables veleidades a corto plazo del clima, y harán más dignos de confianza nuestros sistemas de alimentación y energía. Por tanto, en cualquier caso deberán adoptarse estas medidas; la cuestión del cambio de clima producido por el dióxido de carbono podrá servir de estímulo para aplicarlas más pronto.

Habrá de llegar el tiempo—si no en el próximo decenio, entonces con seguridad al terminar el siglo—en que será a la vez posible y necesario observar con más detenimiento las posibles medidas nacionales e internacionales para reducir el consumo de combustibles fósiles. La "primera etapa" del cambio de clima postulado en este artículo es un cambio de la temperatura media mundial de "sólo" 1°C, que podrá ocurrir aproximadamente en los próximos 20 o 30 años. Aun si hoy mismo adoptásemos programas concertados, esta escala de cambio ocurriría antes de 40 años.

Pero el ritmo de cambio a una "segunda etapa" de cambio de clima, con un cambio promedio de la temperatura mundial de 2° a 3°C (con un cambio de 4° a 6°C en las zonas templadas y aún mayores cambios en los polos), es algo que el mundo encontrará razones suficientes para diferir, al menos, lo más posible.

Desde luego que perspectivas de "crecimiento lento" o "nulo" del consumo de combustible fósil retardarían considerablemente la "segunda etapa" de esa tendencia al calentamiento por obra del dióxido de carbono. El tiempo que necesitan y de que disponen quienes dictan la política para considerar las repercusiones del cambio de clima en un programa político deliberado y resuelto se prolongaría entonces considerablemente.

Hoy parece que el posible cambio mundial del clima será muy perturbador para algunas sociedades, aunque generalmente no desastroso. Podrá desatar cambios en las pautas agrícolas, las balanzas comerciales y en el modo de vida habitual de muchos pueblos... Y, más adelante, a algunos siglos de hoy, incluso podría imponer el abandono de las tierras bajas, por una elevación del nivel del mar. Lo mejor que podríamos esperar es que los países del mundo se unieran para controlar y limitar el consumo de combustibles fósiles, evitando así, o al menos aplazando esa perturbación.

Sin embargo, parece que falta un motivo político para hacerlo, y no es probable que éste surja en el futuro previsible. Hay poderosos intereses transnacionales y locales que sin duda se opondrían a tales medidas, y no existe maquinaria internacional que pudiese tomar decisión tan drástica, mucho menos aplicarla.

Así pues, la alternativa consiste en prepararnos para el cambio de clima que nos aguarda. Esperemos que las medidas necesarias para hacerlo sean adoptadas en todos los niveles de la sociedad. La intención de este artículo es indicar algunas medidas que hoy resultan sensatas, aun si no nos aguardaran cambios a largo plazo. Además, la comunidad científica debe continuar sondeando los muchos factores en juego, factores relativos al sistema físico que determina el clima, y también los factores que gobiernan los efectos del cambio de clima sobre las actividades humanas. ◆

CRITICA

HISTORIA

Los Cincuentas

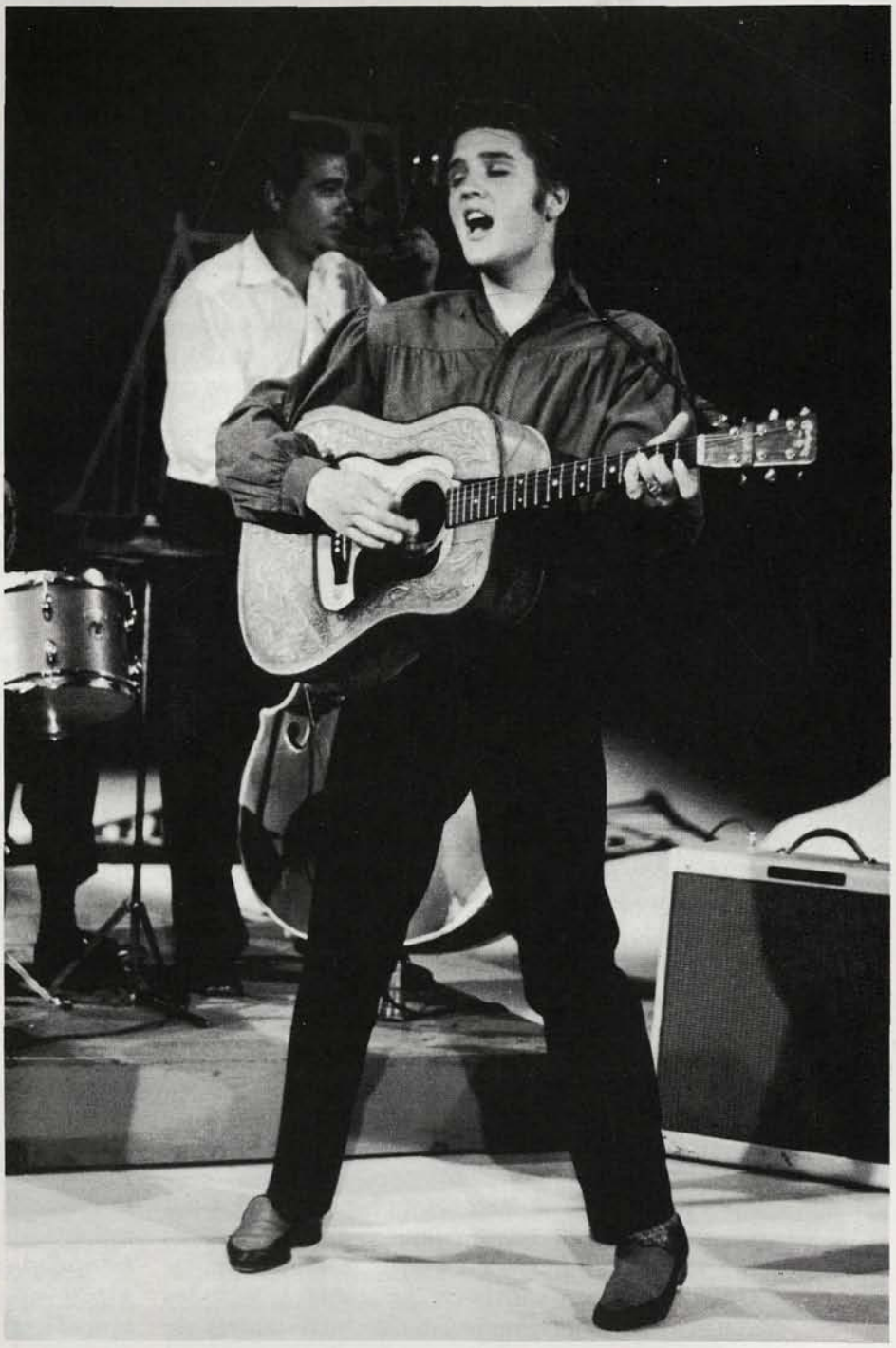
Jeffrey Hart, *When the Going was Good!* Crown Publishers. 320 págs.

Por Ronald Berman
Tomado de COMMENTARY

Jeffrey Hart no es el primero en revaluar el decenio de los cincuentas, al que considera mucho más que un interludio entre la Segunda Guerra Mundial y la Gran Sociedad. La obra de Theodore H. White *In Search of History* (En busca de la historia)—combinación, como este libro, de ensayo y biografía—afirmaba que los cincuentas crearon la moderna clase media. Antes, los Estados Unidos estaban estratificados de manera casi europea, con la mayoría de la gente en la base de la pirámide. Después, todos hicieron mucho más dinero, aumentó enormemente la asistencia a la universidad y el consumo de bienes y servicios. Para White, los grandes acontecimientos fueron el cambio económico y social, y el epifenómeno fue la televisión.

Ronald Berman, ex presidente del Fondo Nacional para las Humanidades, enseña literatura en la Universidad de California, San Diego.

Reproducido de *Commentary*, noviembre de 1982, con autorización; reservados todos los derechos.



Elvis Presley, ídolo cancionero de los cincuentas

Cortesía de CBS

El libro de Jeffrey Hart tiene algo importante que añadir: los cincuentas tuvieron una cultura que trascendió. Su primer tema es que los cincuentas tuvieron una cultura más viva e interesante que, por ejemplo, los treintas. Esta no es exactamente una afirmación gratuita, pues Hart se esfuerza por demostrar que la cultura de clase media de las masas fue más rica, más vital y más divertida que el moralismo político al que remplazó. El segundo tema es que los cincuentas fueron una época de transformación, que su política y su cultura nos llevaron a través de los pasmosos cambios de los años de guerra, de manera no sólo ordenada, sino profundamente interesante.

Como White, también Hart fue ayudado por su adhesión a la época: maduró intelectualmente durante los cincuentas, absorbió sus libros, su música y su televisión, y recabó sus opiniones. En el decenio siguiente, se encontró en dos puntos estratégicos distintos: el departamento de literatura inglesa en la Universidad Columbia, y el cuartel general de la campaña republicana, como escritor de discursos para Ronald Reagan y Richard Nixon. Hoy es profesor de la Escuela Superior Darmouth y uno de los directores de *National Review*.

When the Going was Good! (Cuando todo iba bien) enumera una cantidad enorme de lo que se escribió, se interpretó o se observó en los cincuentas. Es un hallazgo tan sólo como catálogo de obras musicales, novelas, películas y televisión. Nos recuerda la apretada textura de la vida cultural en aquel decenio. Nos hace rememorar que T. S. Eliot y Ernest Hemingway y William Faulkner y Lionel Trilling y F. R. Leavis dirigían sus respectivas secciones de la orquesta.

Hart arguye, asimismo, que algo empezó a ocurrir durante los cincuentas: el liberalismo comenzó a debilitarse. En ese período, la Izquierda tuvo menos que decir a la nueva mayoría creada por la guerra. En adelante, estaría a la defensiva. Esto no sólo surge en el análisis político del libro de Hart sino, acaso más útilmente, en su crónica de la literatura y la crítica. Después de todo, en los cincuentas la gente escuchaba todavía a los críticos literarios. Así, afloran muchas cosas de la consideración que hace Hart de uno de los grandes libros de aquella década o de cualquier otra: *The Liberal Imagination* (La imaginación liberal), de Trilling. En realidad, este libro es medular para la creencia de Hart en que el liberalismo declinó en un decenio que se vio atraído por ideas más nuevas (y a veces, más viejas). Para empezar, Hart está intensamente interesado en lo que describe como el dilema de Lionel Trilling o, en realidad, de cualquier intelectual "progresista": el hecho de que sus ideas sociales se enfrentaron a textos adversos. Como muchos de ellos eran maestros, tenían una dificultad considerable para tratar a los evidentemente retrógrados Yeats, Pound y Faulkner. El liberalismo era todo razón y optimismo, cualidades que no se encuentran ni en la comedia ni en la tragedia. Pero, tal como plantea Hart la cuestión:

> Era en la literatura donde se podía encontrar el necesario sentido de complejidad, una expresión de toda la gama de posibilidades y limitaciones humanas, y un sentido de estilo, energía intelectual y refinamiento del pensar y del darse cuenta; en suma, todo lo que Trilling echó de menos en el liberalismo de 1950. Mas la literatura que invocó no fue la de los autores liberales del montón. Buscó en James, Proust, Wordsworth, el Mark Twain de *Huckleberry Finn*, Tácito y Freud. Estas eran las fuentes del poder; eran las mentes y las verdades que resucitarían el liberalismo, si algo podía hacerlo.

Sin embargo, Hart no piensa que el liberalismo hubiera podido salvarse, o que Trilling se hubiera podido sustraer del dilema.

Una de las cosas más útiles del libro es la atención que Hart presta a los hombres: hay muy buenos bosquejos crítico-biográficos de Reinhold Niebuhr, Paul Tillich, Richard Nixon y Jack Kerouac. Y, luego, la atención que presta a las mujeres. No sólo a Marilyn Monroe, Grace Kelly y Brigitte Bardot, sino a las mujeres de la naciente clase nueva:

> La base verdadera de los cambios raciales y sexuales que habitualmente se relacionan con los sesentas parecen haberse preparado durante los años de guerra en los cuarentas. La Segunda Guerra Mundial tuvo una repercusión enorme sobre el escenario nacional de los Estados Unidos, introduciendo cambios sociales y morales en mayor grado que ningún otro acontecimiento desde la Guerra Civil. Cientos de miles de mujeres fueron a trabajar en las fábricas de la defensa o se alistaron en las ramas femeninas de los servicios armados. Por primera vez desde los veintes, presenciamos una difundida y agresiva afirmación de la sexualidad femenina, afirmación, en realidad, mucho más generalizada que la de los veintes.

Los cincuentas acaso fueren estables, pero no pasivos. Como en la época victoriana, hubo profundas corrientes subterráneas y la sexualidad estuvo simbólicamente presente en nuevas formas:

Algunas de esas corrientes subterráneas eran políticas. Antes de 1950 había verdaderos límites entre razas, sexos y clases. Después de 1960, algo había sucedido, obviamente, con tales límites. Hart no ve ningún efecto particular de la Gran Sociedad. Piensa que fue la transformación de los cincuentas lo que allanó el camino a las diversas formas de la nueva igualdad. Observa que el cuartel general de la campaña de Nixon en 1968 estaba lleno de jóvenes judíos y católicos ambiciosos, cuyos padres seguramente habían votado por Roosevelt. Estaban allí por la acumulación de cambios.En suma, los sesentas fueron un decenio con algo de revolución pero con mucha contingencia.

Hay ciertas dificultades en este libro, que está dividido en apartados, intercapítulos, biografías, reminiscencias. Algunos de sus materiales fueron publicados antes por separado, y no logró consolidarlos

bien. Algunos juicios del autor son erróneos o disienten de los míos; no me gustan *The Catcher in the Rye* (El cazador oculto) ni *The Old Man and the Sea* (El viejo y el mar), y creo que Hart los sobrevalora (pero tal vez no considera él su valor, sino su influencia). Pero, hasta ahora, nadie ha pasado revista mejor a los cincuentas. Este es un libro que contiene información e ideas que serán nuevas para la mayoría de los lectores, y también es verídico, al menos a los ojos de un miembro de la clase de 1952. ◆

ARTE

El Gran Realista Norteamericano

Lloyd Goodrich, *Thomas Eakins*. Harvard University Press. 693 págs.

Por John Canaday
Tomado de THE NEW REPUBLIC

El nuevo libro de Lloyd Goodrich, *Thomas Eakins*, es ya una obra clásica, una combinación de biografía e historia crítica del pintor más grande de los EUA. Goodrich sólo llama a Eakins el más grande realista de los EUA, pero no hay romántico, ni entre los paisajistas del río Hudson, que llegue al nivel que Eakins alcanzó en su género. En cuanto a sus recientes competidores del siglo XX, Eakins, como todo pintor respetable, desde Apelles hasta Picasso, dio por sentado que ciertos elementos de abstracción son básicos para la organización de una pintura, pero que estos valores, aunque fundamentales, sólo son la mitad de lo que siempre ha constituido el gran arte.

Eakins fue un pintor de amplio alcance dentro de las aparentes limitaciones de una estricta veracidad al mundo visual. En cuadros explícitamente detallados de personas al aire libre—pescando, remando, navegando a la vela—nos hace respirar aire puro y sentir la brisa y el Sol sin recurrir a las innovaciones que los impresionistas inventaron para lograr lo mismo. En sus interiores va desde la luz cruda y la atmósfera sofocante de las arenas, impregnadas del sudor atlético de sus pugilistas y luchadores y del aire viciado por los espectadores, hasta las pequeñas y sombreadas habitaciones donde unos amigos tocan música y se transportan más allá del lugar y el tiempo. Estos son cuadros maravillosos, pero en sus retratos es donde Eakins se iguala triunfal a la más selecta compañía de los grandes maestros, antiguos y modernos.

El nuevo libro de Goodrich sustituye al anterior *Thomas Eakins: His Life and Work* (Thomas Eakins: su vida y obra) y da el tiro de gracia a todos los aspirantes a escribir la obra definitiva. En su investigación original, a comienzos de los treintas, recabó datos concretos y reminiscencias personales de la viuda de Eakins y muchos colegas, modelos y alumnos de éste en los últimos momentos en que pudo disponerse de tan vitales fuentes.

Ulteriores investigaciones de Goodrich y otros conocedores de la pintura norteamericana no han dejado lagunas perceptibles en el registro cronológico de la vida de Eakins, y Goodrich lo complementa con un examen del arte de Eakins en un relato bellamente organizado, siempre interesante y sin romanticismo. Añádase a esto la soberbia presentación de los dos volúmenes de la Harvard University Press para la Galería Nacional de Arte, y se apreciará una realización de la que pueden estar orgullosos todos los que intervinieron en ella. Por último, con la exposición de Eakins que se inauguró en el Museo Filadelfia de Arte y después pasó al Museo de Bellas Artes de Boston, 1982 pareció el año en que la plena estatura de Eakins por fin fue reconocida al más alto nivel de competencia con sus colegas europeos.

Puesto que el libro es una biografía de primera línea, *Thomas Eakins* contiene pasajes tan valiosos en su evocación de épocas y lugares como en su constancia de la vida y obra de una persona. En 1886, cuando tenía 22 años, Eakins fue a París a estudiar en la École des Beaux-Arts, donde su maestro fue el archiacadémico Jean-Léon Gerôme. Después de tres años aún estaba fresco el recuerdo del escándalo de "Le Déjeneur sur l'Herbe", de Manet, sólo superado por la indignación aún mayor provocada por su "Olympia", el año anterior a la llegada de Eakins. Los innovadores pintores jóvenes que después serían llamados impresionistas (Renoir era tres años mayor que Eakins; Monet, cuatro) empezaban a sentir el acoso del grupo oficialmente reconocido. Sin embargo, las cartas que Eakins envió durante sus tres años en Europa, con recurrentes estudios en París, no muestran que estuviera consciente de que se gestaba una rebelión. Presentan, en cambio, la imagen de un estudiante talentoso, sincero, agudo y con aspiraciones, que ni impugnaba la autoridad de la academia ni la excelencia de la enseñanza de Gérôme ni sabía de nadie que así lo hiciera.

Eakins permaneció curiosamente impermeable al modernismo durante toda su vida; se diría que ni se percató de él. Antes de su muerte, ocurrida en 1916, la pintura norteamericana había empezado tardíamente a alcanzar a cada movimiento europeo, desde el impresionismo hasta el cubismo, pero Eakins, en palabras de Goodrich, siguió siendo "un tradicionalista no académico" que "nunca fue un innovador del lenguaje artístico". La íntima identificación con su tema, que hace de Goodrich el autor perfecto para la biografía de Eakins, se evidencia en su última frase, cuando aquél, ex director del Museo Whitney de Arte Norteamericano, casi se permite lanzar un manifiesto de su doctrina como historiador. Citando a Winslow Homer y a Albert Ryder junto con Eakins, escribe: "El arte norteamericano más perdurable no siempre ha estado de acuerdo con las cambiantes tendencias de su tiempo;

En los números 53 y 54 de Facetas *aparecieron artículos de John Canaday, ex crítico de arte de* The New York Times.

© 1982, The New Republic, Inc.

"Autorretrato" de Thomas Eakins, 1902

Cortesía de The National Academy of Design

con más frecuencia, ha brotado de los manantiales más profundos del carácter individual y nacional".

Las primeras luchas de los impresionistas y el tan comentado martirio de Vincent van Gogh han popularizado la idea de que todos los grandes pintores del siglo XIX fueron santos involuntarios, desdeñados o perseguidos por malignos pigmeos como el propio Gérôme, estereotipo que han adoptado los biógrafos de Eakins. Cierto es que Eakins tuvo dificultades, comenzando con el rechazo de su obra más ambiciosa, la escena de quirófano—agudamente realista—titulada "La Clínica Gross", por la exposición de arte organizada para el Centenario de Filadelfia; y la humillante propuesta, tras mucho discutir, de incluirla en la exposición de objetos médicos del Centenario. Este incidente nunca se deja de comparar con el rechazo de los jóvenes impresionistas en los salones oficiales de París.

Pero, en gran parte, Eakins se buscó sus ulteriores amarguras y frustraciones. Los impresionistas estaban unidos para defenderse y acompañarse en una ciudad donde apartarse un poco de las normas sociales no sólo se toleraba, sino aun se esperaba, según la tradición de la bohemia artística. Pero Eakins, solo en Filadelfia, persistió tercamente en violar el conservador código social de la ciudad, hasta que ahuyentó hasta al más paciente de sus poderosos mecenas. Sus dificultades profesionales culminaron al ser despedido de su puesto de director de la escuela de arte de la Academia de Pennsylvania, en 1886, cuando tenía 42 años.

Fácil sería componer una biografía de Eakins como una personalidad repelente en la edad mediana y en la vejez, basándose en relatos comprobados acerca de su suciedad, su letargo intelectual y su falta de curiosidad ante todo lo que no estuviese directamente relacionado con su pintura y sus clases. También hizo insinuaciones ofensivas a ciertas damas que posaban para retratos que le habían sido encargados, manifestó placer en que lo fotografiaran llevando en brazos por todo el estudio modelos desnudas para después mostrar las fotos a los miembros de la sociedad de Filadelfia que más probablemente se escandalizarían. Nada de esto oculta ni defiende Goodrich, salvo para expresar sus convicción de que el tardío matrimonio de Eakins (a los 40 años), del que no tuvo hijos, no se mantuvo gracias a la paciencia de su esposa y a que ésta sacrificó su carrera por la de él, como se ha afirmado, sino por un profundo afecto mutuo.

Eakins murió pocas semanas antes de cumplir 72 años, y 30 años después de su despido de la Academia Pennsylvania. Por muy burdos que se hubiesen vuelto algunos rasgos de su personalidad, no fueron más contradictorios que las disonancias surgidas entre la personalidad y el arte de muchos grandes artistas, incluso de Cézanne, el más grande de los contemporáneos de Eakins, aquel hombre lerdo, temeroso, torpe, incompetente para la vida social, cuya "debilidad en la vida", como él dijo, parece irreconciliable con su genio. Al llegar al clímax el tardío reconocimiento de Eakins, probablemente nos aguarda un análisis siquiátrico *post-mortem* del pintor más grande de los EUA, en un intento de explicar cómo la sutileza, la penetración y la compasión de sus mejores retratos, bajo el disfraz de un rea-

lismo implacable, pudieron coexistir con la transformación de un joven vibrante en algo parecido a un palurdo.

Cuando el siquiatra ponga manos a la obra, deberá colocar frente a él, a un lado de su máquina de escribir, el trágico autorretrato de Eakins de 1902 (cuando tenía 58 años) o el aún más conmovedor retrato de perfil que por las mismas fechas le hizo un fotógrafo desconocido y que hoy se encuentra en la colección Seymour Adelman, y del otro lado, el libro de Lloyd Goodrich como obra de referencia y guía disciplinaria para sondear ese espíritu atormentado. ◆

ECONOMIA

Política y Desarrollo

Peter Bauer, *Equality, the Third World and Economic Delusion.* Harvard University Press. 293 págs.
William Loehr y John Powelson, *The Economics of Development and Distribution.* Harcourt Brace Jovanovich. 436 págs.

Por Grace Goodell
Tomado de CHRONICLES OF CULTURE

Peter Bauer, durante décadas un conservador solitario en el campo del desarrollo económico, cuenta al fin con la compañía de dos estudiosos que, como él, condenan al gobierno centralizado y adoptan el mercado libre como la vía más eficaz hacia el desarrollo económico. Estos dos volúmenes se complementan entre sí. . . y también se impugnan. Su escisión ocurre cuando analizan si el desarrollo es ante todo asunto económico o si requiere determinados fundamentos políticos.

Grace Goodell es un erudito huésped del Instituto Harvard para el Desarrollo Internacional.

© 1982 por The Rockford Institute. Reservados todos los derechos.

Los ensayos de Bauer constituyen una crítica de los soportes ideológicos y sicológicos de la ayuda exterior: su historia reciente, la hipocresía y el oportunismo de sus diversos proponentes y el daño (no los beneficios) que inflige al Tercer Mundo. Con ardor digno de Savonarola, Bauer culpa de la pobreza del Tercer Mundo a los gobiernos y pueblos de esos países. Sus héroes son los chinos de Hong Kong quienes, en su "afán tenaz de hacer dinero", han progresado rápidamente a pesar del crecimiento demográfico excepcional de la colonia y su falta de recursos naturales, soberanía política, logros educacionales notorios, planificación gubernamental o estímulos especiales para la inversión.

Si este embate deja aturdido al lego, éste no encontrará una síntesis más amplia, equilibrada y humana de lo que sabemos y no sabemos sobre desarrollo económico capitalista, que el conciso examen de Loehr y Powelson. Como el de Bauer, es probable que este libro indisponga a los economistas por su alcance único—a través de siglos de historia humana en Oriente y Occidente, en diversas disciplinas de ciencias sociales así como en la economía occidental contemporánea—y por su adhesión a la libertad, a la ley, a la prueba objetiva de si las políticas de desarrollo funcionan en realidad.

Aun cuando está escrito como texto de economía, el compendio de Loehr y Powelson introduce al lector a la mayoría de las principales consideraciones de la teoría del desarrollo y cuestiona muchas de éstas. Demuestra que muchas políticas de gran aceptación, basadas en la manipulación gubernamental, en realidad no tienen efecto sobre la pobreza o, lo que es peor, exacerban la brecha entre ricos y pobres. Tras detenido análisis, encuentran que las medidas pro empleo total pocas veces mejoran la distribución del ingreso; que los gobiernos del Tercer Mundo, y no las empresas, son los culpables pues instituyen tecnologías que requieren mucho capital aun cuando la mano de obra local sea barata; que la reforma agraria no beneficia a los campesinos pobres; que los esfuerzos para mejorar la educación agravan las disparidades en la riqueza, subsidiando a estudiantes universitarios de clase media, mientras que se descuida a las escuelas primarias de aldeas y de barrios bajos; que la condonación de las deudas internacionales beneficiaría a los países más ricos del Tercer Mundo y no a los más pobres, puesto que estos últimos no son los principales deudores. Contrariamente al dogma establecido, Loehr y Powelson comprueban la eficiencia y ductilidad del mercado privado en la agricultura del Tercer Mundo.

Ambas obras tratan aspectos macroeconómicos de la política de desarrollo, la demografía de la "explosión demográfica" y los atributos "personales" que, aunque rebasan el ámbito de los economistas, determinan en alto grado la prosperidad económica. En ambas se denuncian muchas de las suposiciones, criterios y métodos de investigación de la economía del desarrollo. De distintas maneras, ambos estudios sondean la dinámica del poder que sostiene los debates contemporáneos sobre la distribución de la riqueza entre las naciones y las clases *dentro* de cada país del Tercer Mundo. Como tales, parecen haber echado los cimientos para una teoría conservadora del desarrollo económico. Pero más allá de la convergencia sustancial de Bauer, Loehr y Powelson, aparece la tensión filosófica de sus diferencias. ¿Cuál es el problema central del "desarrollo económico" y en qué dirección buscamos su solución? ¿Cuál es la función de la política en este campo y, en esencia, cuál es la importancia de la "distribución" o la "igualdad" que mencionan estas obras?

Para Bauer, es una pregunta doble: ¿por qué algunas personas tienen más recursos que otras? y ¿puede la "ayuda" redistribuir la riqueza entre ellas? Su respuesta se centra en las consecuencias contraproducentes de robar a los ricos para dar a los pobres y en la promesa de que la frugalidad y el espí-

ritu emprendedor permitirán a los pobres enriquecerse por su cuenta. Con libertad e incentivos, los individuos de estas características prosperarán, de modo que un gobierno firme pero moderado, como el de Hong Kong, debe asegurar un ambiente que fomente el espíritu de empresa.

Para Loehr y Powelson, la pregunta central no radica en el flujo de oportunidades en un espectro de prosperidad relativa, sino en un absoluto: la "abrumadora" carga de la pobreza. Así pues, mientras que Bauer destaca la movilidad de clases, Loehr y Powelson intentan entender la pobreza rigurosa de manera subjetiva y objetiva (búsqueda que emprenden con compasión). Al igual que Bauer, analizan los atributos personales que conducen al desarrollo. Pero, en cambio, buscan las causas de la pobreza en instituciones de la sociedad y no en las capacidades de los individuos. En forma insólita entre los economistas, ellos perciben la importancia de las estructuras que median entre los individuos y las instituciones del estado. Para ellos, la empresa individual sólo podrá ser liberada cuando las personas hayan obtenido las clásicas protecciones liberales contra la "propensión al poder" de todos los gobiernos. En este aspecto, consideran que el desarrollo depende de factores ajenos a la conducta personal del individuo.

Como resultado de esta diferencia de opiniones sobre la organización social, estas obras muestran un desacuerdo más radical sobre la índole y función de la política en el proceso de desarrollo. Debido a que la sociedad descrita por Bauer sólo (o sobre todo) comprende individuos y estado, y ya que él (como los demás) afirma el potencial latente de los primeros, el desarrollo depende pues de gobernantes prudentes y bien intencionados. Por tanto, se siente indignado por la cínica manipulación que las élites del Tercer Mundo hacen de la culpabilidad occidental y de la pobreza de sus compatriotas, para su propio enriquecimiento. En cualquier caso, Bauer juzga la "politización" como un cáncer mortal causado por la ayuda exterior, plaga principal del progreso económico, que desvía los recursos y la atención de los dirigentes y de los pobres, apartándola de la "actividad económica productiva".

Por otra parte, para Loehr y Powelson, la política y su propaganda son realidades de la vida, con ayuda exterior o sin ella. De hecho, porque esto es verdad, un requisito previo para el desarrollo económico es contar con una influencia efectiva contra el poder. Igual que Bauer, hacen caso omiso de las exigencias retóricas del debate Norte-Sur; sin embargo, lo que critican no es la torpeza de esas exigencias, sino su inutilidad. Ellos harían que el Tercer Mundo aprovechara su impulso hacia el poder político, enterándose de los principios de negociación que han servido a los pobres en Occidente, empezando con una evaluación más real de cuánta influencia tienen (*reconocida* su dependencia) y un entendimiento más preciso de cuán selectiva y gradualmente se consiguen las reformas.

Por lo que toca a la política *dentro* de las naciones en desarrollo, lejos de idealizar el paternalismo colonial del gobierno de la Corona en Hong Kong, Loehr y Powelson alaban la lucha encarnizada de los pueblos europeos por el "liberalismo"—ausencia de restricciones—durante su historia. En el curso de su siempre persistente "politización", los europeos forjaron instituciones que fomentan la empresa individual sin depender de la buena voluntad del gobierno, instituciones proyectadas con el tiempo para protegerse contra el gobierno (que muchas veces es más una amenaza que una ayuda para la empresa). Los autores aseveran que la descentralización política es condición indispensable para lograr el desarrollo.

Los modelos de sociedad que los economistas del mercado libre nos ofrecen, funcionan con más precisión intelectual cuando se dejan en un vacío político. Loehr y Powelson son casi únicos economistas que toman en serio la *realpolitik*. Por eso ellos y Bauer, economistas de la misma inclinación conservadora, terminan en posiciones tan distantes. Según Loehr y Powelson, el "liberalismo comercial" que propició el brillante desarrollo de Europa "sólo pudo ser posible porque aumentó el equilibrio en la influencia [política] y ciertas coaliciones pudieron negociar para obtener beneficios mutuos y destruir los monopolios de otras". Bauer llega a la conclusión opuesta: "Es muy engañoso pensar que la exclusión de la actividad política siempre inhibe las perspectivas económicas de una persona o grupo".

La discusión desemboca por último en el meollo del enfoque de estos autores sobre el desarrollo, que es la igualdad económica. Para Bauer, la igualdad es *el* engaño del desarrollo; de hecho, su fomento suele crear pobreza. Para Loehr y Powelson, "el bienestar material sostenido. . . sólo puede presentarse con distribuciones que tiendan a la igualdad", porque "el grado de eficiencia de una sociedad depende del grado de equilibrio en materia de influencia".

"¿Cómo reconciliar estas opiniones? Un aspecto de su diferencia dimana del lugar que cada obra asigna a los agrupamientos políticos y económicos y a la vida política. Si los *individuos* trabajan en un sistema que no ofrece oportunidad para la política, entonces todos parten del mismo punto y disponen de los mismos medios para progresar. Pero si hay instituciones y grupos que rivalizan entre sí políticamente, los individuos pueden tener oportunidades muy *desiguales* y el sistema podría polarizarse.

El segundo motivo de divergencia consiste en que ellos combaten la misma ideología izquierdista desde direcciones contrastantes. Bauer repudia la nivelación de los ricos para lograr la igualdad, considerándolo innecesario y tal vez contraproducente; por tanto, el desarrollo con igualdad es imposible. Loehr y Powelson intentan refutar la acusación de que el desarrollo capitalista siempre empobrece a los más pobres en beneficio

de los ricos. Esto no debe (y no tiene por qué) ocurrir, afirman, porque perpetuaría la pobreza y extinguiría el pluralismo político, piedra angular de la productividad (para ellos, la igualdad es imperativo).

Los conservadores declaran que el dinamismo de Bauer abunda en el Tercer Mundo. Pero los conservadores también luchan contra la centralización política y defienden la amplia clase media occidental, precisamente porque reconocen los efectos debilitantes de una brecha demasiado grande entre los niveles económicos y políticos de cualquier sociedad, por fuertes que sean sus instituciones. En muchas sociedades del Tercer Mundo, esta brecha es grande y la escala que la subtiende es estrecha y precaria. Pocas de esas sociedades tienen una tradición o instituciones que fomenten una política participativa que pase a través de la jerarquía socioeconómica, fundamento político que fue complemento decisivo del desarrollo capitalista en Occidente y el Japón. ¿Podemos tener la seguridad de que en ese contexto el mero capitalismo—confiado a un puñado de familias poderosas en un mercado libre apolítico—establecerá con el tiempo un equilibrio que salvaguarde la productividad sostenida y, en realidad, la estructura misma de la sociedad? ◆

LITERATURA

Después del Diluvio

Bernard Malamud, *God's Grace*. Farrar, Straus & Giroux. 223 págs.

Por Nereo E. Condini
Tomado de NATIONAL REVIEW

Muchos de nosotros siempre barruntamos que Bernard Malamud tenía mucho que ofrecer como escritor. ¿Recuerdan que al leer *The Magic Barrel* (El tonel mágico) o *The Natural* (Lo natural) nos maravillaron las intrincadas reacciones generadas por la prosa engañosamente sencilla de Malamud? ¿Recuerdan haber sentido en nuestro fuero interno destellos íntimos de la grandeza de Malamud, aunque en público hablábamos del intelecto más agudo de Bellow y de la humanidad más conmovedora de Singer? ¿Recuerdan la desilusión subsecuente cuando, en varias obras, sobre todo en *Dubin's Lives* (Vidas de Dubin), pareció que Malamud había perdido su magia, su sentido del humor? Con la publicación de *God's Grace* (Gracia de Dios) terminaron los años de sequía. Malamud puede volver por sus fueros a una fama merecida.

Esta novela suya, tan evocadora, trata de la re-creación del mundo, relatada a través de la voz de Dios, del hombre y del animal. Después que una guerra termonuclear destruye al hombre—y al mundo como lo conocemos—un Dios exasperado envía un segundo Diluvio. Sin embargo, el paleólogo Calvin Cohn consigue sobrevivir en su barco oceanográfico junto con Gottlob, un chimpancé amaestrado que, merced a una laringe artificial, puede hablar (en inglés, aunque con marcado acento alemán). Feliz con ese único compañero, Cohn lo rebautiza Buz.

Ambos navegan aguas arriba hasta que naufragan en una isla que resulta estar habitada por otros chimpancés, mandriles, algunos simios y un gorila melancólico. La pasión de Cohn por sobrevivir y por preservar los fundamentos de la civilización lo induce a intentar lo aparentemente imposible. Organiza una fuerza de trabajo compuesta por chimpancés; les enseña ética y conceptos abstractos; llega incluso a procrear una niña humanoide-chimpancé. Conforme florece su comunidad de chimpancés, él acaricia el sueño de una nueva raza mejor que la humana.

Pero, ¿puede el hombre medir al animal según lo humano o ser medido según lo animal? En la comunidad empiezan a surgir dudas. Esaú, un chimpancé, reacciona adversamente ante el "ventajoso empleo" con que Cohn se aprovecha de él y protesta ante sus compañeros trabajadores: "¿Por qué arruinar nuestra naturaleza para dar gusto a quien no es chimpancé? ¿Quién es él, por ejemplo?"

El propio Cohn pasa de la exaltación a la depresión y se preocupa porque Dios "que lo dejó escapar de un aprieto lo volvería a poner en aprietos en un santiamén". En cambio, Mary Madelyn, madre de la niña-chimpancé de Cohn, sigue beatíficamente enamorada, pues se modeló conforme a Julieta, siendo su Romeo el ya casi calvo Cohn.

Buz es un chimpancé atractivo, pese a que comparte el problema de identidad. Como compañero de Cohn, responde al afecto pero no es capaz de captar consecuencias morales complejas.

Lo cierto es que sus antecedentes como chimpancé experimental lo han afectado, pues ya no ve al mundo con ojos prístinos. Constantemente interroga a Cohn y lo insta a definir el mundo conocible y el incognoscible. También pregunta sobre la naturaleza del hombre:

> Cohn le dijo que ser humano consistía en ser sensible y proteger a la vida y la civilización. Buz repuso que él prefería ser chimpancé.

Cerca del desgarrador desenlace de la novela, Buz hace una sola declaración, definitiva y profética, en lenguaje humano: "Yo no soy Buz, me llamo Gottlob". Y Gottlob, en alemán, significa "alabar a Dios". "Alabar a Dios", sí, pues el lector se queda con un sentimiento elemental de temor reverente.

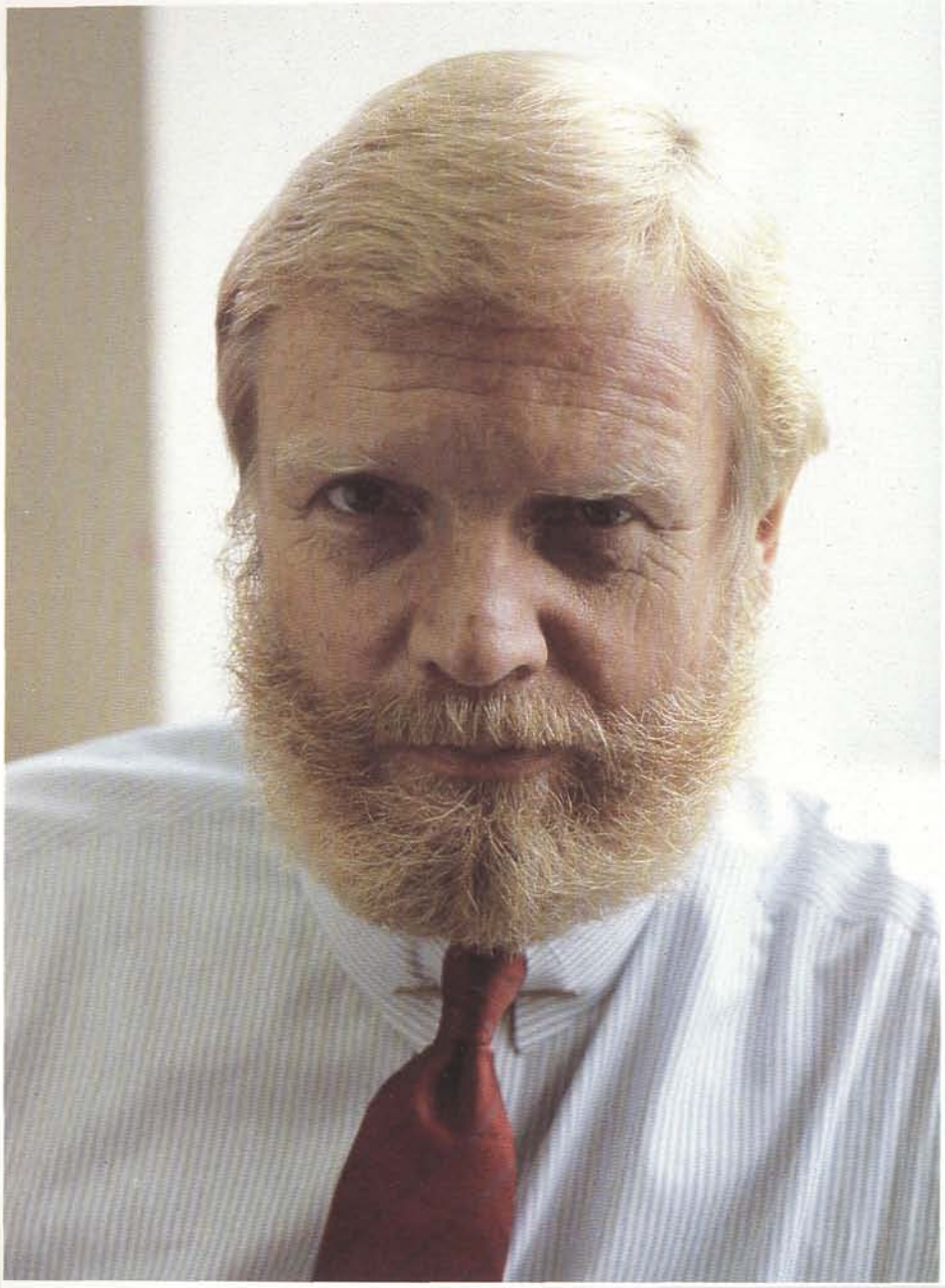
En resumen, *God's Grace* es una parodia de la condición humana. Sin embargo, los que quieran situar esta obra en el marco de la filosofía se estarán engañando. Malamud es un novelista, un artista de la palabra. Su intención no es edificar un sistema de ética sino crear una obra de arte. Y creo que lo logró. *God's Grace* alienta en el lector un sentimiento de gozo. ◆

Nereo E. Condini, escritor y crítico independiente, hizo la crónica de una colección de poemas de James Dickey en el número 53 de Facetas.

© 1983 por National Review, Inc., 150 East 35th St., New York, N.Y. 10016. $26 al año.

Bernard Malamud

© Nancy Rica Schiff



John Naisbitt

© Linda Bartlett

SOCIEDAD

Tendencias del Futuro

John Naisbitt, *Megatrends: Ten New Directions Transforming Our Lives.* Warner Books. 290 páginas.

Por Andrew Hacker
Tomado de FORTUNE

Andrew Hacker imparte ciencias políticas en la Escuela Superior Queens en la ciudad de Nueva York. Es autor de U.S.: A Statistical Portrait of the American People, *publicado en 1983.*

© 1982 Time Inc. Reservados todos los derechos.

He aquí, según John Naisbitt, algunos vislumbres de la vida comercial para las décadas futuras:

- "Usted le dirá a su jefe qué hacer; él no se lo dirá a usted".
- "Para alcanzar un éxito real, tendrá que ser trilingüe, incluido el inglés y el de computadora".
- "Las compañías de electrónica, computación e información sustituirán a las General Motors y U.S. Steel de la actualidad".
- "En los EUA, los trabajadores huéspedes serán autómatas".
- "Cuando los sistemas escolares lleguen a fallar, las empresas se convertirán en las universidades del futuro".

Se nos previene que estos pronósticos no deberán descartarse como "juegos de adivinanzas futuristas". Por el contrario, las semillas del futuro aquí descritas ya fueron sembradas. La cuestión es discernir en los hechos de hoy los rasgos del mañana. En un libro dedicado sobre todo a ejecutivos, Naisbitt nos comunica que encontró un método para hacer esto. Los hallazgos contenidos en *Megatrends: Ten New Directions Transforming Our Lives* (Megatendencias: diez nuevas direcciones que transforman nuestras vidas) "se basan en un análisis de más de dos millones de artículos locales sobre acontecimientos locales". Un servicio encabezado por Naisbitt recibe 6.000 periódicos al mes, casi todos de ciudades pequeñas, porque allí "se inician las nuevas tendencias e ideas". Cada historia recibe una clave por tema y se conecta a un índice de "cambios dinámicos que se registran en este país". Por ejemplo, entre 1975 y 1981, el índice de educación descendió de 109 a 45, mientras que el de derecho y justicia se elevó de 126 a 141. Naisbitt, que vende esta información a suscriptores empresariales, considera que ahora tiene suficientes datos sobre tendencias básicas para describir el tipo de vida que tendremos en el año 2000.

Su primer tema, y el más penetrante, es que los Estados Unidos llegaron al final de su era industrial; ya no dominarán en la producción de objetos físicos: automóviles y artefactos, pianos y ropa. El argumento de Naisbitt no es tanto que otros países lo hagan mejor, sino que los estadounidenses son capaces de realizar actividades más complejas. Su talento y recursos los predisponen para crear una "sociedad de la información", en la cual la mayoría de las personas acabarán participando en "la creación, procesamiento y distribución de la información". Naisbitt pronostica un mercado mundial para este producto, suficiente para asegurar la prosperidad en el país y quizá la primacía en el extranjero.

Como se observará, la sociedad de la información es esencialmente

lo que otros han llamado la sociedad postindustrial. Naisbitt reconoce una deuda con Daniel Bell, sociólogo de Harvard que acuñó ese término y explicó su carácter, pero, en *Megatrends,* insiste en que la visión de Bell fue malinterpretada. Casi todos piensan que la sociedad postindustrial está orientada a los servicios. Este concepto es demasiado amplio y general, opina Naisbitt; él quiere que nos concentremos en el hecho de que la mayoría de los "trabajadores de servicios" trabajan en realidad con información. El propio Bell ha destacado la función decisiva del conocimiento en la sociedad postindustrial, de modo que no está muy claro lo que Naisbitt agrega al cambiar de nombre a las cosas (en especial cuando su definición de "información" es tan vacilante). Afirma que "más del 60 por ciento de nosotros trabajamos con información", pero nunca se ocupa de explicar lo que esto significa. ¿Quién *no* trabaja con algún tipo de información?

Otro tema importante de *Megatrend* se refiere a la nueva informalidad que, se dice, está fluyendo en las relaciones humanas. El autor aduce que estamos pasando de las jerarquías de organización a las redes ad hoc, de la dependencia de servicios de beneficencia a actividades de "autoayuda", del gobierno centralizado a la participación regional, incluyendo esta última "la empresa participativa". Hay una nueva generación de estadounidenses que no puede ser presionada, por lo cual el "nuevo dirigente es un moderador, no un mandamás". La gente no sólo quiere ser consultada; también exige decir la última palabra. "Las decisiones técnicas, como la referente a la energía nuclear, se escapan de las manos de los llamados expertos y pasan a la palestra política". Contrariamente a lo que muchas personas suponen por intuición, la tecnología de una era de la información restablecerá el elemento humano en nuestras vidas, en vez de reducirlo más. La computadora permite un "convenio adaptado en forma individual con cada uno de miles de empleados". Para Naisbitt estos nuevos derroteros son vivificantes y escribe de ellos con júbilo. "¡Qué época tan fantástica para vivir!" es la frase final.

¿Qué tan en serio debemos tomar todo esto? No mucho, diría yo. De hecho, la presentación de Naisbitt inducirá a muchos lectores a pensar que su libro es una sociología popular tendenciosa y no un estudio académico serio.

Algunos de los datos de Naisbitt pueden requerir una segunda revisión. Más aún, hay ciertas omisiones curiosas en su lista de "megatendencias". Un megaproblema apenas tocado es el envejecimiento de la población. La proporción ascendente de ciudadanos añosos en la población ya empieza a entorpecer la economía y los gastos inevitablemente se dispararán si los jubilados exigen niveles de vida de clase media y la mejor calidad en atención médica. También existe la rémora de una subclase que no da señales de decrecer; el pesar que sus miembros nos causan a los demás, y no digamos a ellos mismos, parecería tener proporciones de megatendencia.

Para vislumbrar el futuro, se nos remite a cinco estados "líderes": California, Colorado, Connecticut, Florida y Washington. Según su análisis, en estos estados, y no en Nueva York o en el Distrito de Columbia, es donde "se produce la mayoría de las invenciones sociales de los EUA". De hecho, Naisbitt puede ir en pos de algo interesante aquí: vale la pena tratar de identificar los centros de energía creativa. Infortunadamente, los ejemplos del autor tienden a lo trivial o rayan en lo petulante. Ninguno de ellos señala la alta productividad en la "sociedad de la información".

El mundo descrito por Naisbitt parece irreal en varios aspectos. Presumiblemente, nos adentramos en ese mundo nuevo por el aumento en nuestros conocimientos y refinamiento. Sin embargo, la mayoría de las llamadas tareas de información son relativamente triviales (como el registro de transacciones en las tarjetas de crédito). Si la información va a ser el producto principal, en realidad la fuente primordial de la riqueza norteamericana, sería bueno preguntar si otras naciones darán una remuneración generosa por los datos de alta calidad que supuestamente generarán los estadounidenses.

Esto plantea otro factor preocupante de la expectativa de Naisbitt. El anuncia la llegada de una era de postrabajo, donde el horario de nueve a cinco será algo así como un período de juego. Como criaturas de elevada sensibilidad, esperamos que se nos asesore y consulte, que las reglas de organización se adecuen a cada caso especial, con consideraciones cada día mayores para empleados "conscientes de sus derechos". Sin duda, a muchos esto les parecerá divertidísimo. Pero, aunque no fuera más que eso, resultaría demasiado dispendioso. Cuanto produjéramos resentiría los gastos generales de todo ese vaivén. En ningún momento indica Naibitt que el precio de la participación en una sociedad de información puede ser una economía con poco crecimiento.

En sus postulados sobre la economía de los EUA, Naisbitt parece infinitamente menos serio que otro "futurista", Herman Kahn, autor de *The Coming Boom* (El auge venidero). Kahn también ofrece una visión optimista, pero el futuro que prevé parece arraigado en la historia y dúctil a las realidades económicas. A diferencia de Naisbitt, Kahn nos recuerda de continuo que la prosperidad sólo se obtiene con la inversión, lo cual implica cierto grado de ahorro, el aplazamiento de satisfacciones, y trabajo arduo. La historia de John Naisbitt parece comenzar con los años 60 y bien pudo haber tenido su mayor atractivo para los integrantes del auge de nacimientos que llegaron a la mayoría de edad durante ese decenio. ◆

ARQUITECTURA

Museo de la Construcción

Por Gerald Mazorati
Tomado de ARTNEWS

El Edificio Pension de Washington, D.C. es un excelente cúmulo de viejos ladrillos rojos. Erigido hace 100 años para albergar a 1.600 empleados, cristalizó el concepto de la era industrial del edificio de oficinas moderno: hileras de ventanas uniformes para la ventilación y un gran patio interior, con balconería, para tener iluminación natural. Entre el mármol y el granito de inspiración europea en el Washington oficial, el Edificio Pension representa un estilo de arquitectura norteamericana autóctono. Ahora el edificio tiene una nueva función.

Los empleados de pensiones se mudaron de allí en 1926 y el gobierno ha turnado varias secretarías y dependencias en el edificio desde entonces. En los sesentas se habló de remozarlo con granito e incluso de derribarlo y construir un parque. Sin embargo, junto con esa "renovación urbana", la década de los 60 también presenció el surgimiento de la conservación histórica. Lo que comenzó como idea se convirtió en un movimiento que no sólo salvó el Edificio Pension, sino le confirió su actual razón de ser. Hoy día es el Museo Nacional de la Construcción, primer museo dedicado a la arquitectura norteamericana y su tradición.

El Congreso fundó el museo en 1980, pero como explica Bates Lowry, director del museo, la idea del mismo es casi tan antigua como el propio edificio.

"Hacia 1900 hubo una propuesta oficial para cubrir el complejo con ejemplos reales de la arquitectura de todo el mundo, pero nunca se llevó a cabo", afirma Lowry, quien dirigió brevemente el Museo de Arte Moderno de Nueva York, en 1968-69, pero que ha dedicado gran parte de su carrera a la enseñanza y a escribir sobre historia de la arquitectura.

Hace unos 15 años, cuando parecía que el Edificio Pension sería demolido, se habló de utilizar el histórico edificio para llamar la atención sobre otros como él. En 1978, Wolf Von Eckardt, a la sazón crítico de arquitectura de *The Washington Post*, y Cynthia Field, especialista de Harvard en historia de la arquitectura, escribieron un estudio para el Fondo Nacional para las Artes, proponiendo un museo nacional de la construcción y bosquejando cómo podría realizarse. "El edificio de la construcción", como se llamó al informe, encontró numerosos admiradores, los más importantes en el Congreso.

Edificio Pension, Washington, D.C.

Walter Smalling Jr.

"En las oficinas del gobierno federal les pareció un documento muy persuasivo", declara Lowry. "No mucho después que éste fue publicado, el Senador [Charles] Mathias introdujo una resolución que, en esencia, aseveraba que un museo nacional de la construcción en el Edificio Pension era una buena idea. . . A fines de 1980, el Congreso dio su aprobación".

Esa legislación requiere la renovación completa del Edificio Pension, tarea que costará unos 24 millones de dólares y tardará quizá 10 años. El gobierno está sufragando los gastos de renovación y también está a cargo del mantenimiento del edificio. No obstante, los costes del programa y de personal se sufragan mediante una sociedad federal y privada: al dinero reunido por el patronato del propio museo se sumará otro tanto del gobierno.

El meollo del museo es el Centro de Documentación, equivalente arquitectónico de una colección. Por ser imposible comprar y almacenar los objetos reales, el museo tendrá que valerse de planos, fotocopias, maquetas, fotografías y libros. El museo planea presentar esos materiales y archivarlos. Su Centro de Interpretación está encargado de las exposiciones y se está organizando una vasta exhibición de embajadas norteamericanas modernas.

Quizá el programa más ambicioso es el relativo no a lo *ya* construido, sino a lo que se *construirá*. Cuando esté bien acoplado y programado, el Centro de Información del museo será la primera biblioteca de datos computarizada y centralizada que abarcará todos los aspectos de la industria de la construcción, desde planos arquitectónicos hasta estudios de ingeniería o proveedores de ladrillo colonial.

"En Inglaterra o en los Países Bajos", señaló Lowry, "puede ir uno a un lugar y hallar prácticamente todo lo que necesita saber acerca de cualquier edificio o aspecto de la tecnología de la construcción en esos países. Aquí eso nunca había sido posible. Podemos hacer esto porque representamos a todos los intereses. Nuestra junta tiene miembros arquitectos, contratistas, representantes sindicales y demás.

"Hay muchas reservas de datos y bibliotecas especializadas, pero al tener toda la información en un lugar y almacenada electrónicamente se podrá obtener ésta con mucha más rapidez. El historiador que busque determinado plano del siglo XIX podrá encontrarlo. Si un contratista de Topeka quiere saber de edificios 'sin muros separadores' tenemos una lista de consultores cercanos. Por último, será posible hacer una conexión y enterarse de cómo construir una escalera". ◆

Gerald Mazorati es crítico y ex director artístico de Soho News.

Reproducido con autorización de ARTnews, 122 East 42nd Street, Nueva York, N.Y. 10017. © por ARTnews Associates 1982.

25.7 MX-83-138 (262) 6-83

Patio interior, Edificio Pension.

Walter Smalling Jr.